

# El Rastro de Madrid

- letras, arte y memoria en la era digital -

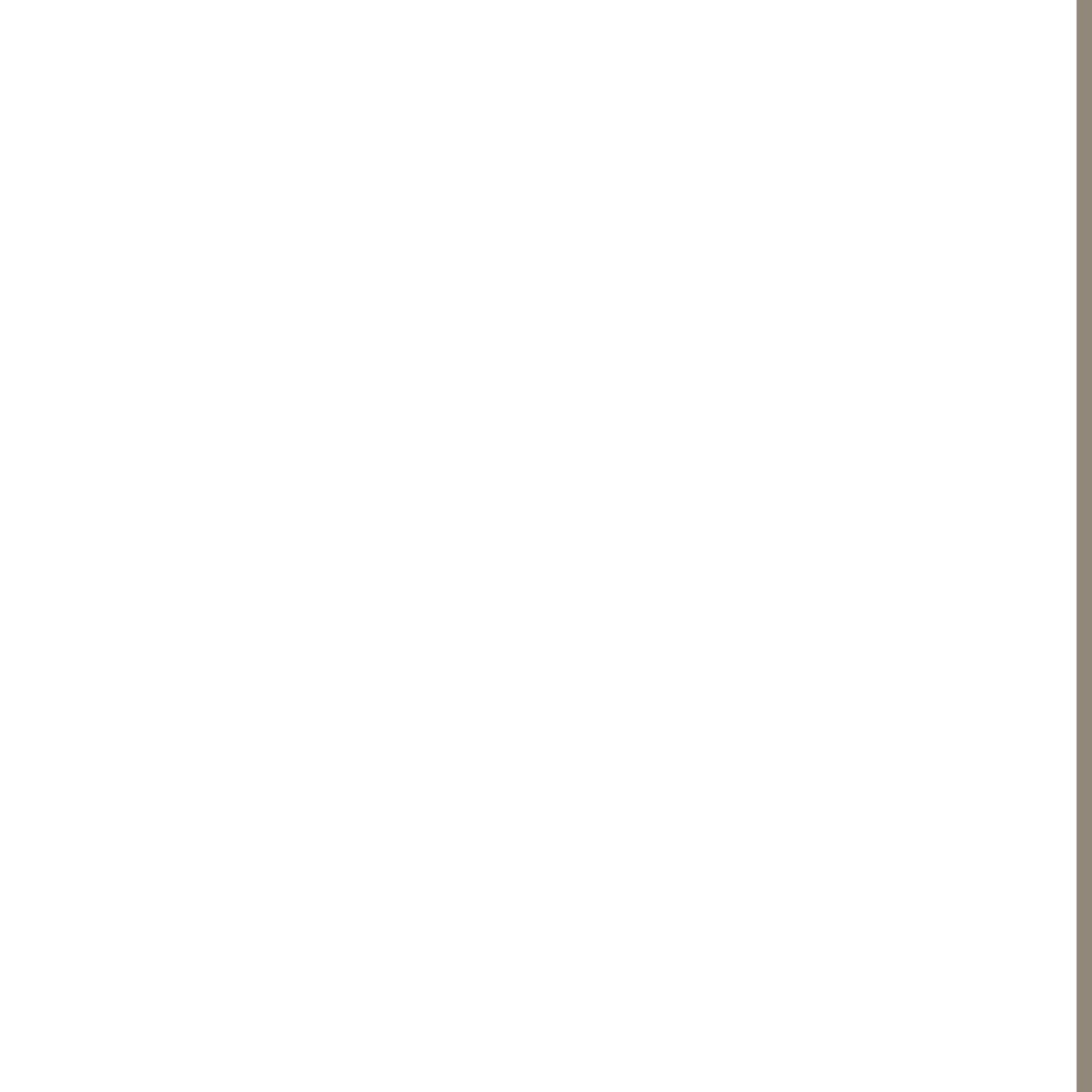


ASOCIACIÓN DE COMERCIANTES NUEVO RASTRO DE MADRID

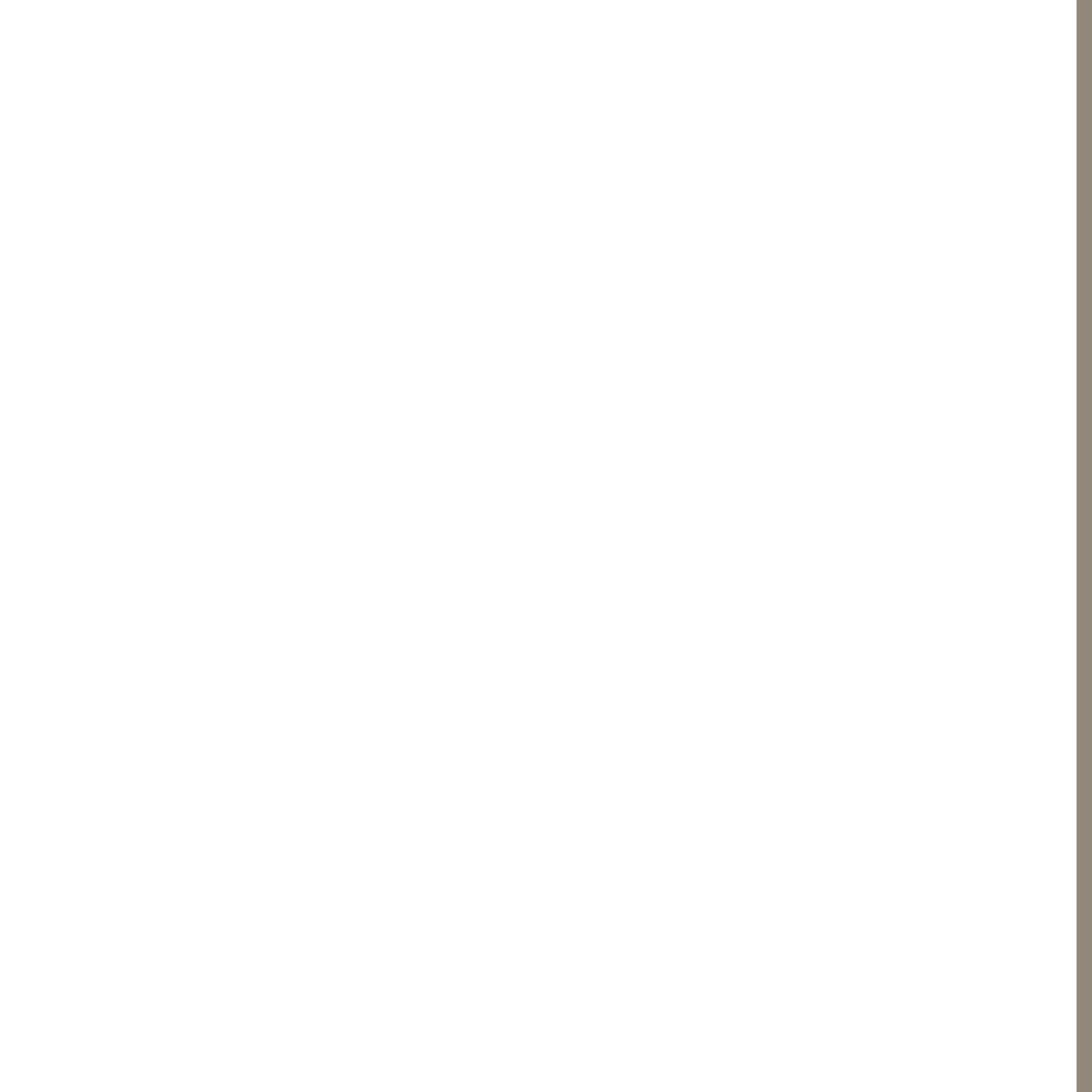


# El Rastro de Madrid

- letras, arte y memoria en la era digital -



**Edición no venal**



**Miguel Ángel Sintés Puertas**

© de la presente edición  
Asociación de Comerciantes  
"Nuevo Rastro de Madrid"

© del título  
Miguel Ángel Sintés Puertas

© de las fotografías  
sus autores

© de los textos  
sus autores

Coordinación, diseño gráfico y maquetación  
Miguel Ángel Sintés Puertas

Fotografía de la portada:  
Miguel Ángel Sintés Puertas

ISBN  
978-84-09-67735-1

Depósito Legal  
M-27169-2024

Impresión  
GRÁFICAS JOMAGAR

Queda prohibida la reproducción total o parcial  
de este libro por cualquier medio electrónico o  
mecánico, sin autorización por escrito del autor.

“el mayor Rastro que se haya conocido jamás está ahora en internet”

Andrés Trapiello



## **a Lorenzo Pascual Criado,**

que nació en la histórica villa de Cuéllar en 1927, un día en el que las cigüeñas crotoraban en los campanarios y los esforzados labradores ultimaban las cosechas del estío. Pasó su juventud entre mulos, trillos y eras, y al aproximarse la madurez, decidió cambiar la hoz por el martillo. Empacó sus escasos enseres y, junto a su mujer y sus tres hijos, se dirigió a la ciudad. Albergado en una popular corrala de la calle Lavapiés de Madrid, inició una nueva vida como obrero metalúrgico en Perkins, donde compartió fatigas con el célebre líder obrero Marcelino Camacho. Los domingos por la mañana le gustaba acercarse al Rastro y terminado el recorrido, solía regresar a casa con algún pequeño tesoro.

## EL RASTRO DE MADRID

---

El Rastro está en el corazón de Madrid, en su parte más castiza; un laberinto de puestos, gentes y sonidos que lleva siglos siendo más que un simple mercado. Este espacio, que cada domingo y festivo se transforma en un conglomerado de vida y comercio, es un refugio para los artistas, un estímulo de la creatividad.

Este libro es un viaje a través del tiempo y el espacio del Rastro, explorando cómo su atmósfera singular ha influido en las artes a lo largo de los años. Desde sus orígenes humildes como punto de venta de productos usados y de segunda mano, el Rastro ha evolucionado hasta convertirse en un rompecabezas cultural donde convergen lo antiguo y lo moderno, lo vulgar y lo sublime. Su caótica belleza ha inspirado a pintores, escritores, cineastas, fotógrafos y músicos, quienes han encontrado en sus rincones un lugar en el que plasmar sus inquietudes.

En *El Rastro sempiterno*, publicación aparecida a finales del año 2023, gracias a la colaboración del Ayuntamiento de Madrid y de la Asociación de Comerciantes Nuevo Rastro de Madrid, realicé un detallado recorrido sobre los fotógrafos que, a lo largo de su historia, se habían esforzado en capturar con sus cámaras la esencia de este mercado único.

## LETRAS, ARTE Y MEMORIA EN LA ERA DIGITAL

---

En esta ocasión, los literatos españoles más destacados, desde Ramón Gómez de la Serna hasta nuestro contemporáneo Andrés Trapiello, se convierten en el eje de este libro. A su vez, la obra se enriquece con referencias a las películas, grabados, dibujos y óleos que han plasmado sus particulares visiones del Rastro, culminando con la inolvidable canción *Una, dos y tres* de Patxi Andión.

Para recrear personajes del pasado nos hemos ayudado de la moderna inteligencia artificial y para ello hemos contado con la colaboración de Fernando Vela, un joven experto en el manejo de esta nueva tecnología.

Adentrarse en el Rastro es descubrir no solo un lugar, sino una forma de mirar el mundo. Este libro, es tanto un homenaje como una exploración; un intento de descifrar las huellas indelebles que este lugar tan madrileño ha dejado en el imaginario artístico y cultural. Espero que al recorrer estas páginas, encuentres en ellas la magia que convierte al Rastro en algo más que un mercado. Un espejo del alma de Madrid.

*Miguel Ángel Sintés Puertas*



## *Índice*

El Rastro de Madrid, letras, arte y memoria en la era digital	12
Buen porte y buenos modales abren puertas principales (en El Rastro)	17
El Rastro y su influencia en la literatura española	24
D. Ramón de la Cruz de la Cruz	27
Mesonero Romanos	35
Azorín	45
Benito Pérez Galdós	53
Pío Baroja	65
Blasco Ibáñez	77
Gutiérrez-Solana	89
Ramón Gómez de la Serna	97
Pedro de Répide	113
Arturo Barea	119
Gloria Fuertes	127
Francisco Umbral	145
José A. Nieto	155
José Luis Miranda	163
Mariano Hormigos	173
Andrés Trapiello	183
Otros libros	195
Personajes reales o de ficción del Rastro	203
La influencia del Rastro en el cine	217
La influencia del Rastro en el arte	230
Bibliografía	268



**BUEN PORTE Y BUENOS MODALES,  
ABREN PUERTAS PRINCIPALES  
(en El Rastro)**

Carlos Flores López - Carlos M<sup>a</sup> de Flores Pazos

BIBLIOTECA SELECTA

# MIMOS DE NIÑA



16

RAMÓN SOPENA EDITOR EN BARCELONA

Editorial Sopena. Barcelona, 1931.

No resulta fácil exponer de forma clara el por qué en un determinado momento se hace necesario pausar emociones, buscar el gozne, recalzarlo, para que tu entorno gire con algo de orden. En definitiva, procurar entender mejor la vida.

En uno de esos instantes, extraños y reflexivos, vino a mi cabeza la imagen de mis padres en el Rastro de Madrid. La familia al completo –yo tenía como siete años– paseábamos un domingo contemplando puestos, participando del bullicio, asombrándonos con las mil facetas de un mercado de cosas viejas y raras.

En uno de aquellos tenderetes, en el suelo, sobre una manta, entre un grupo de libros y papel en general, algo llamó la atención de mi padre. Se dirige al vendedor y le señala un ejemplar: “Mimos de niña”– le dice.

Como todo era más bien caótico, de nuevo alzó la voz y le orientó señalando donde estaba el tomito.

–¡“Mimos de niña”!– volvió a exclamar un poco más fuerte, señalando con el dedo.

–Sí, “Mimos de niña”, allí.

El resto de curiosos torcieron el cuello para ver quién diantres mostraba interés por algo con ese título... “Mimos de niña”.

Mi madre desde entonces no volvió al Rastro.

El gancho del Rastro nos atrapó –en especial a mi padre y a mi– y domingo tras domingo, crecí durante trece años más, sin interrupción –salvo parte del verano– en ese ambiente y con escenas poco convencionales.

Aquella práctica nos habituó a estar dispuestos a encontrar lo inesperado, y a la par, a acostumbrarse a no conseguir lo que buscábamos.

Este artículo pudiera parecer que se centra en escenas costumbristas, pero mi propósito pretende ir un poco por distinto. Gracias al Rastro, creo que soy mejor persona y más

peligrosa, más noble y más poco de fiar, con más recursos y más pardillo... Las relaciones y el trato humanizan al visitante. Para lo bueno y para aquello generalmente aceptado como menos bueno.

En la esquina de la calle Amazonas con la plaza de General Vara de Rey, se situaba un hombre que voceaba:

-¡Pastillas para la tos!

El tono ronco y su acusada carraspera desconcertaba... en especial a un niño que escucha y cree.

-¡Pastillas para la tos!

En el Rastro, por más que veas lo que ves y entiendas lo que escuchas, la verdad de lo que está sucediendo no corresponde a la traducción literal de los sentidos.

Aquel personaje vendía preservativos. Vendía otra cosa. Igual en ese momento no lo entendías, pero ya estaba la semillita del tema.

No solo el Rastro es fuente de espabile, es también surtido de acentos.

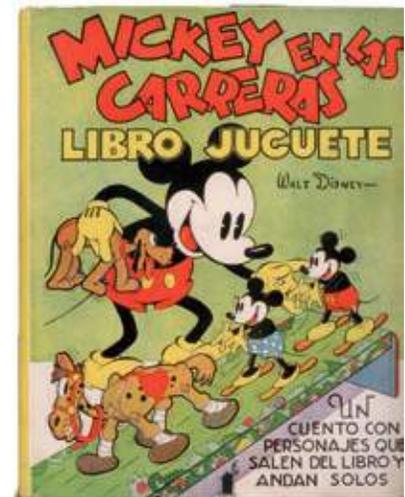
-“Es un verdadero Soloya”.

Sí, el cuadro llevaba la firma escrita y ponía “Soloya”. Un grupo de niños desnudos jugando en la playa. Según parecía era importante y una ganga.

Principalmente a mi padre le interesaban dos mundos, los cuentos y Tebeos que había tenido cuando niño, y la imagen hecha realidad de aquellos libros de Sopena que se habían convertido en palilleros de bisquí.



Palillero de bisquí. Alemania, 1900.



Mickey en las carreras.  
Ed Molino. Barcelona, 1935.

Me resultaba inexplicable que, en el mismo puesto, cada domingo, aparecían nuevas parejas –habitualmente, niño y niña– unas veces como pastorcitos, otras como marineros, otras como algo como de Dartañán... El vendedor en las uñas tenía como una laca amarillenta a manera de barniz, mieloso... Yo no sabía a qué atender primero, si a las extrañas figuritas, al regateo, al envoltorio de papel de periódico, a las uñas... o a la hija que era de mi edad.

El Rastro te enseña que hay que andar a todo.

Y que, en ocasiones, no hay dinero.

Y tienes que dejar pasar cosas que te acompañarán el resto de tu vida como si las tuvieses en la misma mano. Con lo cual, paradójicamente, te calma el deseo de posesión.

El recuerdo, basta. Llena. Acompaña.

Muy a menudo, la frecuencia por visitar los mismos puestos hacía coincidir pasiones e interés, con semejantes fistros. Esa costumbre en el trato trasladaba la conversación a otros ámbitos de la vida cotidiana, principalmente, a la política.

“Nos queda la palabra”

La adaptación de Blas de Otero colgaba de un cartel en un puesto de libros de tipos con barba que vendían libros para ellos, todos con pelos largos, gafas, barbudos... No había mujeres desnudas, luego era otro mundo de prohibiciones.

Y cerca siempre había carreras. Desbandadas peligrosas.

Eso sí, muy cerquita de los barbudos estaba el puesto del alemán, donde yo compré mi primer casco. Inenarrable placer.

Pero entre esos dos polos, nunca se repartieron “leches”. Los que provocaban el caos eran gente de fuera. No eran del Rastro. Los del Rastro sabían convivir.

Pasaron los años y dejé de ir al Rastro.

Pero la cabra tira al monte y, después del Covid, retomé los paseos y el curioso.



Carlos de Flores Planellas. Tetuán, 1921.

El Rastro me recibió con los brazos abiertos y fecundó otras mil parcelas alternativas.

Por ejemplo, la relacionada con mi abuelo paterno.

Una coincidencia mágica y sorprendente se cruzó en este, de por sí, estado propicio hacia lo inesperado, que genera el Rastro.

En una tiendecita, un domingo de mucho calor, entrando solo a este comercio para encontrar sombra, encontré una foto de mi abuelo, en Tetuán, con el uniforme de Ingenieros, –menos mal que hubo testigos de tan inaudita e increíble casualidad– identificación que más tarde confirmaron mi padre y mi tío. Que sí, que era mi abuelo. Daba la sensación de que algo como venido del más allá –un guion como los de Iker Jiménez, el de la tele– un ingrediente mágico, me animara a perseguir una última veta de pasión e ilusión. Como un mandato del más allá.

*Marruecos, Ifni, Sáhara. El legado militar español, 1911-1975*, es el libro que surgió de la magia del Rastro.

Concluyo.

Al inicio de este breve artículo, indicaba que el Rastro te forma para estar preparado para encontrar lo inesperado, y después de la magia de mi abuelo –que atesoraba el hallazgo más extraordinario y cósmico de toda mi vida– vino otro a destronarlo.

Ocupó y ocupa el primer lugar en el escalafón de los tesoros descubiertos en el Rastro, por inesperado, por zarandear todos los cimientos personales, convertir tus pensamientos en solo uno, desarrollar tu propio rastro de emociones, de emociones y nerviosismo...

Rizando el rizo, el Rastro me regaló lo que nunca pensaría que me sucedería o pudiera sucederme: la dicha y la felicidad.

¿Todo comenzó con un guardapolvo de color blanco y rosa... o rosa y blanco...?

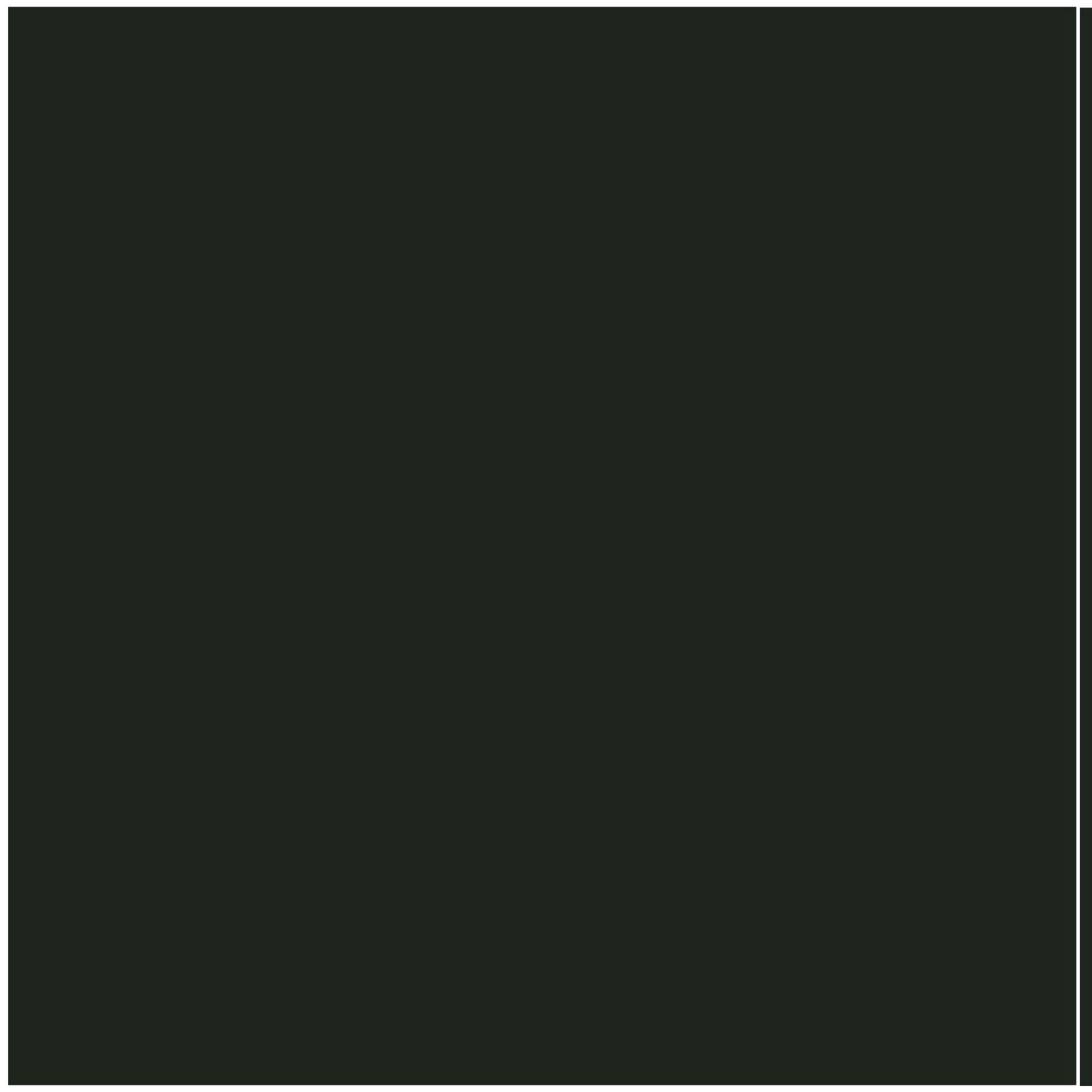
Carlos Flores López - Carlos M<sup>a</sup> de Flores Pazos

# El Rastro

y su influencia en la literatura española



Imagen creada por Fernando Vela con inteligencia artificial



---

◆◆◆◆ **Don Ramón de la Cruz** ◆◆◆◆

---

Ramón de la Cruz  
EL RASTRO POR LA MAÑANA





**D**on Ramón de la Cruz, uno de los dramaturgos más populares y fecundos de la segunda mitad del siglo XVIII, cultivó diversos géneros, aunque su fama se debe principalmente a sus sainetes. Estas piezas teatrales breves, cómicas y satíricas, reflejan situaciones y personajes populares, y a menudo incluyen música integrada con la trama y los personajes.

El sainete sustituyó al entremés, una obra breve dramática, que se presentaba durante los descansos de obras teatrales más extensas, y su función era entretener al público. Uno de sus sainetes más conocidos es *El Rastro por la mañana* (1770). Utiliza un lenguaje caricaturesco, a través de personajes como Pepe, Chinica o Carretero para crear cuadros costumbristas ambientados en los emblemáticos espacios del Rastro.

Al comienzo de la obra, aparecen ocho personajes, todos ellos vendedores del Rastro (Ladvenana, Juan Manuel, Polonia, Juana, Nicolasa, Mayora, Espejo y Carretero), que pregonan al viento los productos que suministran. En la presentación del sainete se evoca una escena muy visual y costumbrista, la atmósfera alegre y jovial, ofrece una imagen clara del mercado del Rastro, con sus personajes, objetos y productos a la venta. La Cruz del Rastro actúa como un punto de referencia simbólico (estaba situada donde actualmente se encuentra la estatua de Eloy Gonzalo, en la plaza de Cascorro).

Caerá el telón al fin de jornada, y al levantarse aparecerá la calle de cajones de fruteras cerrados, y en uno abierto, de tocino, estará, de maja cobradora, sentada en un banquillo o silla chica, la señora LADVENANA, y JUAN MANUEL, de mozo, con mandil; habrá tocino y salchichas imitadas, etcétera. La señora POLONIA estará con tren de callos; la señora JUANA, de verdulera, con abundancia; la NICOLASA se pasará con un canastillo de buñuelos sobre un paño blanco; la señora MAYORA estará sentada de panadera con serón a un lado, y tendrá pan y alguna rosca; ESPEJO detrás, a la puerta de su tienda prendería, y mesita de aguardiente delante. Se verá la cruz del Rastro como va señalada, y junto a ella estará CARRETERO con prendas de hierro y algunas baratijas por el suelo; el chico se pasará de aguador.

De La Cruz, nos relata una jornada en el mercado del Rastro, con un tono alegre y positivo. El “sol placentero” que “anuncia el día” transmite la idea de un amanecer tranquilo y

agradable, marcando el comienzo de la actividad en el mercado. Los “comerciantes del Rastro” son saludados con cortesía, lo que indica un ambiente de camaradería y refleja el espíritu de servicio y dedicación de los vendedores, quienes ofrecen sus productos a todos los visitantes, impulsados por la ilusión de un buen día de ventas. El lenguaje es ligero y optimista, capturando el espíritu animado y sociable que caracterizaba al mercado madrileño.

«Pues el sol placentero  
ya nos anuncia el día,  
para que cuantos lleguen  
nuestros afanes sirvan,  
comerciantes del Rastro,  
muy buenos días.



El Rastro. Luis Huidobro (1916)



Don Ramón de la Cruz

A continuación, entran en acción cuatro nuevos personajes: Chinica, Campano, Callejo (todos ellos soldados) y Pepito, asturiano recién llegado a la ciudad y con un marcado acento del lugar de su origen. Todos ellos son compradores que acuden al Rastro para abastecerse de diferentes productos:

Salen, de compradores, mozos de asistencia, con tres o cuatro esportillos cada uno, CHINICA y CAMPANO, y CALLEJO, de librea, con capa correspondiente y esportillo grande, y detrás de él PEPITO, de asturiano recién venido, con los brazos cruzados y cantando el mismo aire.)

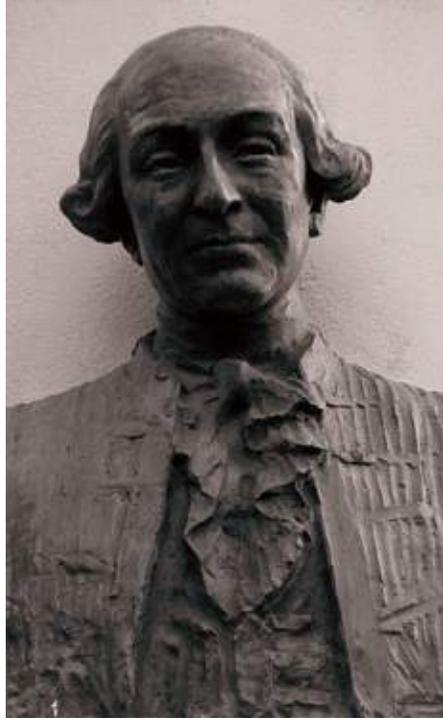
PEPE

«Pues ya llegú la hora  
de cultivar la viña,  
vusotrus con el pesu,  
nusotrus con la sisa,  
¡compañerus del Rastru,  
muy buenos días!

TODOS

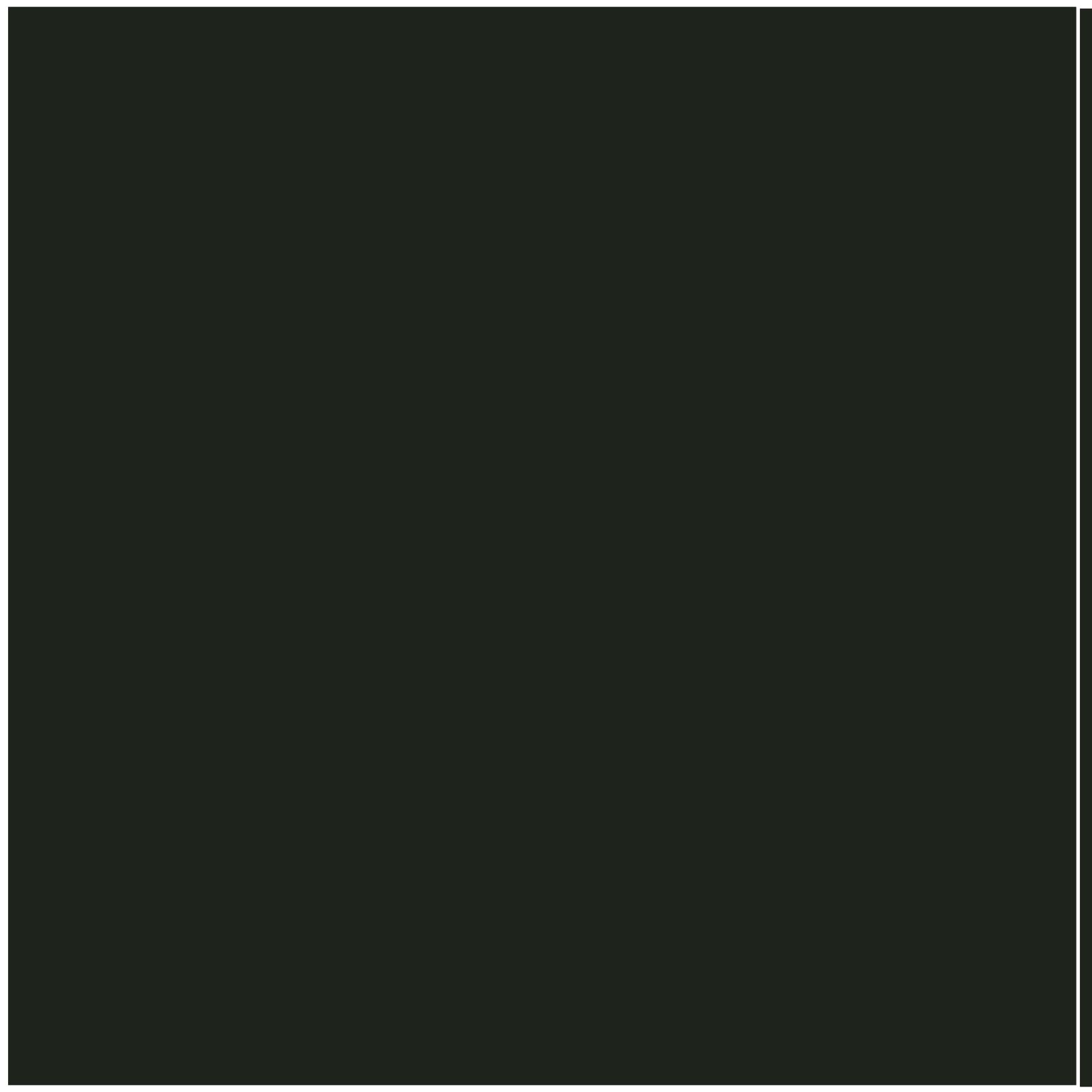
¡Comerciantes del Rastro,  
muy buenos días!».

Al final de la intervención puede verse cómo realizan una compra a Espejo. A continuación entran a escena dos personajes nuevos: Merino (vendedor) y Codina (cliente del Rastro). Esta escena se desarrolla junto a otros que habían intervenido anteriormente, como Ladvenana y Juan Manuel. Durante su conversación puede observarse cómo Codina regatea los precios, y a su vez, cómo los vendedores intentan hacer lo posible para que adquiera sus productos, representando de este modo una escena típica del Rastro madrileño. Durante el desarrollo de esta escena se incorporan dos nuevos personajes: Mariana y Eusebio, haciendo ambos el papel de compradores.



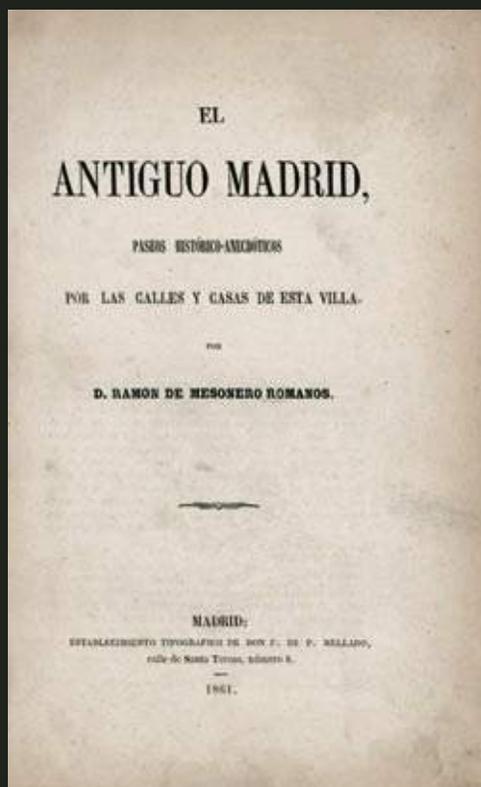
Busto de Don Ramón de la Cruz en el monumento a los saineteros madrileños realizado por Lorenzo Coullaut-Valera

Don Ramón de la Cruz  
y Cano. de  
Cano





# Mesonero Romanos





**R**amón de Mesonero Romanos, nacido en Madrid en 1803, fue un escritor y periodista español, cuyos estudios históricos y artículos de costumbres dedicados a la ciudad de Madrid le hicieron ser reconocido con los títulos de cronista y bibliotecario perpetuo de la Villa. En 1861 publicó *El antiguo Madrid: paseos histórico-aneecdóticos por las calles y casas de esta villa*.

Este libro es fundamental para entender cómo era la vida en Madrid en el siglo XIX, está escrito en un estilo descriptivo, que permite al lector recorrer las calles de la época y conocer su transformación a lo largo de los siglos.

En sus páginas, Mesonero Romanos lleva a cabo una especie de “guía turística” del viejo Madrid, pero a través de relatos históricos y pequeñas anécdotas, logrando mezclar la historia y el costumbrismo. A medida que el autor describe las calles, plazas y edificios de la ciudad, intercala curiosidades sobre sus habitantes y eventos, resultando un retrato entretenido de la vida cotidiana de la ciudad.

Al inicio de la obra, advierte que estos escritos no fueron ideados como una obra unitaria y que muchos de ellos ya se habían publicado de forma individual:

Estos paseos por el antiguo Madrid, que hoy se ofrecen al público reunidos en un volumen, no fueron escritos para ser publicados en esta forma ni constituir una obra especial, y mucho menos una historia de esta villa. Algunos de ellos, borrajados en distintos tiempos y ocasiones, vieron ya la luz en las publicaciones periódicas: otros entraron en las diversas obrillas, ya descriptivas, ya administrativas, críticas ó morales, relativas á esta capital, que en el transcurso de treinta años han ejercitado mi escasa inteligencia y voluntaria tarea; y otros, en fin, escritos expresamente y para colmar las lagunas que en aquéllos quedaban, produjeron hoy esta narracion seguida, esta obra especial, y diversa en su índole y en su objeto de las que antes consagré á las cosas de esta villa.

En el libro, dedica un capítulo al Rastro y la Inclusa, donde describe el célebre distrito situado entre las calles de Toledo y Embajadores. Históricamente, el Rastro se asocia con actividades de mataderos y curtidores, como indican los nombres de sus calles (Ribera de Curtidores, Cabestreros, del Carnero, entre otras). Esta ubicación resultaba idónea por su estructura, buena ventilación y abastecimiento de agua. En particular, la Plazuela del Rastro es el epicentro del comercio de objetos de segunda mano, antigüedades y baratijas. Allí se dan cita personas de clases populares, jornaleros y artesanos que buscan artículos útiles y accesibles. Además, el lugar atrae a coleccionistas y aficionados a las antigüedades, quienes exploran montones de objetos diversos en busca de algún “tesoro” escondido. El Rastro también presenta una atmósfera de clandestinidad, similar a la “*Corte de los Milagros*”, donde se dice que los objetos robados pueden ser recuperados a través de una jerarquía informal de personajes, destacando el “Monipodio”, figura encargada de gestionar este mercado paralelo:

Plazuela del Rastro sigue con el de Rivera de Curtidores hasta las tapias de las casas y huertos que avecinan a la cerca de Madrid. Aquella celeberrima plazuela es el mercado central adonde van a parar todos los utensilios, muebles, ropas y cachivaches averiados por el tiempo, castigados por la fortuna, o sustraídos por el ingenio a sus legítimos dueños. Allí es donde acuden a proveerse de los respectivos menesteres las clases desvalidas, los jornaleros y artesanos; a las miserables covachas de aquellos mauleros, cubiertas literalmente de retales de paño, de telas de todos colores; a los tinglados de los chamarileros, henchidos de herramientas, cerraduras, cazos, sartenes, velones, relojes, cadenas y otras baratijas; a los montones improvisados de libros, estampas y cuadros viejos, que cubren el pequeño espacio del pavimento que dejan los puestos fijos, asisten diariamente en busca de alguna ganga o chiripa los aficionados veteranos, rebuscadores de antiguallas, arqueólogos y numismáticos de deshecho, bibliógrafos y coleccionistas de viejo; a los corredores, en fin, ambulantes, que circulan o se deslizan difícil y misteriosamente entre todos aquellos grupos de marchantes y baratillos, es donde llama con más o menos probable éxito todo aquel desdichado que en cualquier concurrencia se vio aliviado del peso de su bolsillo o de su reloj; especie de

*Corte de los Milagros*, de lonja, de contratación de los tomadores del dos, en donde se cotizan los efectos producidos por las operaciones del día anterior; sumisos todos a la voz del Monipodio respectivo, quien, para investigar el paradero de una alhaja hallada antes de perderse, suele preguntar con toda formalidad: -«¿Cuál de vosotros estuvo ayer de cuarenta horas o de teatro? -Aquí», responde el interpelado, con la alhaja en cuestión.

Otro de los capítulos está dedicado a la calle de la Ribera de Curtidores, una extensión natural de la Plazuela del Rastro que ha sido, históricamente, un importante centro comercial para la industria del curtido, el transporte de reses y otros productos de consumo. Mesonero advierte que, aunque el acceso desde el paseo de la Ronda se ha mejorado, el barrio aún necesitaba reformas en su infraestructura, especialmente en lo referente a la pavimentación y la conexión con otras calles importantes, como Arganzuela, Mira el Río y Embajadores. Este distrito, a pesar de su pobreza y estado de abandono, ya era clave para la economía de Madrid gracias a la presencia de fábricas de curtidos, papel, velas y panaderías. Con el tiempo, la zona comenzó a modernizarse, reemplazando las viejas casas bajas y deterioradas por construcciones más nuevas. Sin embargo, seguía careciendo de edificios públicos y solo contaba con una pequeña capilla provisional, adonde los religiosos se trasladaron tras la destrucción del convento de la Pasión durante la ocupación francesa:

La espaciosa calle, continuación de aquella plazuela, y denominada Rivera de Curtidores, sería aún más importante para ciertos comercios incómodos, aunque indispensables, de consumo que la ocupan, y para la circulación de las carreterías que conducen las reses y sus despojos, las pieles, curtidos, etc., si a su mucha espaciosidad correspondiera su entrada por la calle de los Estudios de San Isidro; hoy, por fin, ya tiene salida directa al paseo de la Ronda desde el sitio llamado Campillo del Mundo Nuevo, circunstancia reclamada mucho tiempo había para la salubridad y facilitar salida a aquella importante, aunque humilde, barriada. Para completar esta mejora es de absoluta necesidad que se facilite igualmente

1803



1882

CALLE DE  
MESONEROS  
ROMANOS

por la parte alta, desapareciendo por completo la manzana 71, que la obstruyó, con lo cual se reformaría este barrio en términos convenientes, y se facilitaría también la comunicación entre las calles de la Arganzuela, Mira el Río, del Rastro, de los Cojos, del Peñón y otras, que bajan desde la de Toledo; y las de Pasión, de Rodas, de la Huerta del Bayo, de Mira el Sol y del Casino, que desembocan en la de Embajadores

La calle de Embajadores, que se extiende desde la calle de los Estudios hasta el portillo de Embajadores, cuenta con varios edificios importantes. Destaca la iglesia de San Cayetano, una obra monumental del siglo XVIII diseñada por José Churriguera y Pedro de Rivera, notable por su estilo y fachada ornamentada. A pesar de las críticas de algunos arquitectos de la época, es considerado uno de los templos más bellos de Madrid. Este edificio sufrió un incendio, pero fue restaurado y permanece en uso. En esta calle también se encontraba el Colegio de la Paz, una institución fundada en 1679 por la duquesa de Feria y gestionada por una junta de nobles. El colegio, junto con la inclusa situada en la calle Mesón de Paredes, acogía y educaba a niñas huérfanas desde los siete años, en una obra filantrópica de gran impacto social:

la calle de Embajadores, que continúa la de los Estudios y de San Dámaso, hasta el portillo de aquel nombre, cuenta ya bastante caserío y edificios públicos de consideración. -La iglesia y convento de San Cayetano, principal edificio religioso de aquel extenso distrito, y situada en el número 19 de dicha calle, con vuelta a la inmediata del Oso, es lástima ciertamente que se halle escondida en sitio tan extraviado y en una calle estrecha, donde no puede lucir su grandeza. Este hermoso templo, construido en principios del siglo pasado bajo la dirección de los célebres arquitectos D. José Churriguera y D. Pedro de Rivera (aunque con diseños venidos de Roma, según D. Antonio Ponz), es suntuoso, despejado en su planta interior y magnífico en su fachada, aunque el abuso de adornos superfluos con que, siguiendo su escuela y gusto particular, quisieron recargarla los arquitectos directores haya dado lugar a las severas censuras de los críticos rigoristas, entre otros del mismo Ponz

[ ..... ]

-Más abajo, en la misma calle de Embajadores, está el colegio de niñas huérfanas, llamado de la Paz, unido al piadoso establecimiento de la Inclusa, situado a la espalda, en la calle de Mesón de Paredes, y de que hablaremos luego. Este colegio está destinado a recibir y educar en él a las niñas expósitas en aquél, desde que cumplen la edad de siete años, y uno y otro establecimiento corren a cargo de una Junta de Señoras de la primera nobleza. Es una filantrópica y excelente institución, fundada en 1679 por la señora doña Ana Fernández de Córdoba, duquesa de Feria, y dirigida con notable acierto por la expresada Junta de Señoras.

Al final de la calle de Embajadores, Mesonero se encuentra un amplio edificio que originalmente, en el siglo XVIII, fue destinado a la fabricación de aguardientes, licores y otros productos monopolizados por la Real Hacienda. En 1809, comenzó a funcionar como fábrica de tabacos, empleando a más de cinco mil personas, mayoritariamente mujeres, y produciendo alrededor de dos millones de libras de cigarros al año. Frente a este edificio está el Casino de la Reina, un hermoso jardín de más de 13 fanegas que incluye un palacio decorado con frescos y muebles suntuosos. Este jardín, adquirido por Madrid en 1816 y obsequiado a la reina María Isabel de Braganza, fue antiguamente conocido como la Huerta del clérigo Bayo. Además, se menciona que el nombre de la calle podría tener origen en el refugio allí tomado por embajadores extranjeros durante la epidemia de 1597, sustituyendo su antiguo nombre de calle de la Dehesa de la Villa:

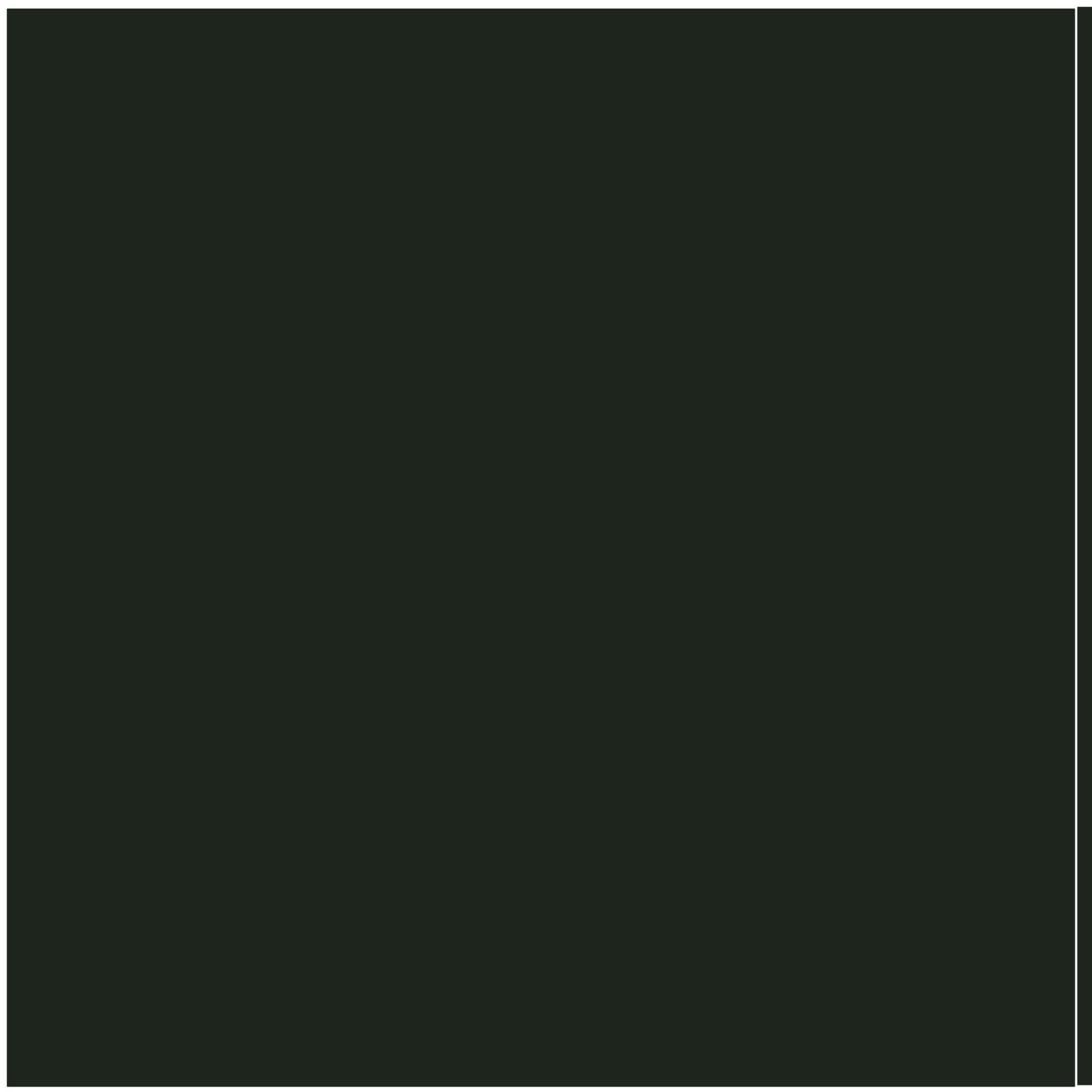
En el distrito de la Inclusa, ubicado a la izquierda de la calle de Embajadores, se encuentran calles rectas y espaciosas como Mesón de Paredes, Juanelo, y Cabestros, aunque sin relevancia artística o histórica. La principal atracción es el edificio de la Inclusa en la calle Mesón de Paredes, n.º 74, un importante centro de beneficencia que acoge y cuida a niños huérfanos, administrado por una Junta de Señoras. Cada año ingresan en este establecimiento más de 1600 niños.



Mesonero Romanos. Exposición Ayuntamiento de Madrid

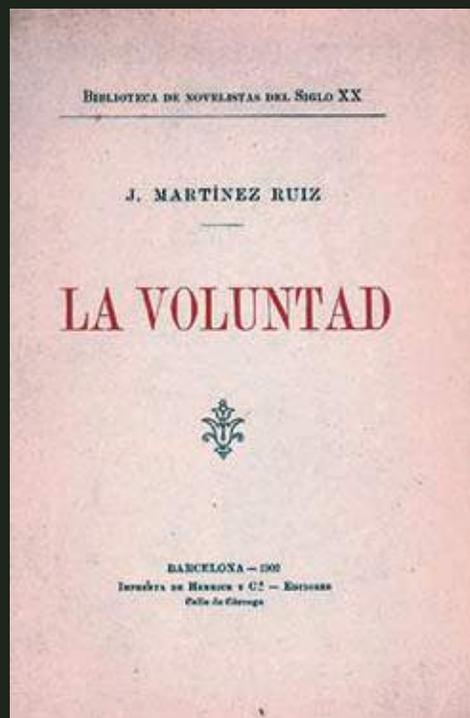


Mesonero Romanos. Biblioteca virtual Miguel de Cervantes





# Azorín





**A**zorín (José Martínez Ruiz), publicó *La voluntad* (1902) considerada como una de las novelas más importantes de la literatura contemporánea española. Es la segunda novela del autor alicantino, miembro de la Generación del 98, y la obra con la que alcanzó el reconocimiento como gran escritor. La novela se divide en cinco partes bien diferenciadas. Está encabezada por un Prólogo, seguido de las tres partes fundamentales de la novela y rematada por un Epílogo.

*La voluntad*, representa una auténtica renovación y ruptura con los cánones novelísticos dominantes del Realismo en su época, marcando el inicio del Modernismo europeo en la literatura española, un movimiento que buscaba nuevas formas de expresión literaria y se interesaba más por la exploración del interior humano y la experiencia sensorial, que por la mera descripción de los hechos. Con esta obra, Azorín se distancia de las narrativas tradicionales para enfocarse más en la subjetividad, las sensaciones y la reflexión filosófica.

La inmersión de Azorín en el Rastro comienza en la calle de los Estudios, una vía que conecta la calle de Toledo a la altura del instituto de San Isidro, con la plaza de Cascorro. Esta calle debe su nombre a la antigua Casa de los Estudios de la Villa de Madrid, fundada en 1569 y regida por la Compañía de Jesús. Desde el inicio Azorín capta la atmósfera: “En la calle de los Estudios comienzan las avanzadas del pintoresco mercado. Van y vienen gentes apresuradas; gritan los vendedores; campanillean los tranvías eléctricos”.

El autor utiliza descripciones sensoriales que nos permiten imaginar con claridad el bullicio del Rastro: las “gentes apresuradas”, el sonido de los gritos de los vendedores y el “campanileo” de los tranvías eléctricos. Estos detalles auditivos y visuales no solo informan al lector, sino que le hacen experimentar la escena, sumergiéndonos en la vida cotidiana de Madrid. El mercado se extiende por las aceras del barrio, y hasta en la puerta del instituto ya se encuentran los vendedores. Azorín describe a una vendedora que ofrece cinco cordones por el precio de una perra chica: “Al borde de la acera se extienden los puestos de ropas, hules, marcos, cristalería, libros. Junto a la puerta del Instituto, arrimada a la pared, una vendedora de cordones lee en voz alta el folletín de un periódico”. A lo largo de la calle de los Estudios, cuelgan muebles de pino en las fachadas, mientras las aceras se llenan de trastos y objetos variados.

Azorín retrata un constante trasiego de personajes típicos de la vida madrileña: “Van y vienen traperos, criadas, señoritos, chulos, mozos de cuerda...”. El recorrido continúa por la calle del Cuervo, con sus tiendas de pañerías y zapaterías, hasta llegar a los puestos de las verduleras de la calle de la Ruda, desembocando finalmente en la Ribera de Curtidores.

En el Rastro que describe Azorín no solo se comerciaba con todo tipo de objetos, sino también con animales y el matadero todavía estaba en funcionamiento:

Las telas colgadas llamean blandamente; reflejan al sol los grandes círculos dorados de los braseros; resaltan las manchas blancas y azules de platos y cazuelas; un baratillero toca una campana; un niño con dos gruesos volúmenes grita: ¡La novela La esposa mártir, la vendo!; trinan los canarios de multitud de jaulas apiñadas; se oyen los lejanos gruñidos angustiosos de los cerdos del matadero. Y en el fondo, destacando sobre el llano manchego, la chimenea va silenciosamente difuminando de negro el cielo azul.

Azorín en el Rastro. Imagen recreada por Fernando Vela mediante Inteligencia Artificial



La picaresca también formaba parte de la vida del mercado, con la presencia de ruleteros que, ayudados por sus compinches, los llamados “ganchos”, engañaban a los incautos en sus juegos de azar. Esta figura de los trileros y ruleteros se mantuvo en el Rastro hasta bien entrados los años setenta, como inmortalizó con su cámara el fotógrafo Eduardo Dea González en su extraordinaria imagen “La ruleta de los pobres”:

El ruletero es un clásico rufián de cavernosa voz; sus mostachos son gruesos; las mangas cortas de la chaqueta descubren recias muñecas. De cuando en cuando hace girar la pintada rueda de madera y exclama: ¡Hagan juego, señores!... Donde quieran y como quieran... ¡Pueden jugar de 5, de 10, de 15, de 20 y de real!... Se oye como se va apagando el tic-tac de la ballena. Y luego: ¡Número 13, blanco! Y tintinean las monedas.

Azorín, en su novela *La voluntad*, coincide con muchos otros autores que han escrito sobre el Rastro, al señalar que la parte más siniestra y humilde del mercado se encontraba al otro lado de la Ronda de Toledo, pasada la zona conocida como Las Américas: “Se cruza luego la ronda de Toledo, y se entra en el más miserable bazar del Rastro”. Los personajes más humildes y rastreros de Madrid desfilaban por esos rincones:

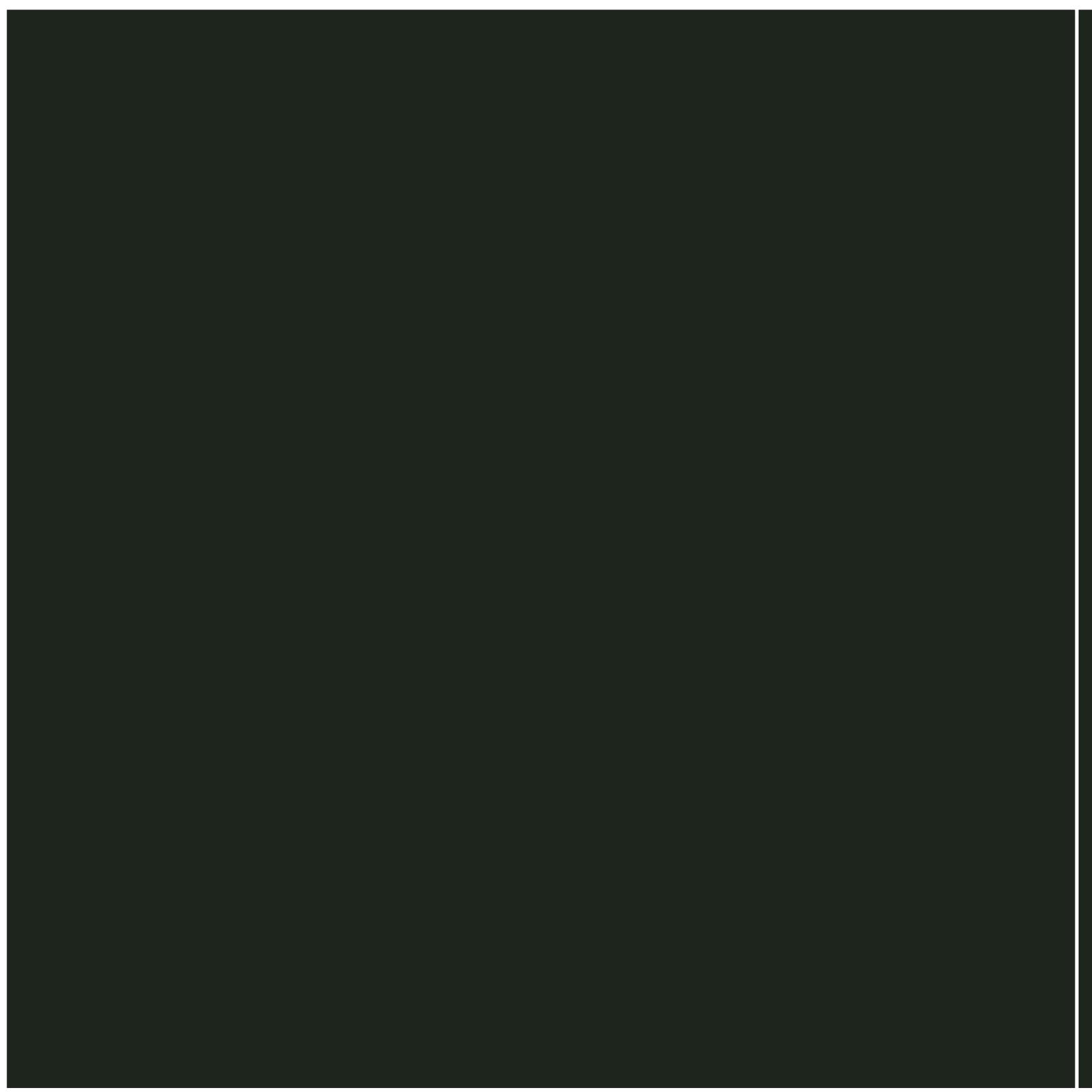
Entran y salen clérigos pobres, ancianos con capas largas, labriegos. Revuelven, preguntan, regatean. El librero defiende su mercancía: “... se venden sueltas á dos pesetas y la Desesperación de Espronceda está agotada...” Una niña viene á vender una novela; una vieja pregunta por otro vendedor que se ha suicidado; pasa un mozo con unas vidrieras á la espalda; suena la musiquilla asmática de un acordeón.

Al igual que en otros relatos de la Generación del 98, en *La voluntad*, se percibe una reflexión sobre el paso del tiempo y la decadencia. El Rastro es un lugar donde se venden objetos usados, donde lo viejo y lo obsoleto, como las cosas de poco valor se ofrecen a un público que intenta aprovechar lo que aún tiene utilidad.



José Martínez Ruiz (Azorín) por Ramón Casas (Museo Nacional de Artes de Cataluña)

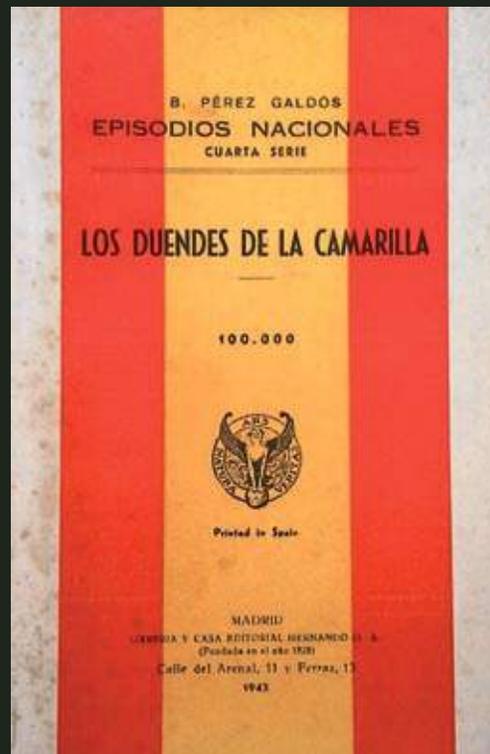
Azorín.



---

◆◆◆◆◆ **Benito Pérez Galdós** ◆◆◆◆◆

---





**B**enito Pérez Galdós, escritor nacido en Las Palmas de Gran Canaria en 1843, fue un destacado novelista, dramaturgo, cronista y político español. Es considerado uno de los grandes novelistas de la historia de la literatura española y estuvo tan vinculado a Madrid que Valle-Inclán llegó a decir que sus novelas “olían mucho a cocido”, apodándolo por ello “el garbancero”. Gran observador de la realidad, Galdós estudiaba a los habitantes de la ciudad sin importar el barrio o clase social; poderosos, obreros, mendigos, ropavejeros o religiosos transitan por sus novelas, que transcurren en las calles y ambientes de Madrid.

*Los duendes de la camarilla* (1903), es la tercera novela de la cuarta serie de los Episodios Nacionales; el título hace referencia al círculo de políticos y religiosos intrigantes cercano a la joven reina Isabel II, en busca de sus influencias.

En esta novela se entretiene una historia de amor, intrigas y tensión social en el contexto de la represión contra los progresistas durante el gobierno de Narváez. La obra presenta dos figuras femeninas contrapuestas: Lucila Ansúrez, la Celtíbera, que representa la lucha por la libertad, y Domiciana, una exmonja con influencias en la corte y conocimientos de herboristería, a menudo asociados con la brujería.

El relato comienza con Lucila viviendo en la clandestinidad junto a su amante, Bartolomé Gracián “Tolomín”, un capitán perseguido por sus ideas progresistas y su participación en los sucesos de 1848. En una escena inicial que refleja el estilo detallista de Galdós, Lucila camina por las calles de los barrios bajos, llegando a la buhardilla donde protege a Tolomín. Aunque cuenta con el apoyo de su amiga Domiciana, la caída del gobierno de Narváez en 1851 no trae la esperada amnistía. El nuevo gobierno de Bravo Murillo mantiene la persecución contra los liberales, lo que lleva a Tolomín a huir, dejando a Lucila sola y abatida.

Lucila, decidida a encontrarlo, busca la ayuda de Domiciana y sus conexiones con la corte. Sin embargo, esta colaboración genera tensiones entre ambas, ya que Lucila descubre el alcance de la influencia de la camarilla real, un círculo corrupto que controla las decisiones del poder. La novela se cierra con el intento de regicidio del clérigo Martín Merino y Gómez el 2 de febrero de 1852.

Comienza en la calle de Rodas, cerca del Rastro de Madrid, en una lluviosa noche. Las calles, oscuras y mal iluminadas, transmiten una sensación de abandono y peligro. Entre las figuras que aparecen en la escena se encuentran un ciego, un sereno, que haciendo honor a su fama de bebedores, camina haciendo eses con una linterna temblorosa, y una mendiga acompañada de perros, todos moviéndose hacia el Rastro. En medio de este ambiente, una mujer avanza sin temor por la calle, enfrentándose con decisión a los obstáculos del camino: charcos, piedras resbaladizas y objetos abandonados:

Medio siglo era por filo... poco menos. Corría Noviembre de 1850. Lugar de referencia: Madrid, en una de sus más pobres y feas calles, la llamada de Rodas, que sube y baja entre Embajadores y el Rastro.

La mañana había sido glacial, destemplada y brumosa la tarde; entró la noche con tinieblas y lluvia, un gotear lento, menudo, sin tregua, como el llanto de las aflicciones que no tienen ni esperanza remota de consuelo. A las diez, la embocadura de la calle de Rodas por la de Embajadores era temerosa, siniestro el espacio que la obscuridad permitía ver entre las dos filas de casas negras, gibosas, mal encaradas. El farol de la esquina dormía en descuidada lobreguez; el inmediato pestañeaba con resplandor agónico; sólo brillaba, despierto y acechante, como bandido plantado en la encrucijada, el que al promedio de la calle alumbraba el paso a una mísera vía descendente: la Peña de Francia. Ánimas del Purgatorio andarían de fijo por allí; las vivientes y visibles eran: un ciego que entró en la calle apaleando el suelo; el sereno, cuya presencia en la bajada al Rastro se advirtió por la temblorosa linterna que hacía eses de una en otra puerta, hasta eclipsarse en el despacho de vinos; una mendiga seguida de un perro, al cual se agregó otro can, y siguieron los

SIMON

RODAS



CALLE DE  
RODAS



Exposición Ayuntamiento de Madrid

tres calle abajo... En el momento de mayor soledad, una mujer dobló con decidido paso la esquina de Embajadores, y puso cara y pecho a la siniestra calle, sin vacilación ni recelo, metiéndose por la obscuridad, afrontando animosa las molestias y peligros del suelo, que no eran pocos, pues donde no había charco, había resbaladizas piedras, y aquí y allá objetos abandonados, como cestos rotos o montones de virutas, dispersos bultos que figuraban en la obscuridad perros dormidos o gatos en acecho.

La mujer alcanza una puerta en la acera derecha y se adentra en ella, encontrándose en un espacio lleno de ventanas, rejas y diversos materiales de construcción provenientes del derribo de edificios, un escenario que evoca el ambiente de las Américas:

El cual no era otra cosa que un vasto depósito de puertas, ventanas, balcones, rejas y persianas, despojo de casas derribadas, todo ello, por obra de la obscuridad de aquella noche tristísima, convertido en aglomeración de formas durmientes. Dormían las filas de puertas ordenadas por tamaños, como inmensos tomos de interminables enciclopedias; dormían los que fueron balcones y ya parecían jaulas; dormían las rejas, que ya eran como descomunales parrillas para el asado de bueyes enteros.



Benito Pérez Galdós por Ramón Casas  
(Museo Nacional de Arte de Cataluña)



Benito Pérez Galdós en la calle de Rodas.  
Imagen creada por Fernando Vela con inteligencia artificial.

[...]

y por una puerta próxima a la cocina humeante pasó a otro patio más pequeño que el primero, y como aquel, húmedo, tenebroso, atestado de material de derribos, predominando los fragmentos de altares, de púlpitos y demás carpintería eclesiástica.

El edificio en el que se adentró la mujer tenía, en su parte superior, un secadero de pieles: un espacio donde los curtidores realizaban el proceso de secado tras tratar las pieles de los animales. Estas estructuras, generalmente abiertas, estaban diseñadas para facilitar la circulación del aire y asegurar un secado uniforme:

Vencido el último escalón encontrose la mujer en un secadero de pieles, que antes de ser visto se denunciaba por el olor nauseabundo. Pasó la viajera, conteniendo el aliento, por los bordes del tenderete, y llegó a una como azotea, secadero abandonado y en ruinas, conservando los pies derechos que habían sostenido su techumbre. Allí se detuvo un instante para tomar resuello y meter aire limpio en sus pulmones

Cuando Lucila acude a visitar al cura Merino y se sienta frente al clérigo, le muestra algunos objetos que recibió de Doña Domiciana: una caja con productos de limpieza, un rollo de cerillas y un cuchillo. Al ver el cuchillo, Lucila siente un escalofrío, mientras Merino lo describe con entusiasmo, resaltando su punta afilada y el grabado en el mango. Comenta que inicialmente carecía de vaina, pero que encontró una perfecta en el Rastro por muy poco dinero:

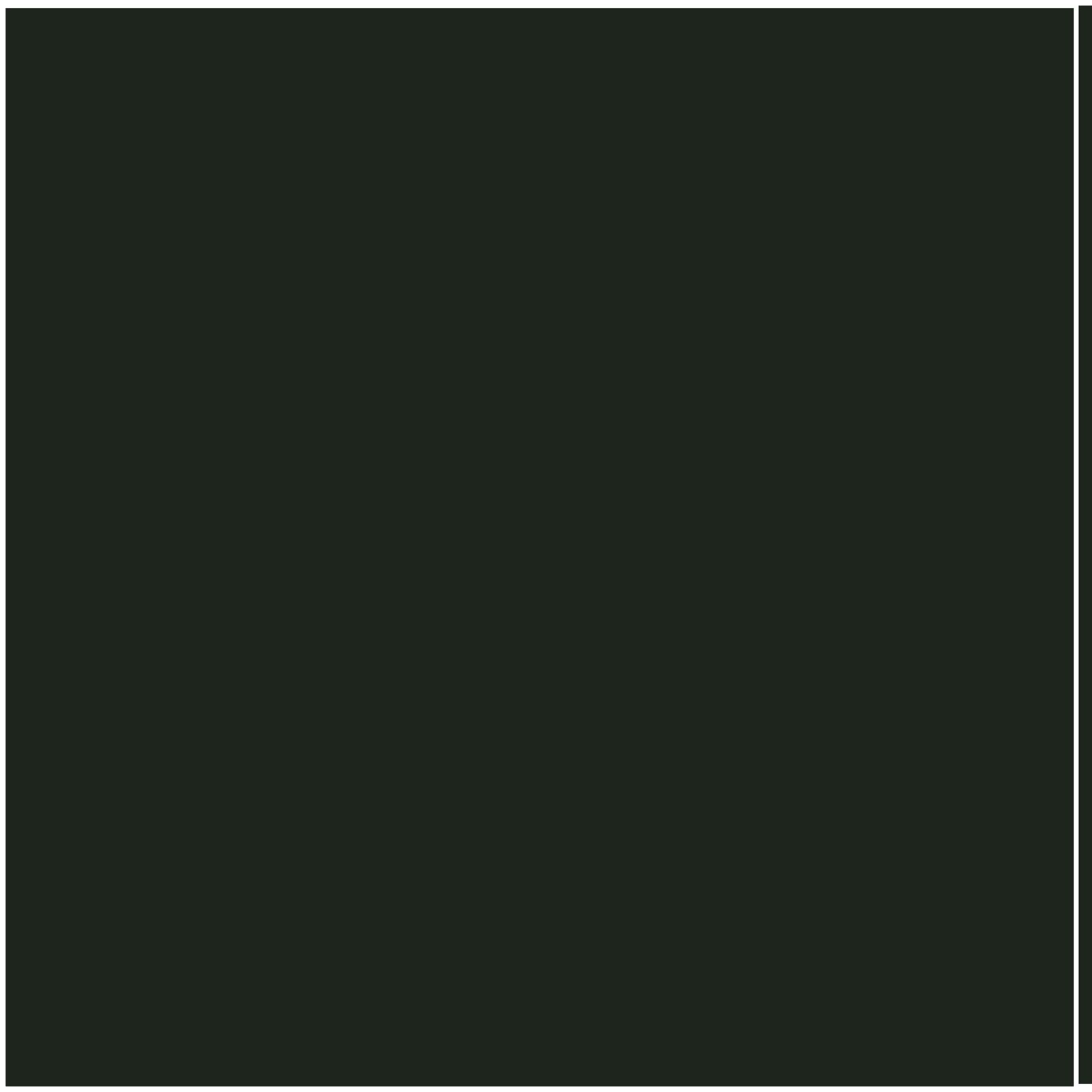
voy a enseñarle a usted los tres regalitos que me hizo antes de irse a La Granja». De un cajón de la papelera próxima fue sacando y mencionando los objetos que mostró a Lucila. «Vea usted: una caja con bolitas de jabón, alumbre y trementina, para quitar manchas de la ropa negra, y remediar el lustre que llamamos de ala de mosca... Vea usted: un rollo de cerillo fino para alumbrarse en la escalera cuando uno entra de noche... Y por último,



Retrato de Benito Pérez Galdós pintado por Joaquín Sorolla

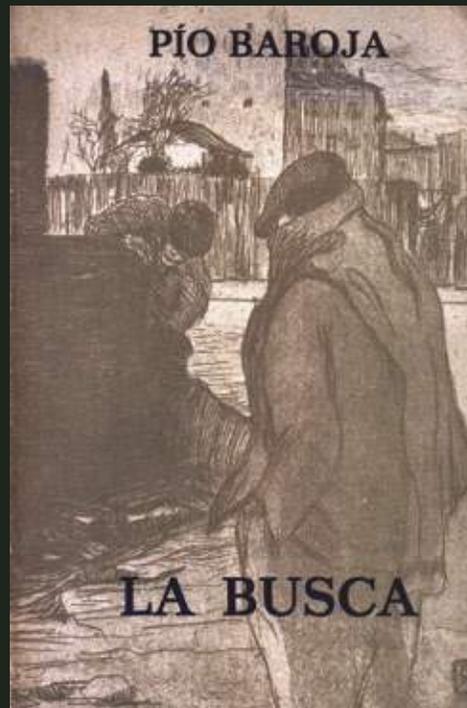
este cuchillo...». Lo desenvainó para mostrarlo a Lucila, que en todo su cuerpo sintió repentina frialdad al reconocerlo. «Es precioso -dijo D. Martín, satisfecho de poseer aquella joya-. Vea usted qué punta más afilada... Es fino de Albacete, con grabados árabes en las costeras; el mango muy bonito... Era una lástima que esta magnífica hoja no tuviese su vaina correspondiente. En busca de ella me fui al Rastro algunas tardes, y al fin, mirando en este puesto y en el otro, me encontré esta que le viene tan bien como si con ella hubiera nacido... Y no me costó más que dos reales...

*D. Pedro Salas*





# Pío Baroja



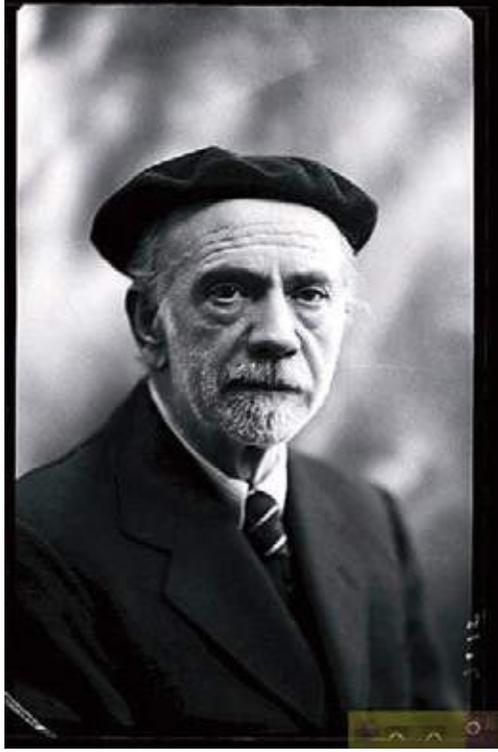


**P**ío Baroja publicó *La Busca*, la primera obra de la trilogía *La lucha por la vida*, inicialmente como una novela por entregas en el diario El Globo. Más tarde, entre 1904 y 1905, Baroja revisó y reeditó el material, organizándolo en la trilogía compuesta por *La Busca* (1904), *Mala Hierba* (1904) y *Aurora Roja* (1905). A lo largo de estas obras, el escritor vasco ofrece una detallada disección de la vida de Manuel, un adolescente de un pueblo soriano, que llega a un Madrid convulso y deslumbrante en el tránsito del siglo XIX al XX.

El protagonista pierde progresivamente la ingenuidad propia de su juventud y de su origen rural, mientras es empujado desde el centro de la capital hacia Las Injurias, un suburbio marcado por la pobreza y la exclusión. Tras una serie de empleos que reflejan su descenso social paulatino, Manuel entra en contacto con personajes de clases cada vez más desfavorecidas, lo que le permite descubrir la dura realidad de los barrios más humildes de la ciudad. Este Madrid marginal emerge como protagonista clave de la novela.

Al principio dormía en una pensión en la calle Mesonero Romanos, donde su madre trabajaba como cocinera y acabó durmiendo con su tío en el Corralón, una de las numerosas infraviviendas que proliferaban en el barrio de Embajadores:

Cuando Salomé terminó su labor de costura y se fue a dormir a la calle del Águila, Manuel se instaló definitivamente en la casa del tío Rito, en el arroyo de Embajadores. Algunos llamaban a esta casa la Corrala, otros el Corralón, y otros, la Piltra.



Retrato de Pío Baroja (Ministerio de Cultura)

En *La Busca*, Baroja nos ofrece una detallada descripción de las corralas, tradicionales edificios que se levantaban en los barrios más humildes de Madrid:

De los lados del callejón de entrada subían escaleras de ladrillo a galerías abiertas, que corrían a lo largo de la casa en los tres pisos, dando la vuelta al patio. Abríanse de trecho en trecho, en el fondo de estas galerías, filas de puertas pintadas de azul, con un número negro en el dintel de cada una.

Al leer sus páginas, resulta fácil imaginar cómo transcurrían las horas en el interior de las corralas:

Todas las tardes, algunas vecinas lavaban en el patio, y cuando terminaban su faena vaciaban los lebrillos en el suelo. Los grandes charcos, al secarse, dejaban manchas blancas y regueros azules del agua de añil. Los vecinos solían tirar la basura por cualquier parte y, cuando llovía, al taparse casi siempre la boca del sumidero, se producía una pestilencia insoportable de la corrupción del agua negra que inundaba el patio, sobre la cual flotaban hojas de col y papeles pringosos.

Descifrar el estatus social y la personalidad de cada vecino del patio era solo una cuestión de intuición, bastaba con observar el exterior de su vivienda:

A cada vecino le quedaba para sus menesteres el trozo de galería que ocupaba su casa; por el aspecto de este espacio podía colegirse el grado de miseria o de relativo bienestar de cada familia, así como sus aficiones y gustos..

Sin embargo, sostiene que la gran mayoría de los vecinos de estas infraviviendas tenía principios morales cuestionables y unos recursos económicos limitados. “En la mayor parte

de los cuartos y chiribitiles de la Corrala, saltaba a los ojos la miseria resignada y perezosa, unida al empobrecimiento orgánico y al empobrecimiento moral.”

El problema de la vivienda en Madrid es endémico, que como se observa en esta novela, ha permanecido durante siglos:

En el patio interior, los cuartos costaban mucho menos que en el grande; la mayoría eran de veinte y treinta reales; pero los había de dos y tres pesetas al mes: chiscones oscuros, sin ventilación alguna, contruidos en los huecos de las escaleras y debajo del tejado.

Hoy en día, algunas ofertas de alquiler no distan mucho de esta descripción que Baroja denunciaba.

Uno de los habitantes de la primera planta, la que solían ocupar los vecinos de estancias más prolongadas, era el Zurro, un ropavejero que tenía un puesto en el Rastro en la parte más baja:

choza oscura e infecta rellena de trapos, casacas antiguas, retales de telas viejas, tapicerías, trozos de casullas, y, además de esto, botellas vacías, botellas llenas de aguardiente y coñac, sifones de agua de Seltz, cerraduras roñosas, escopetas tomadas por la herrumbre, llaves, pistolas, botones, medallas y otras baratijas sin valor.

Otro de los impactantes pasajes de *La Busca*, es la conmovedora descripción de Expósito, un niño que se dedica a recoger colillas del suelo de Madrid, para luego vender el tabaco en algún puesto del Rastro:

Había un chiquillo astroso, horriblemente feo y chato, con un ojo nublado, los pies desnudos y un chaquetón roto, por cuyos agujeros se veía la piel negra, curtida por el sol y la intemperie. Colgado del cuello llevaba un bote para coger colillas.

Pío Baroja en el Rastro (Imagen creada por Fernando Vela con inteligencia artificial)



Años más tarde, Arturo Barea relató de manera magistral en *La forja de un rebelde* el funcionamiento de “La Flor de Cuba”, un puesto en la parte más humilde del Rastro dedicado a la compraventa de tabaco, donde también aparecían niños que recolectaban pavas, evocando las mismas duras realidades que Baroja plasmó en su obra.

La presencia de timadores en el Rastro también queda reflejada, al igual que lo hiciera Azorín en *La Voluntad*; trileros y ruleteros se colocaban estratégicamente, acompañados de ganchos, con el fin de desplumar a los pardillos que caían en la trampa:

La cuestión era apostar y decir en voz alta que ganaban, que él se encargaría de meter en ganas de jugar a los espectadores

[...]

Aluspiar, que ahí vienen unos pardillos, y puede caer algo —dijo, y se plantó delante de los paletos con su tablita y sus cartas, y comenzó el juego.

El Bizco apuntó dos pesetas y ganó; Manuel hizo lo mismo, y ganó también.

-Este hombre es un primo -dijo Vidal, en voz alta, y dirigiéndose al grupo de los campesinos-. Pero ¿han visto ustedes el dinero que está perdiendo? -añadió-. Aquel militar le ha ganado seis duros.

Uno de los paletos se acercó al oír esto, y viendo que Manuel y el Bizco ganaban, apostó una peseta y ganó. Los compañeros del paleta le aconsejaron que se retirara con su ganancia; pero la codicia pudo más en él, y, volviendo, apostó dos pesetas y las perdió.

Vidal puso entonces un duro.

-Un machacante -dijo, dando con la moneda en el suelo-. Acertó la carta y ganó.

El Pastiri hizo un gesto de fastidio.

Apostó el paleta otro duro y lo perdió; miró angustiado a sus paisanos, sacó otro duro y lo volvió a perder.

En aquel momento se acercó un guardia y se disolvió el grupo; al ver el movimiento de fuga del Pastiri, el paleta quiso sujetarle, agarrándole de la americana; pero el hombre dio un tirón y se escabulló por entre la gente.

Manuel, Vidal y el Bizco salieron por la plaza del Rastro a la calle de Embajadores.



"La ruleta de los pobres" 1977. *Eduardo Dea González*

Manuel, el Bizco y Vidal formaron lo que denominaron “La Sociedad de los Tres” y se dedicaron a pequeños hurtos por descuido. Operaban en las Ventas, la Prosperidad, el barrio de Doña Carlota, el Puente de Vallecas y Cuatro Caminos, extendiendo su radio de acción a los pueblos cercanos y a cualquier lugar donde se reunía gente. Uno de sus lugares preferidos para actuar eran los lavaderos, que les proporcionaban mercancía para vender a las ropavejerías del Rastro:

Sábanas, camisas, mantas y otra porción de ropas robadas por ellos las pulían en la ropavejería de la Ribera de Curtidores, adonde solía ir de visita don Telmo. El amo, encargado o lo que fuese de la tienda, compraba todo lo que le llevaban los randas a bajo precio.

Cuando a la “Sociedad” no se le daba bien el asunto de los hurtos, no les quedaba más remedio que pensar en la Plaza del Campillo del Mundo Nuevo, aireando montones de lana, o cazando gatos que después de engullidos mercaban con sus pieles:

Algunos días, muy pocos, que la rapiña no dio resultado, se vieron los tres socios obligados a trabajar en el Campillo del Mundo Nuevo, esparciendo montones de lana y recogéndola, después de aireada y seca, con unos rastrillos.

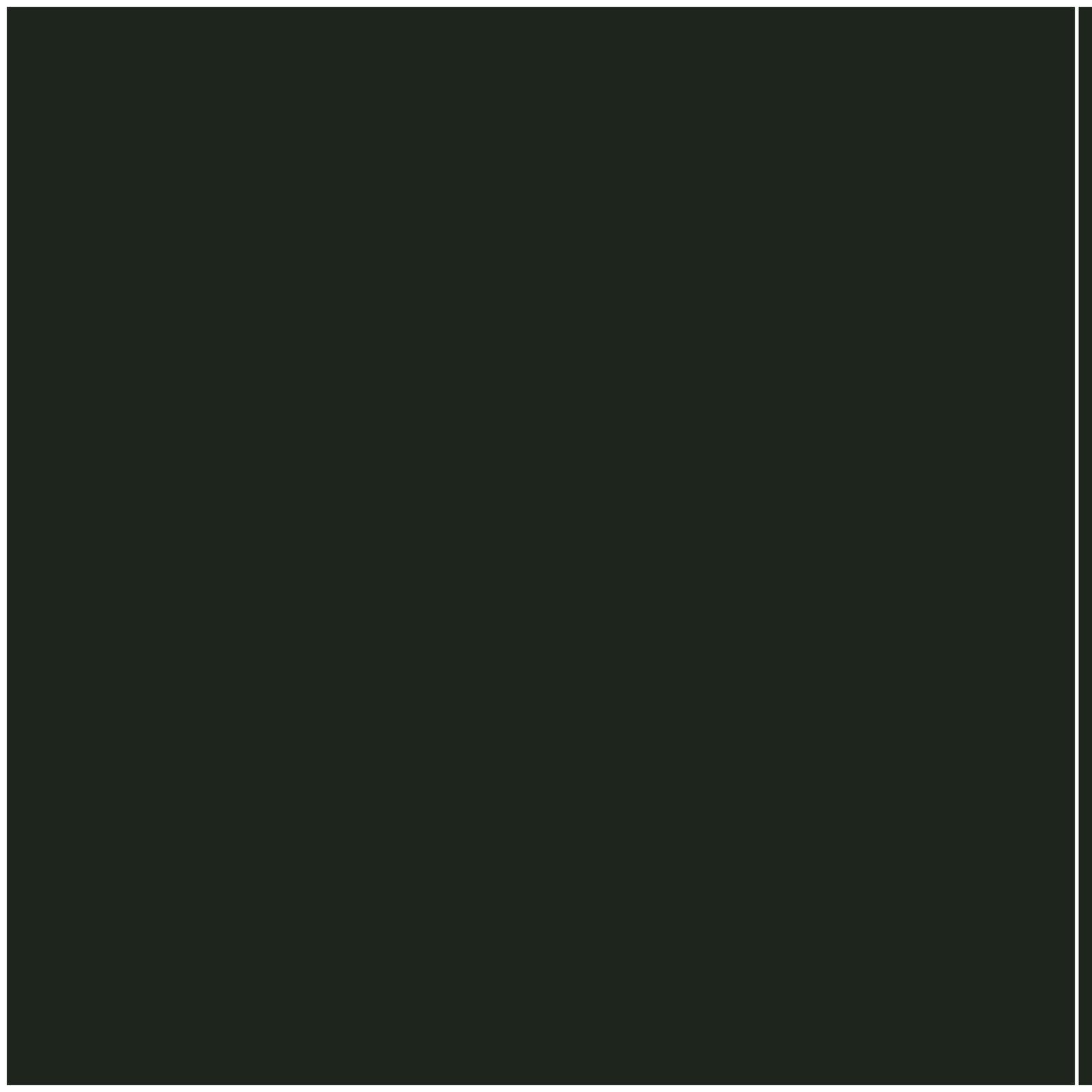
[...]

Otro de los medios de subsistencia de la Sociedad era la caza del gato. El Bizco, que no atesoraba ningún talento, su cabeza, según frase de Vidal, era un melón calado, poseía, en cambio, uno grandísimo para coger gatos. Con un saco y una vara se las arreglaba admirablemente. Bicho que veía, a los pocos instantes había caído. Los socios no distinguían de gato flaco o tísico, ni de gata embarazada; todos los que caían se devoraban con idéntico apetito. Se vendían las pieles en el Rastro

Pío Baroja

Pío Baroja. Ramón Casas (Museo Nacional de Arte de Cataluña)





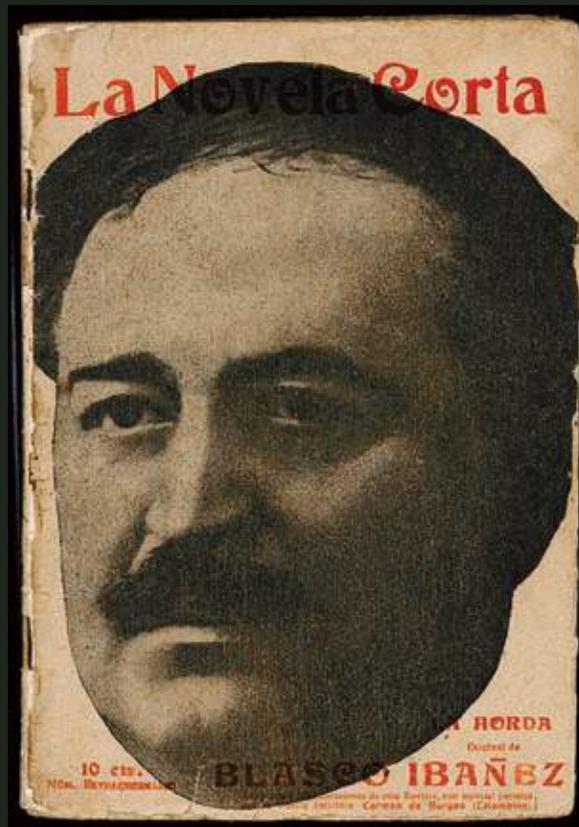
---

◆◆◆◆◆

# Blasco Ibáñez

◆◆◆◆◆

---





**B**lasco Ibáñez, nacido en Valencia en 1867, fue un destacado escritor, periodista y político republicano, impulsor del naturalismo y el realismo en España. En torno a su figura y al periódico El Pueblo, que él mismo fundó y dirigió, se desarrolló en Valencia un movimiento político republicano conocido como el blasquismo.

En 1905 publicó *La horda*, una novela escrita durante su período como diputado republicano, en la que expone de forma directa sus inquietudes sociales. Para escribir esta novela se inspiró en personas reales para dar vida a sus personajes:

En 1905, cuando era diputado, al salir muchas tardes con dirección al Congreso, torcía mi camino. La situación de mi vivienda, al final del paseo de la Castellana, casi en el campo, ayudaba a esta fuga parlamentaria. Estaba convencido de la inutilidad de mis funciones de diputado republicano dentro de una Cámara fabricada por los monárquicos. Era preferible vagar por los alrededores de Madrid, viendo los curiosos personajes de la miserable horda suburbana. En estos paseos, que tenían algo de exploraciones, fui conociendo a los más de los personajes que figuran en la presente novela, o más exactamente, a los seres reales que empleé como modelos de mis tipos imaginarios. No existe un solo personaje en *La horda*, ni aun los más secundarios, sin su correspondiente hermano de carne y hueso. Cuando estudiaba las costumbres de los gitanos instalados junto al puente de Toledo, vino conmigo varias tardes el gran poeta Rubén Darío, interesado por mis relatos sobre las costumbres de esas gentes de origen nómada, entregadas a una vida sedentaria.

La novela gira en torno a Isidro Maltrana, el protagonista. Su padre, un albañil que maltrataba a su madre bajo los efectos del alcohol, murió al caer de un andamio. Su madre, que trabajaba como asistente, pasó sus últimos días en un hospital. Su abuela fue trapera, y su hermanastro, un ladrón. Sin embargo, la suerte parece sonreírle momentáneamente cuando una señora altruista lo rescata de la miseria y, cautivada por su talento natural, decide protegerlo e incluso darle la oportunidad de recibir una educación universitaria. Pero, al morir ella sin dejar testamento, Isidro, falto de voluntad, se ve de nuevo arrastrado por sus orígenes humildes. Poco a poco, se acerca cada vez más a aquellos que, como él, forman “la horda”. En su caída, arrastra consigo a la mujer que ama y con quien ha tenido un hijo. Ante este hijo, que apenas comienza a dar sus primeros pasos, Isidro jura finalmente luchar y triunfar, decidido a no ser otra víctima de una sociedad corrupta:

el recuerdo después de tantos años aún conmovía al joven—, el padre surgía en su memoria colérico, con la voz ronca y el rostro congestionado, oliendo a vino, arrojándose con los puños levantados sobre la pobre mujer, que corría loca de miedo por el tugurio, esquivando los golpes. Estas escenas de terror acababan siempre con la caída del albañil en el camastro, fatigado de golpear a la hembra. Al poco rato sonaban sus ronquidos brutales, mientras la madre, abrazando al pequeño, lloraba sobre su cabeza silenciosamente.

[...]

Un día, el pequeño vio salir a su madre desmelenada y vociferando, seguida de otras mujeres no menos trastornadas. Luego, una vecina le cogió en sus brazos, sin contestar a las preguntas que la hacía él con infantil balbuceo. «¡Hijo mío! ¡pobrecito!» era lo único que sabía decir aquella mujer: se acordaba bien. Y se encontró de pronto en una sala grande, que a él le pareció inmensa, blanca y con azulejos, y vio muchas camas, ¡muchas! con cabezas inmóviles hundidas en las almohadas, y en una de ellas un rostro entrapajado, casi oculto bajo el cruzamiento de los vendajes, unos bigotes con negros coágulos de sangre y unos ojos vidriosos por el espasmo del dolor, que le miraron tal vez sin reconocerle.



Caricatura de Vicente Blasco Ibáñez  
Revista Don Quijote (1902) realizada por Manuel Tovar

La primera referencia que podemos encontrar en la novela sobre el Rastro es esta:

—Noventa y cuatro años, señor—continuó Zaratustra, dirigiéndose al jefe del fielato—. El cuerpo sano, el estómago de buitre; sólo tengo flojas las piernas, que me obligan a permanecer quieto en el carro, mientras éste, que es mi ayudante—y señalaba al bobo de la gorra de pelo—, entra en las casas. Soy el más antiguo del gremio. Sólo quedan algunos de mi época allá en el Rastro, que se han establecido, han hecho fortuna y tienen casa abierta en las Américas.

Al hablar de la familia de su madre, que disfrutaba de una existencia más desahogada, nos comenta que vivían en el mercado:

Su nueva existencia le puso en contacto con los parientes de su madre. Tenía ésta dos hermanos, antiguos traperos de Bellasvistas, que habían acabado por establecerse en el Rastro. Uno colocaba su puesto en la Ribera de Curtidores, dedicándose a la especialidad de armas y viejos instrumentos de música, que arreglaba con maestría extraordinaria. Otro era el grande hombre de la familia; todos hablaban de él con respeto, a causa de su riqueza. Había hecho buenos negocios; apenas sabía pintar su firma, pero las echaba de anticuario, y tenía su tienda en el patio de las Américas viejas.

Isidro y Feliciano bajaron al Rastro un domingo por la mañana, después de que él, con firmeza, le propusiera que comenzaran una vida juntos. Isidro estaba cansado de la vida errante y deseaba formar un hogar estable con ella, un “nido” en el que pudiera vivir en paz. A pesar de sus dudas iniciales, Feliciano aceptó, vencida por el amor que sentía, dispuesta incluso a renunciar a su pasado y a su familia por él. Isidro, que ahora tenía dinero y aspiraciones de estabilidad, soñaba con tener un hogar propio donde pudiera vivir una vida íntima y amorosa.

A las once de la mañana, llegaron al Rastro, una zona de Madrid que Feliciano apenas conocía. Acostumbrada a la vida tranquila de Tetuán, se sintió un poco intimidada por la

multitud y el bullicio en los alrededores de la plaza de la Cebada. Las vendedoras pregonaban a gritos sus productos, y Feliciano tuvo que sostenerse del brazo de Isidro para avanzar por el suelo resbaladizo. Tras pasar entre puestos de verduras y tiendas que invadían las aceras, la joven descansó un momento junto al monumento al soldado de Cascorro en la plazuela del Rastro:

Las vendedoras, con un par de limones en una mano o unos fajos de perejil, pregonaban sus mercancías a grito pelado. En la calle de la Ruda tuvo que agarrarse del brazo de Isidro para poder andar sobre el asfalto resbaladizo, cubierto de hojas verdes, paja mojada y escamas de pescado. Mujeres de delantal mugriento, abombado por la voluminosa panza, pregonaban el buen repollo y la fresca escarola. Los cestones de los vendedores ambulantes ocupaban el arroyo; las tiendas se apoderaban con sus puestos exteriores de las estrechas aceras.

Al llegar a la plazuela del Rastro, la joven descansó un instante apoyada en la verja del monumento al soldado de Cascorro.

Isidro y Feliciano bajaron por la Ribera de Curtidores, a ambos lados de la calle, bajo toldos, se alineaban los puestos de los chamarileros, repletos de objetos curiosos: espadas de teatro, sables antiguos, porcelanas rotas, litografías polvorientas, y prendas viejas de olor a humedad. Otros puestos vendían artículos nuevos a precios bajos, provenientes de quiebras, como abalorios, flores para sombreros y encajes ya pasados de moda. En medio de la calle, vendedores ambulantes cargaban grandes cestos de quincallería, gritando y haciendo gestos exagerados para atraer al público, ayudados por compinches que simulaban ser compradores:

—¡Aquí! ¡al tío que se ha vuelto loco y todo lo regala!—gritaba uno con voz de trueno.

—¡Lleven y compren!—mugía otro—. ¡Aire!... ¡Marchen, marchen!

Isidro quiso impresionar a su prometida y en un arrebato de arrogancia y soberbia se empeñó en regalarle media docena de medias a pesar de la negativa de Feliciano. Este acto

de aparente generosidad, pone de manifiesto su tendencia a exagerar y a ignorar la humildad y modestia de Feli, quien claramente se siente incómoda con un regalo que considera excesivo y un derroche innecesario:

Unas mujeres atraían en torno de ellas gran aglomeración de gentes de su sexo, ofreciendo «las magníficas medias escocesas de hilo... a tres reales el par».

Maltrana se introdujo en el corro femenino, llevando del brazo a Feli. Quería que fuese para ella la primera compra que hiciesen juntos; ¡a ver!... unos cuantos pares de los más bonitos: media docena. La joven le tiraba del brazo protestando con voz queda. Era un disparate: ¿para qué media docena? Jamás había tenido tantas... No debía derrochar el dinero.

Pero Maltrana le impuso silencio fingiéndose enfadado.

—Usted, señora mía, tomará lo que le den... Vamos, Feli, págale a esta buena mujer, ya que eres el ama del dinero... ¡Pues poco bonita que va a estar mi nena cuando meta en estas envolturas de colores sus pantorrillas de diosa!...

Se alejaron del corro, llevando ella el regalo en un paquete. Ruborizábase por el carácter íntimo del obsequio



fotografía de Miguel Ángel Sintés Puertas

Feli y Maltrana, querían comprar una cama antes que otros muebles, y recorrían los puestos del Rastro viendo una gran variedad de camas de hierro y madera, algunas con colchones de muelles. Feli, sorprendida y confundida ante tantas opciones, no lograba decidirse, mientras Maltrana la animaba a seguir explorando. Sabía que aún les quedaba mucho por ver y confiaba en que sus amigos y familiares, más abajo en la zona de “las Américas,” podrían orientarlos para hacer la mejor compra. Continuaron su recorrido y llegaron al corralón de las Nuevas Américas, una zona del Rastro donde se vendían objetos de gran tamaño recuperados de demoliciones. Allí, las tiendas, instaladas en casuchas de madera, extendían sus mercancías por los alrededores debido a la falta de espacio. Se encontraban cruces de mármol de tumbas, mostradores, alfombras polvorientas y herramientas industriales. En las plazoletas se amontonaba hierro oxidado de viejas máquinas y estructuras como balcones y verjas. La pareja apenas se detuvo en esta parte del Rastro, continuando su búsqueda entre los variados objetos.

Cruzaron la Ronda de Embajadores, una zona atestada de gente, vendedores ambulantes y grupos que escuchaban historias de crímenes famosos. Entraron en un nuevo corral que Maltrana describió como “el Rastro del Rastro,” donde los precios eran aún más bajos que en la Ribera de Curtidores. Allí encontraron librerías de segunda mano, frecuentadas por señores de aspecto humilde que revisaban viejos libros, y tiendas abarrotadas de objetos deteriorados: cuadros rotos, vidrios opacos, cofres antiguos y decoraciones de teatro descoloridas. Todo el lugar reflejaba un ambiente de pobreza y decadencia, en un desorden pintoresco.

En la plaza, Isidro y Feli observaron los puestos más humildes del Rastro, llenos de objetos rotos y casi inútiles. Los vendedores, rodeados de artículos oxidados y desgastados, intentaban atraer compradores con gritos esporádicos. Isidro se asombraba de los compradores que, buscando piezas específicas, rebuscaban entre el desorden. Un puesto de muñecas viejas llamó la atención de Feli, donde una niña pobre lloraba por una muñeca rota que su madre no podía comprar. Conmovida, Feli intervino y compró la muñeca para la niña, quien se lo agradeció emocionada, abrazando su nuevo tesoro.

Isidro tenía un tío apodado “el ingeniero” que colocaba un puesto los domingos por la zona y que se dedicaba a arreglar instrumentos musicales y juguetes mecánicos. Al escuchar la música se dirigió hacia la zona encontrándolo sentado en una butaca:

Buscaba a uno de sus tíos, apodado el Ingeniero, el cual, según noticias, aunque retirado de los negocios, colocaba allí su tenderete todos los domingos. En el otro extremo de la plaza sonaba como un quejido la música de un órgano. Las melodías gangosas llegaban a jirones hasta Maltrana cuando se hacía un corto silencio en el vocear de los vendedores. Cogiendo del brazo a Feli, fue el joven hacia donde sonaba el lamento del órgano. La música no le había engañado: el que la hacía era su tío el Ingeniero, llamado así por la rara habilidad que demostraba en el arreglo de los instrumentos de música y juguetes mecánicos. Vestía un gabán de color de castaña con grandes botones, y bajo la visera de su gorra destacábanse las dos manchas negras de los anteojos con bordes de paño que abrigaban su vista enferma. Estaba sentado en un sillón de madera blanca y dorada

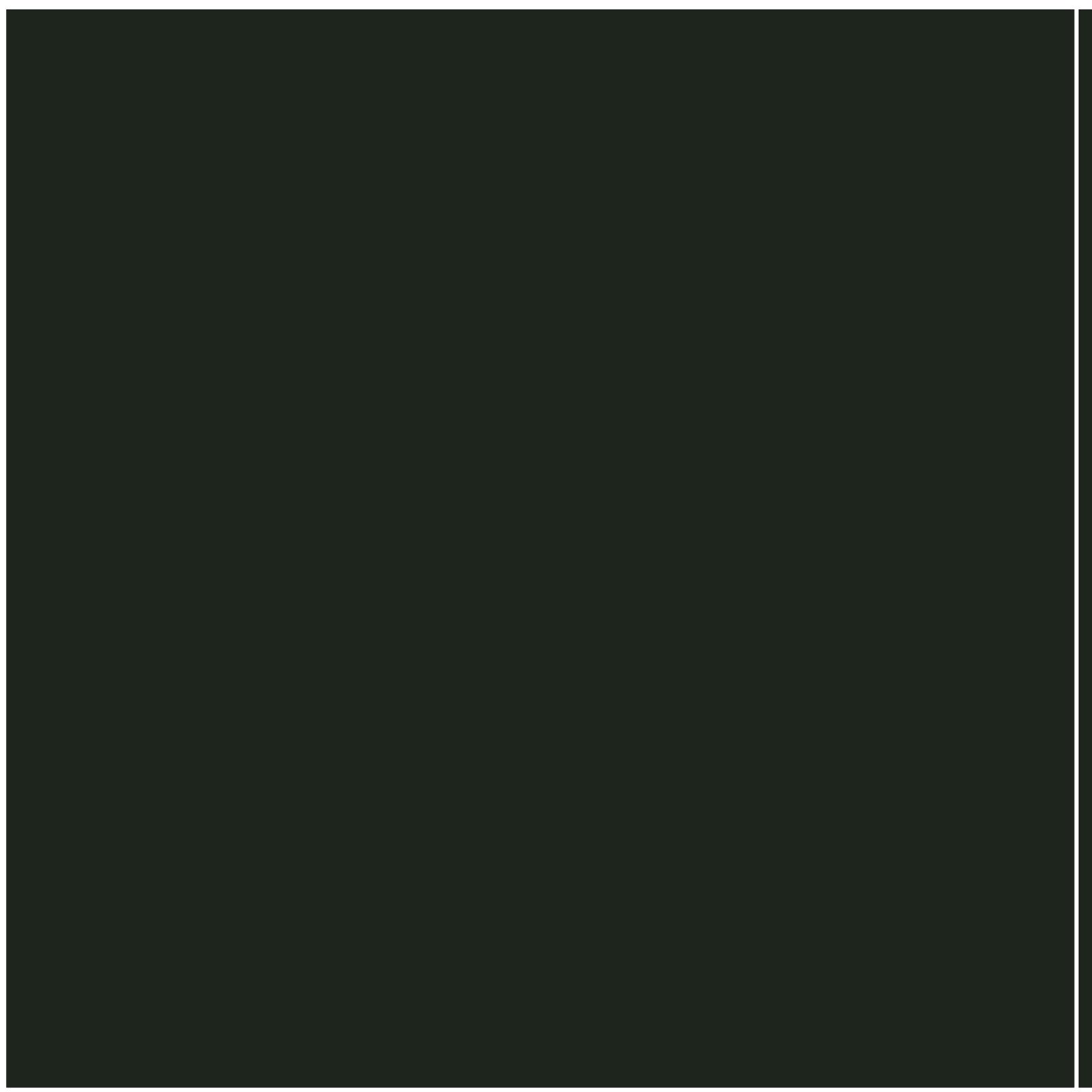
De regreso hacia la parte alta del Rastro se asomaron a una de las grandes tiendas de antigüedades que había en el patio de las Nuevas Américas donde su tío tenía una tienda. Compraron varios muebles y por el apuro de no regatear por la proximidad familiar pagaron más de lo que hubiesen pagado en otro lugar:

Isidro mostró a Feliciano un hombre obeso y cejudo que en la puerta de su tienda enseñaba unas planchas pintadas en cobre a dos señoras extranjeras. Aquel era su tío; debían pasar sin saludarlo, no creyera que iban a pedirle algo. Permanecieron más de una hora en la tienda de los hijos del Ingeniero. Maltrana reconoció que sus primos eran unos judíos, como decía el padre, sin alegría, sin afectos, cual si tuviesen cegada el alma por el polvo amontonado en el establecimiento. Le hablaban con seriedad recelosa, temiendo que apelase al parentesco para no pagar. En otro sitio hubiese adquirido Isidro los mismos muebles a menos precio. Pagaba el parentesco y la vergüenza del regateo. Compraron una camita dorada, una mesa de escribir, otra de comedor, varias sillas y un colchón con almohadas y dos mantas. Todo era modesto, de poco precio; pero la cama, con sus hierros coruscantes, les pareció a los dos un derroche, un alarde de suprema elegancia, una manifestación de su propósito de vivir en grande, sin privaciones. Siete duros les costó esta joya

La experiencia de Isidro y Feli en el Rastro fue un viaje tanto físico como emocional, en el que exploraron un mundo lleno de contrastes: la pobreza, lo curioso y lo viejo. Mientras recorrían los puestos abarrotados de objetos de segunda mano, se sumergieron en un entorno que les mostró las distintas realidades de la ciudad. En su búsqueda de un futuro juntos, el Rastro se convirtió para ellos en una metáfora de las oportunidades y desafíos de comenzar una vida en común.

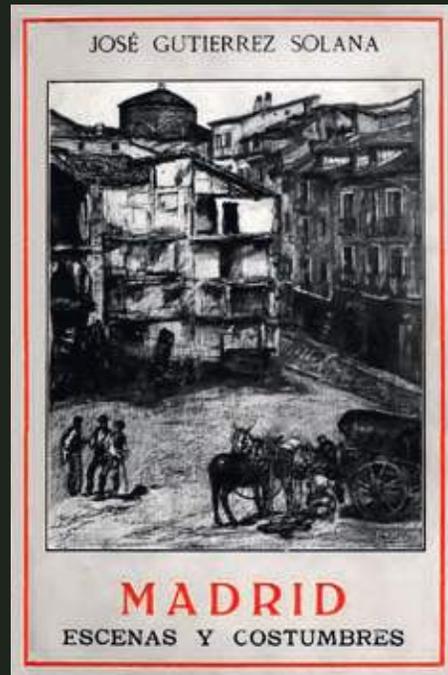


Vicente Blasco  
Ibáñez





# Gutiérrez-Solana





José Gutiérrez-Solana, nacido en Madrid en 1886, fue un destacado pintor del movimiento expresionista. Su obra, de fuerte carácter costumbrista, retrata tabernas, fiestas populares, prostitutas, mendigos y los barrios bajos, mostrándonos la miseria de una España sórdida y grotesca. Al igual que Goya, plasmó principalmente personajes madrileños. Uno de sus escenarios preferidos fue el Rastro de Madrid, que inmortalizó tanto en sus pinturas como en numerosos grabados. Menos conocida, pero igualmente interesante, es su faceta como escritor, destacando su obra *Madrid: escenas y costumbres*, publicada en dos volúmenes (1913 y 1918). Además, Gutiérrez-Solana fue un gran apasionado del mundo taurino, llegando a formar parte de la cuadrilla del torero Bombé como peón de brega.

En *Madrid: escenas y costumbres*, en el capítulo “El Rastro” Gutiérrez-Solana desembarca en el mercado montado en un tranvía que recorre la calle Toledo, donde se encuentra la Colegiata de San Isidro, antigua Catedral de Madrid. Cuando baja del tranvía recorre las calles del Peñón, de las Velas, Mira el Río, callejón del Mellizo, de las Amazonas y Cuesta de los Cojos; a las que define como las calles de más carácter de Madrid, donde las porteras cosían sentadas en sillas a la puerta de sus casas y los chavales jugaban a ser toreros. Al aproximarse a la Ribera de Curtidores se topa con el tapón del Rastro, una manzana de casas que obstaculizaba el tránsito viniendo desde la calle de Toledo y de los Estudios. Las calles que rodeaban esta manzana de planta triangular, eran las del Cuervo, la travesía del Rastro y San Dámaso. Empezó a derribarse en 1905, dando lugar a la actual plaza de Cascorro y facilitando así el acceso al mercado.

Gutiérrez-Solana relata en el libro, que el matador de toros Antonio Sánchez “El Tato”, cuando toreaba en Madrid se alojaba en una humilde casa de la calle del Carnero y al salir hacia la plaza, su querida le lanzaba desde el balcón un tierno beso de despedida. La cuadrilla y los picadores le esperaban abajo en la calle, y él se paraba a charlar con los vecinos y los porteros, mientras que los chavales le tiraban de la capa y de los alamares de la chaquetilla.

Los negociantes del Rastro se reunían en medio del mercado, donde esperaban la llegada de los carros cargados de trastos y enseres provenientes de mudanzas de gente arruinada o fallecida:

Los industriales se reúnen en medio del mercado, y allí tasan y apartan lo que traen los carros de todas las casas, de las mudanzas, de gente que se muere o se arruina. Todo tiene que pasar a manos de otros en la vida. lo que uno no quiere, a otro le presta servicio; hierro viejo , estufas, balcones y columnas, material de derribo. los puestos de ropa y trapería, con un olor de miseria y de chinches; tenderetes de zapatero de viejo, que con la azuela van a hachazos los montones de botas, los tacones torcidos y las suelas comidas; material para dehacer y aprovechar de nuevo.

Se fija en los mozos de cuerda o de cordel, que se ofrecían a los compradores para trasladar las compras más voluminosas. El mozo se ayudaba de una cuerda, y a veces, de una carretilla que les permitía llevar las mercancías por la ciudad. El misterio de su trabajo consistía en saber utilizar una cuerda para atar los bultos y sujetarlos a su cuerpo, evitando hacerse daño. Eran capaces de cargar grandes pesos sobre los riñones, recorriendo largas distancias, subiendo y bajando las escaleras de los domicilios si era necesario. Este trabajo, como todos los basados en la fuerza física, era menospreciado y se destinaba a las clases sociales más humildes. Igual que los serenos, los mozos de cuerda de Madrid

eran en su mayoría gallegos y asturianos que habían emigrado a la capital en busca de trabajo, y tenían fama de bebedores:

Los mozos de cuerda husmean a los compradores. Estos mozos, viejos y humildes, que solo se ven en el Rastro, son esmirriados y míseros, con la camisa hecha tiras, enseñando el pecho peludo. Se conforman con lo que les dan y son de una honradez tal que el parroquiano puede irse tranquilo. Lo que más les gusta y agradecen es que les conviden a una copa.

Cerca de la Ronda de Valencia se encuentra el restaurante de la cigarreras que bajan todos los días a Las Américas y plantan un cajón con un muestrario de librillos de papel de liar cigarros “El Sol” y utensilios para los mecheros. Elaboran cigarros con los restos de las colillas que recogen por el suelo y para ello encima del delantal embocan el tabaco a través de un embudo de metal con la ayuda de un palillo.

Al igual que muchos escritores que se han detenido en el Rastro, distingue entre el inicio de la Ribera de Curtidores con puestos más selectos y el final de la calle, donde un gran portalón con



**El Rastro de las Américas**  
José Solana (José Gutiérrez Solana)



**La trapera**  
José Solana (José Gutiérrez Solana)

un letrero anuncia que allí comienzan “Las primitivas Américas”, territorio más humilde que alberga una taberna y una tienda de comidas que frecuentan los traperos. Hay unas casas bajas con vecinos, y un patio donde se localiza Las Viejas Américas: “El patio son las Viejas Américas; los puestos, con tabique de madera, cubiertos de esteras, están á los lados”.

Pegados a las tapias, los barberos afeitan al personal sentados en sillas desvencijadas cara al sol, con un botijo calman la sed de los clientes y mediante humeantes infiernillos calientan el agua para el rasurado:

El maestro afeita a un paleta que está sentado de frente; le inclina bruscamente la cabeza y le tuerce las narices, para afeitarle el bigote, metiéndole en sus agujeros las puntas de sus dedos, amarillos de apurar las colillas.

Para sanar los habituales tajos que producían aplicaban en las heridas, telarañas que guardaban en una petaca. El afeitador habitualmente también ejercía las funciones de sacamuelas, dejando a los pies de la silla un generoso charco de sangre.

Al ocaso del día, los trabajadores del Rastro: barberos, esquiladores, castradores de animales, traperos; desfilan hacia sus lugares de descanso, unos hacia las Chozas de las Alhóndigas, otros a las Casas del Cura Camacho, a las cabilas de Magallanes o a la Cuesta del Cojo y los más afortunados al cercano Paseo de las Acacias.

Las Alhóndigas, situadas en las cercanías de Las Américas, consistían en un agrupamiento de chabolas con techos hechos de viejas latas, sujetas con piedras para evitar que el viento se las llevara. Estas infraviviendas ofrecían cobijo a una población muy pobre. Estaban enclavadas en una hondonada, formando un pequeño pueblo que parecía querer ocultarse en el paisaje.

Los traperos, al anochecer, cuando regresaban a las chabolas, en ocasiones arrastraban como prisioneros a perros abandonados. Al día siguiente, sus mujeres los trasladaban al

depósito de perros del Canal, donde eran gaseados y su piel curtida se utilizaba para confeccionar calzado. Cobraban dos reales por cada pieza.

Gutiérrez-Solana describe con crudeza el interior de estas chabolas y las condiciones de vida, en especial la de la infancia:

Las puertas de las chozas de la Alhóndiga son tan bajas que los vecinos tienen que agacharse para entrar en ellas; y algunas veces, a gatas, en el suelo, encima de un jergón, una mujer acaba de dar a luz, cosa que no choca entre estas gentes, pues casi todas las mujeres tienen tripa y están embarazadas; entre los calderos y hornillos se revuelcan en el suelo sus hijos desnudos, con la cara llena de costras, de basura, de no lavarse; a algunos les han puesto las faldas de sus hermanas para tapar sus vergüenzas.

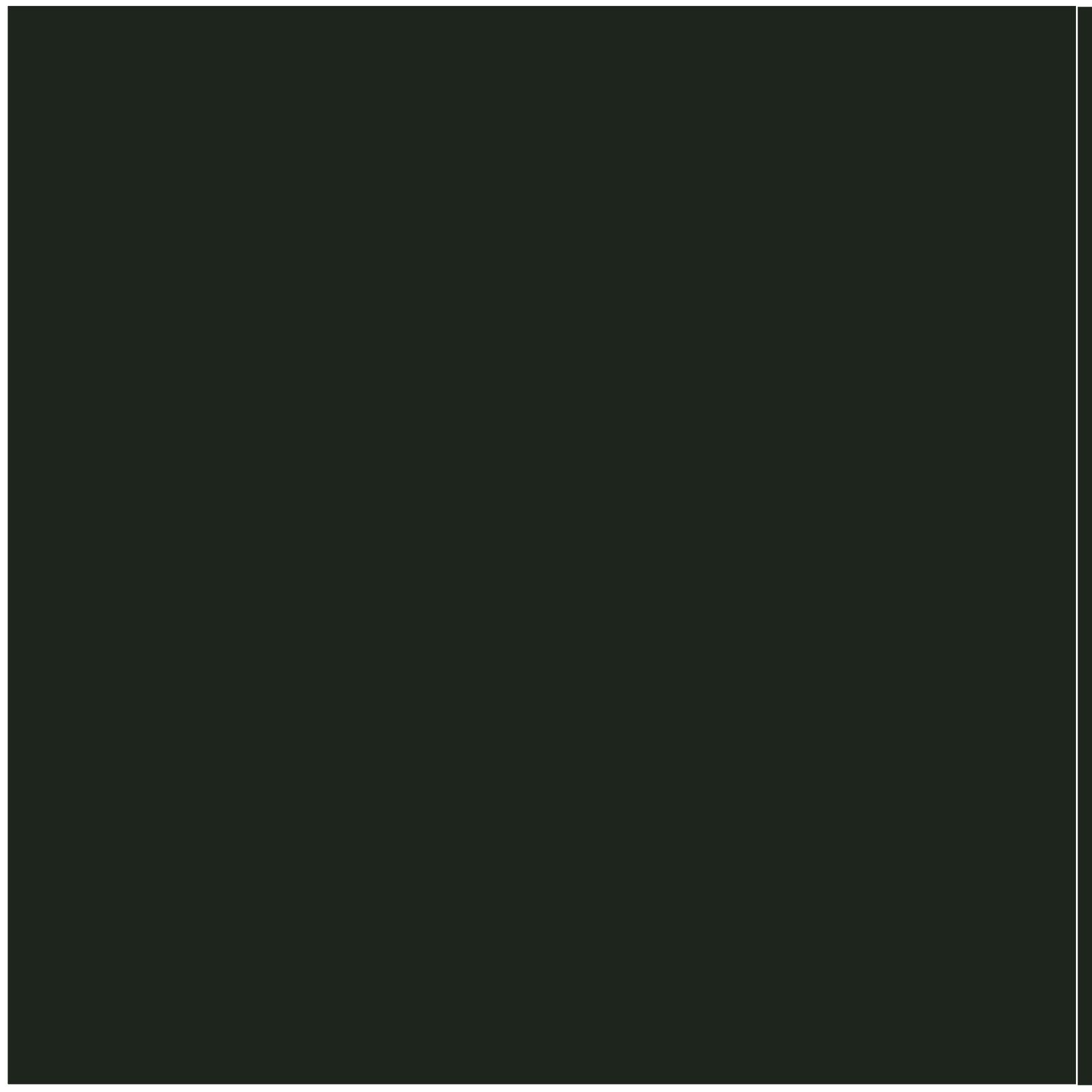
Con estas pinceladas literarias Gutiérrez-Solana nos sumerge en el Rastro de principios del siglo XX tan distinto del de nuestros días.



**Autorretrato**

José Solana (José Gutiérrez Solana)

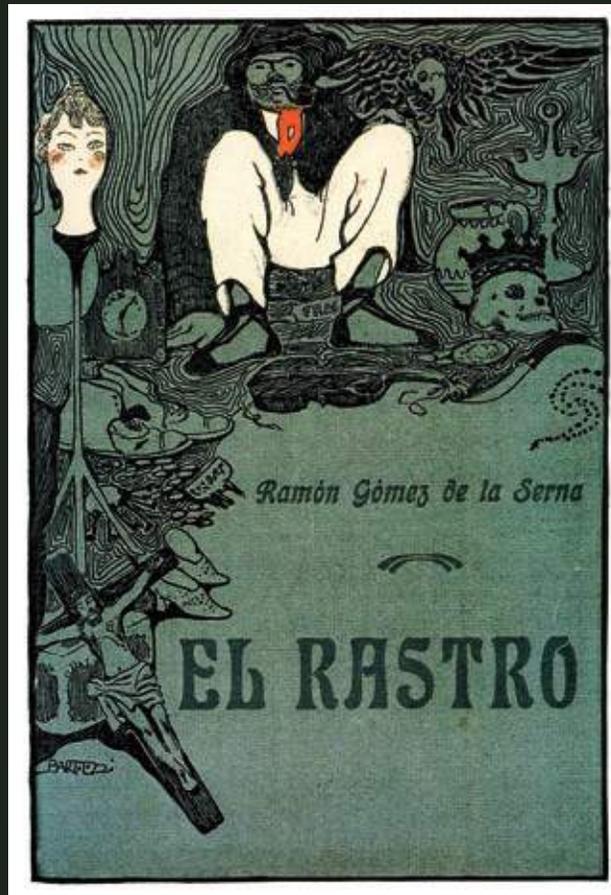
Una firma manuscrita que dice "J. Solana" en una caligrafía cursiva y elegante, con una línea horizontal debajo del nombre.



---

# ◇◇ Ramón Gómez de la Serna ◇◇

---





**R**amón Gómez de la Serna nació en Madrid en 1888. Fue un destacado escritor y periodista vanguardista español, generalmente adscrito a la generación de 1914 o novecentismo, e impulsor del género literario conocido como la greguería. En 1914 publicó *El Rastro*, una obra trascendental de la vanguardia literaria.

Dedica el libro a Azorín, con una mezcla de admiración y compasión. Respeta la seriedad y claridad de su colega, y lo percibe como una figura aislada, lúcida y consciente de la farsa o superficialidad de quienes lo rodean. Siente una afinidad especial con su estilo y su mirada crítica del mundo.

Al justo y trágico Azorín, que es el hombre que más me ha persuadido de ese modo grave, atónito y verdadero con que sin malestar ni degradación ni abatimiento sólo creí poder estar persuadido secretamente de mi vida, le dedico este libro con el oficioso y tímido deseo de consolarle de vivir entre gentes incofesas y de estar dedicado al más disimulado de los sarcasmos en el centro de seriedades inauditas y aclamaciones extrañas.

*El Rastro*, es una obra que ofrece una visión única y profundamente vanguardista del mercado madrileño. Más que una novela tradicional, el texto es una mezcla de crónica, ensayo y descripción poética, reflejando la esencia de este icónico lugar.

Gómez de la Serna retrata al Rastro como un espacio caótico, lleno de vida, donde conviven objetos antiguos, curiosidades y personajes de todas las clases sociales. Con su estilo característico, utiliza una prosa cargada de imágenes y observaciones humorísticas para evocar el colorido, la energía y la historia que impregnan el mercado.

La obra no sigue una trama lineal, sino que se enfoca en capturar la atmósfera del Rastro a través de escenas y descripciones detalladas. En ellas, el autor mezcla su fascinación por los objetos usados y olvidados, así como por los vendedores y compradores que dan vida al mercado. En este sentido, *El Rastro* es también una reflexión sobre el tiempo, la memoria y el valor de las cosas que, aunque aparentemente inservibles, guardan historias y misterios.

El libro arranca con una descripción detallada, plasmando una imagen cruda y realista de la vida y el entorno que rodean a este mercado. A medida que uno se acerca al Rastro, el ambiente y la gente se vuelven más humildes y marginales. La calle se llena de personajes de aspecto desgastado, como perros callejeros y mozos de carga exhaustos, lo cual enfatiza la pobreza y el abandono de la zona:

La población se va empobreciendo a medida que se aproxima al Rastro. La gente es de otra calaña, es más morisca, peor afeitada, más menesterosa. Sus ojos son más negros, más cuajados, y su mirada más torva, más penosa.

Por medio de la calle van más carros que coches y pasan algunos burros ingenuos. Se encuentran más perros en libertad, perros de pieles apolilladas que rebuscan en el suelo, gachos y mohínos como colilleros. Van y vienen mozos de cuerda cargados, con miradas nubladas de bueyes bajo de piedras insoportables.

También describe la arquitectura de los edificios que flanquean el Rastro: grandes casas de ladrillo rojo, opresivas y oscuras, que albergan a una multitud de personas en condiciones precarias. En el centro, una estatua de un héroe popular se levanta como símbolo de una valentía que se vuelve absurda y vulgar en ese contexto de miseria, reflejando una crítica al heroísmo impuesto:

Las primeras casas en que se inicia la bajada del Rastro son grandes, de esas de ladrillo rojo que contristan, que dejan sin luz, que son como un agobio de sangre vulgar, llenas de balcones estrechos, sin márgenes alrededor entre unos y otros. Son como altas y compactas páginas de mazorra, de letra pequeña, completamente ilegibles porque embizcan y abaten... ¿Cuánta humanidad se hospeda en esas casas, de fuera a dentro, a más adentro, hasta un fondo inverosímil y obscuro en que está el límite de las habitaciones interiores? Rojas y con tanta humanidad desconocida e interior, son como grandes prisiones modernas, prisiones voluntarias, prisiones inmerecidas, pero inevitables.

En el centro de esos edificios de la cabecera del Rastro se levanta la estatua de un héroe popular que incendió en la guerra la caseta del generalísimo enemigo. La vida de alrededor a la estatua se come su heroicidad, la vulgariza, la descompone, la desgracia. Es doloroso, es inútil y carece de nimbo lírico el gesto del héroe avanzando con su lata de petróleo bajo un brazo y la tea incendaria en el otro. Es plebeyo, es bárbaro, es absurdo.

Utiliza la ironía para destacar la presencia de talleres de marmolistas en un mercado popular y bullicioso donde todo parece ajeno a la solemnidad de la muerte. Ramón Gómez de la Serna observa esta contradicción, resaltando cómo los lapidarios —artesanos de la piedra que producen lápidas y esculturas fúnebres— realizan un trabajo destinado a la eternidad, pero en un contexto donde la muerte parece ser ignorada o desestimada. Describe cómo las “pobres enlutadas” acuden a estos talleres para encargar lápidas que perpetúen el recuerdo de sus seres queridos, un acto solemne que contrasta con el ambiente despreocupado y casi “cínico” de los marmolistas, quienes, entre “tintineos joviales” y actitudes relajadas, parecen indiferentes a la trascendencia de su labor:

Más allá es un taller de marmolista... ¿Por qué hay varias tiendas de marmolistas en el Rastro? ¿Por qué han coincidido aquí esos lapidarios que aparentan trabajar para la eternidad sobre el eternal elemento del mármol? Enigma. Pero aquí donde todo se desinteresa de la muerte, no trabajan estérilmente, porque vienen interesadas en perpetuar un recuerdo las pobres enlutadas, más renegridas sobre el blanco fondo de los mármoles, y encargan una lápida ó una figura a estos cínicos y sonrientes lapidarios. Resulta extraño el optimismo de estos talleres llenos de tintineos joviales y de mármoles de una opulencia sensual agradable, deslumbradora y simpática. Junto á las lápidas y los bloques, hay figuras de mujeres vestidas de un luto blanco, que sin poderlo evitar echa sobre ellas su dolor con una paradoja formidable el manto blanco de las desposadas, ¡imágenes ingratas y olvidadizas! hay también esculturas de niños desnudos sobre un almohadón, niños que dan la sensación de un sueño lechoso de niños vivos y sanos, niños regordetes y sin descomposición que más imitan la fecundidad de la vida que la amarilla, amoratada y enflaquecedora depravación de la muerte. ¡Gracias tiendas las de los lapidarios en este cinismo del Rastro que vive de la burla de las conmemoraciones!...

Nos ofrece una visión sombría y cruda de las tabernas y freidurías del Rastro, destacando un ambiente de decadencia y sordidez. Su presencia evoca repulsión e inquietud, especialmente en torno a las freidurías al aire libre, que parecen usar aceites de pésima calidad e ingredientes de origen incierto. Esta percepción de insalubridad refuerza la idea de un espacio marginal.

Habla de las tabernas como lugares casi clandestinos, con fachadas degradadas y un interior que desprende un aire viciado. Estos espacios se describen como hostiles y al borde de la ilegalidad, con un vino adulterado que, en vez de brindar alegría, parece destinado a desesperados que buscan en el alcohol una vía de escape. Sorprendentemente, Gómez de la Serna confiesa que él mismo frecuenta estas tabernas, añadiendo una dimensión de contradicción e ironía al relato:

Otra nota extraña por el contraste del sitio es la de las freidurías al aire libre... La sospecha que se siente ante ellas es atroz... El aceite debe ser aceite sacado de las botas viejas, y todo lo que en las sartenes se fríe parece carne ó pasta artificial, materias embaucadoras, viejas, usadas... Sin ser ya una sorpresa, porque se contaba con ella, se ven numerosas tabernas y hasta se entra en ellas, porque el gazonate se seca aquí hasta agrietarse. La fachada de estas tabernas es morada, cárdena, cejjunta, con manchas rojas Su escaparate es grasiento, mosqueado y hediondo, lleno de una insufrible comida fría, antigua y seca. El fondo es oscuro, obcecado y cárdeno, lleno de sombras altas y extravagantes como estantiguas, de esas estantiguas que hay enhiestas en todo fondo oscuro del Rastro. Sus botellas dan una sensación más agria que en ninguna otra taberna, como llenas de licores más alcohólicos, más falsificados, menos potables, y se piensa que estas botellas como las de sublimado ó de otro veneno, debían tener pegado como etiqueta, como marca del cosechero ese sello negro con dos blancos fémures cruzados en X y un cráneo en medio. Hay en esas tabernas una hostilidad de conspiración en los extramuros de la ley y de sitio para ocultar prófugos... El vino, hay que desengañarse, sólo es dicharachero, hijo de los racimos naturales, sensual como las vírgenes que están en el día rojo de su pubertad, en los lagares de los pueblos sin flamenquismo ni pesadumbre urbana. Aquí las borracheras son negras como el cerote, cogidas por hombres desesperados que intentan levantarse con ellas la tapa dé los sesos. En estas tabernas, y por influencia de ese vino fuerte y de ese moho de su ambiente, parecen crecer las barbas y los otros mohos del cuerpo y del alma. Por eso estos hombres siempre están sin afeitar los que se afeitan, y los barbados tienen bigotes disparados, desencajados, espinosos, barbas de moro, bigotes japoneses, barbas de chivo, barbas de máscaras guerreras, barbas trágicas. El tabernero es un ser reumático de vino, por la humedad del vino, reumático por el fondo lóbrego de su taberna. ¡Porque hay que saber lo que es un fondo de taberna! Hay que haber visto esa cocina obscura, de atestados y sucios vasares, donde se hacen esas freidurías con aceites malos, aceites de ratas, y esas alcobas muertas y disimuladas que quizás están detrás de la mampara con visillos que da a la taberna, holladas, profanadas, con olor á pies, y esas otras habitaciones incomprensibles, a cual más obscura y nublada, y sobre todo ese patio con cubas de madera emborrachada, esas cubas rendidas, un poco deshechas, con posos ácidos, y con una sangría á sus pies...



Ramón Gómez de la Serna en el Rastro (Imagen creada por Fernando Vela con inteligencia artificial)

## Las gentes del Rastro

Los hombres son presentados de manera caricaturesca, exagerando sus rasgos con una mezcla de admiración y burla que subraya sus aspectos físicos, actitudes y hábitos peculiares. Esta apariencia casi animal y tosca les da un aire salvaje, primitivo. Los vemos de manera excéntrica, envueltos en tonos oscuros con detalles coloridos, desgastados y manchados de grasa, transmitiendo una sensación de dejadez que, a la vez, denota cierto orgullo en su estilo descuidado

Son hombres relajados, a veces perezosos, que no dudan en cerrar sus puestos de venta o dejarlos sin atender cuando no les apetece trabajar. Su aparente pereza refleja una libertad con la que deciden cuándo trabajar y cuándo no, en una actitud que parece desafiar la disciplina del comercio cotidiano:

Tienen pelajes absurdos, muy negros, o con greñas blancas entre la pelambre morena, o un mechón rojo, o con una entonación parda... Sus bigotes son como bigotes de animales felinos que olfatean con ellos y lo prejuzgan todo, desdeñándolo o aceptándolo según lo que ellos barrunten... Sus barbas son intencionadas, autoritarias, reconcentradas, bárbaras, persuadidas y personales... Visten de oscuro con el lujo de un verde o un florido chaleco y llevan calados sus sombreros de gesto rebelde, todos ilustrados por un viso tornadosolado de grasa...

[...]

Todos estos hombres descansan plácidamente, aunque a veces se les ve entretenidos en componer lo que nada vale. Alguno semeja un austero bonzo sentado de cuclillas en oración, con el pensamiento fijo, bañado, lubricado en el nirvana... Parecen en vez de comerciantes buenos vividores, y juegan a los naipes o beben de una botella en pie a su lado, atenta a ellos con la virtud de un perrito puesto de manos, anheloso y servicial, mirando al dueño... Su pereza es suntuosa. Se permiten el no ir a su comercio y no abren el día que no quieren, porque han dormido mejor que nunca o porque han querido comprobar su libertad.

Las mujeres; las divide en dos clases: las ricas y las pobres. Las ricas son robustas, vestidas con varias capas de ropa y cargadas de calderilla que tintinea en sus bolsillos, denotando su prosperidad en el mercado. En contraste, las viejas pobres son angulosas, casi espectrales, con ojos apagados y cuerpos desgastados, pero aún resistentes y vigilantes. A pesar de su miseria y vejez, sobreviven obstinadas en un ambiente hostil, impulsadas por una inquebrantable fuerza de conservación:

Las viejas del Rastro son de dos castas, las ricas y las pobres... Las ricas, o seáse las que tienen los mejores puestos, son viejas recias, sonrosadas, hinchadas de ropa e hinchadas de calderilla que suena en sus bolsillos a cada paso... Las otras, las pobres, son angulosas, macabras casi, con ojos sin pestañas, acabadas como escobas viejas, y sin embargo, laboriosas y dispuestas aún, lo avizoran todo por el ojo de aguja de sus ojos pitañosos... Corroídas, flacas, verdaderas piltrafas, parece que se sostienen de sus malos humores en este ambiente ácido, que estimula su vida con sus fuertes fermentos. ...En el abandono inclemente de su vejez, se sostienen con un ahinco incomprensible, unidas á la vida por una sola hebra de su cabello... Después de haber sido toda su vida criadas y sórdidas mancebas de los hombres, encima, el régimen que esos hombres han implantado en la vida, las hubiera matado, si su instinto de conservación no fuese de una testarudez asombrosa... Entre estas viejas pobres y desolladas, se encuentra alguna viejecita ideal, viejecita japonesa de boca fruncida y dulce, de mejillas suavemente arrugadas y una gran frente... viejecita de destino distinto al que vivió, al que se remata aquí...

[...]

Las mujeres maduras, estropeadas ya, aunque lejanas aún de la vejez, tienen aquí rostros hostiles y crueles... La vejez no las ha aplacado ni las hace disculpables y la juventud no disimula ya su insidia, su desidia y su obcecación... Son antipáticas y abominables... Casi todas tienen caras de careta vulgar

Presenta una visión sombría y desoladora de la infancia en el contexto del Rastro, donde los niños se encuentran atrapados en un ambiente marcado por la pobreza, el abandono y el deterioro. La comparación inicial de los niños con “renacuajos” en “aguas sucias y estancadas” establece una imagen contundente de su precariedad, como si fuesen productos de un medio

hostil y degradado que los moldea y condiciona desde su nacimiento.

La descripción física de los niños intensifica la sensación de deshumanización: están “sucios”, con “mejillas como chicharrones”, “piernas torcidas” y “bocas desdentadas de viejos”. En su juego entre escombros y desperdicios, sus acciones revelan una crudeza y desesperación que chocan con cualquier idealización de la niñez. Algunos se dedican a vender pequeños objetos en busca de unos centimos, o se asoman por las rejas de las ventanas “como presos que quisieran fugarse”, lo cual refuerza la idea de que su infancia es una suerte de encierro.

La aparición de los “monstruos” –niños deformes o con enfermedades visibles, a menudo objeto de burlas crueles por parte de los demás– acentúa aún más el carácter grotesco y trágico de esta infancia olvidada. Es una visión que no deja lugar para la inocencia ni para la protección, sino que los muestra atrapados en una cadena de miseria heredada y casi inevitable.

Hay un tono de denuncia contra la indiferencia de un sistema que ni siquiera concede a los niños la posibilidad de soñar con algo más allá de la pobreza en la que nacieron:

..... sucios, con mejillas como chicharrones, con las piernas torcidas, con una boca desdentada de viejos, juegan sobre las piedras que cuadriculan con tiza como tableros de ajedrez, escarban en la tierra, hacen fogatas de toda astilla



Niños en una calle del Rastro  
(Imagen creada por Fernando Vela con inteligencia artificial)

que encuentran, llenan de injurias las paredes, juegan con los restos informes de estas cosas  
inclasificables, con pedazos grotescos de estafermos...

[...]

Se les ve de pronto -a los que aun no saben andar- en un silencioso fondo de trapería  
metidos en un caballete de madera que les apresa horas y horas en la ausencia de todo  
pariente. Se les ve asomados a los balcones más altos como próximos a caerse á la calle  
si alguien no llega á tiempo de bajarles de los hierros... Entre todos esos niños, jugando con  
ellos, abundan mucho los monstruos, esos niños de los labios grandes, de las caras lívidas,  
empastadas de carnaza y pingajosas,

[...]

Los hay también jorobados, los hay bizcos o con otros raros estrabismos en los ojos, y los  
hay, con erupciones tremendas y dolores de muelas precoces...

## **Azorín**

En el libro, hay un capítulo dedicado a Azorín que reflexiona sobre su carácter y escritura  
mientras recorre el Rastro. No es un visitante cualquiera, sino un curioso atento que capta la  
esencia del lugar sin superficialidades. Destaca su seriedad reflexiva frente a la tendencia de  
banalizar lo profundo y dramatizar lo simple. Es descrito como un “observador fino, abnegado  
e irónico”, cuya conexión genuina con el Rastro refuerza su visión auténtica.

Su descripción física se realiza a través de rasgos personales: su monóculo, su “mirada  
atónita”, su “rictus sufrido” y su forma de caminar reflejando su conciencia del tiempo. Azorín  
se convierte en un símbolo autentico, una figura eterna e imperecedera:

Va lento, avizor, como sonriendo, pero sin sonreír, con ese rictus suyo tan sumido, tan  
sufrido, tan comedido. Camina un poco de puntillas, cómodo—porque la perfección espiritual  
es sobretodo comodidad—, las manos tranquilas metidas en los bolsillos del alma.

[...]

Azorín, al pasar junto á los puestos del Rastro, mira las cosas con la consideración, con la  
benevolencia que merecen, y comparte con la lontananza sus miradas llenas de largueza,  
llenas de claror, llanas de ambiente.

Aquí es donde únicamente se pone ya su monóculo omnisciente.



Ramón Gómez de la Serna con un maniquí en el Rastro  
(Imagen creada por Fernando Vela con inteligencia artificial)

## Pío Baroja

Gómez de la Serna presenta a Pío Baroja como un hombre complejo, intenso, sensato, inconformista, entrañable y atormentado. Al igual que con Azorín, el Rastro es el escenario donde su personalidad se muestra plenamente. Considera que literariamente es menos importante que Azorín, aunque lo sitúa como el segundo escritor contemporáneo más relevante:

Menos fundamental que Azorín, menos refinado, menos penetrado de todo, menos lleno de ternura, más encarnizado, Baroja no sintetiza el mundo en una tragedia interior, suspensa, serena, como Azorín. La tragedia que él muestra es más exterior, más indómita, más descompuesta, menos substanciada en él, aunque su buena voluntad, su genial buena voluntad, su gran aproximación á la verdad neutral y negligente de las cosas, le hace el segundo contemporáneo.

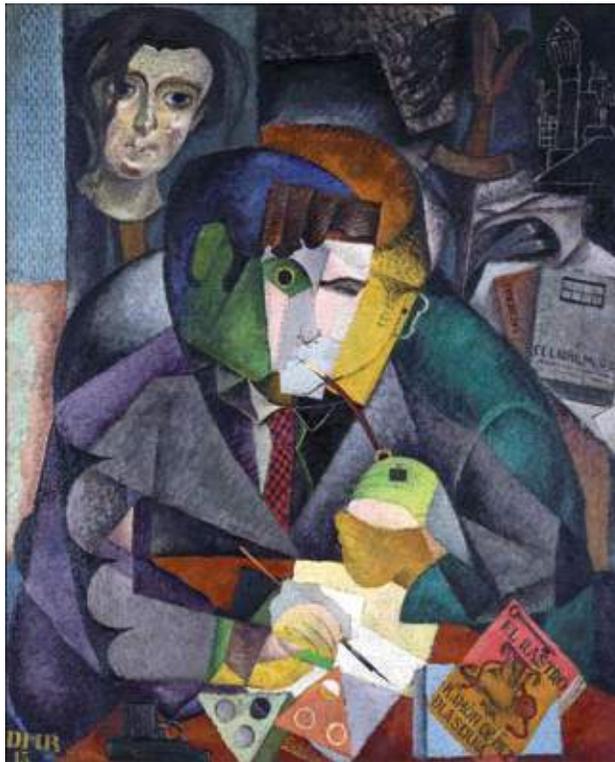
Baroja es un hombre en constante lucha interna, incapaz de encontrar la paz tanto en su vida como en su obra literaria. Es un ser contradictorio: 'indómito', 'incrédulo' e 'indeciso', pero también firme y sin intención de complacer al público, buscando en cambio reflejar su propia realidad interior.

Su aspecto físico con su sombrero pequeño y su ropa sencilla, casi gastada, parecen reflejar su carácter austero:

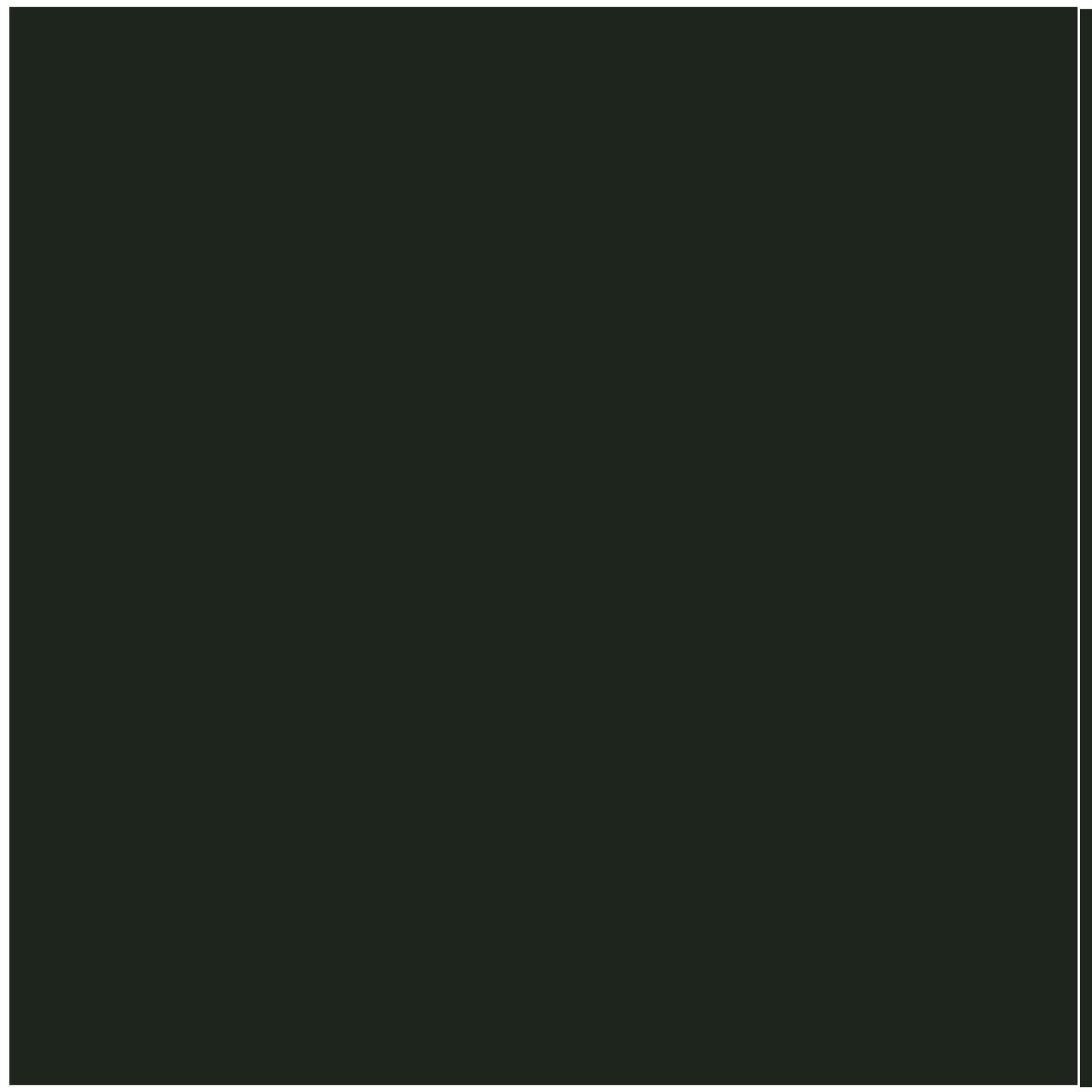
Cargado de espaldas como si un centenar de sus libros le pesase en ellas, como un hombre de mar que no sabe andar bien por tierra, con una profunda elegancia de insubordinado, baja la cuesta refrenándose. Parece un buen hombre que va á comprar una herramienta ó que busca una mesa. Su sombrero tiene el color del tiempo, nunca parece nuevo, parece proceder de un baratillo de estos y le está pequeño, quizás porque no había más que ese en el puesto de cosas viejas, quizás porque así lo eligió expresamente, pues vascongado, le gusta los sombreros chicos como á sus paisanos las boinas indefectiblemente chicas.

Gómez de la Serna muestra cierta melancolía hacia Baroja, como si esperara que, al final de su vida, este escritor tan “necesitado” pudiera encontrar una especie de ocaso sereno, es como si deseara que pudiera alcanzar una última paz. Sin embargo, en el texto reconoce que Baroja sigue teniendo un carácter áspero, difícil.

RAMÓN  
Gómez de la Serna



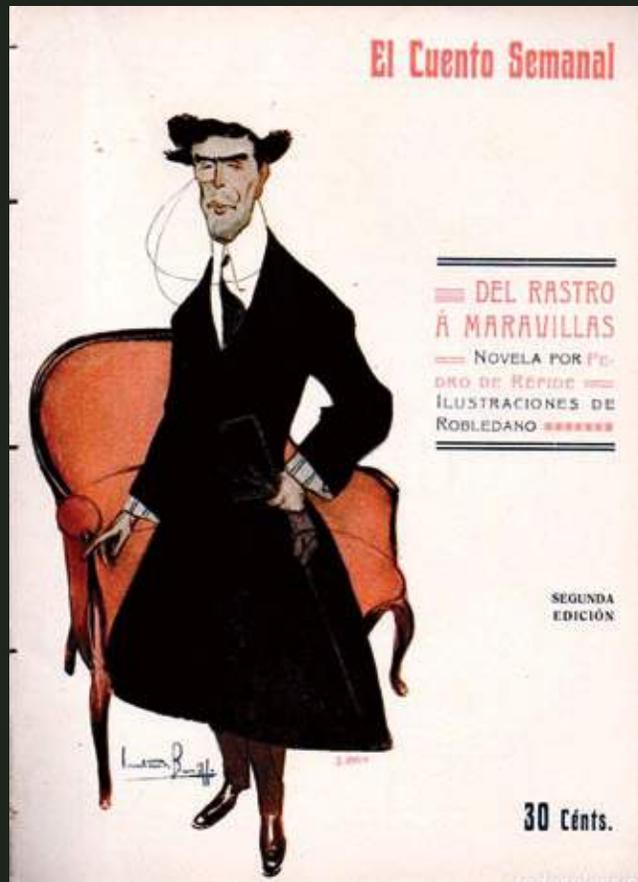
Retrato de Ramón Gómez de la Serna por Diego Rivera



---

◇◇◇◇ **Pedro de Répide** ◇◇◇◇

---





**P**edro de Répide, periodista y escritor madrileño nacido en 1882, fue el primer cronista oficial de la Villa de Madrid (1923). Con el estallido de la Guerra Civil, se exilió, primero en Tánger y luego en Venezuela, donde residió durante diez años. Su obra se enfoca en la crónica de la vida madrileña, plasmada tanto en libros de divulgación como en novelas.

Su reconocimiento literario llegó en 1917, con la publicación de *Del Rastro a Maravillas*, una novela incluida en el número 13 de la colección “*El cuento semanal*”.

El argumento de *Del Rastro a Maravillas* se centra en una historia de amor y desengaño en la zona del Rastro. La protagonista, La Reina Clavel, es una “entretenida” o amante de profesión, enamorada de un hombre conocido como El Niño, un organillero carismático y atractivo, muy popular entre las mujeres del barrio. La Reina Clavel vive un amor apasionado y a la vez doloroso por El Niño, quien no corresponde plenamente a sus sentimientos. El Niño, pese a su relación con La Reina, mantiene una relación paralela con otra mujer, conocida como La Tranquila. A través de los encuentros y desencuentros entre estos personajes, la novela despliega un retrato sentimental y costumbrista de la vida en los barrios bajos de Madrid, explorando temas como el amor no correspondido, los celos y la resiliencia de

quienes habitan en ese entorno urbano. La obra destaca por su estilo emotivo y crudo, que ofrece una visión realista y, a la vez, nostálgica de la vida madrileña de la época:

Luego tuve el enorme éxito de mi novela madrileña *Del Rastro a Maravillas*, publicada en *El Cuento Semanal*, y de la que se han agotado miles de ejemplares. A esa novela, universalmente leída, debo la base de mi popularidad. El público encontró en sus páginas una verdad y una emoción que le conmovió suavemente.

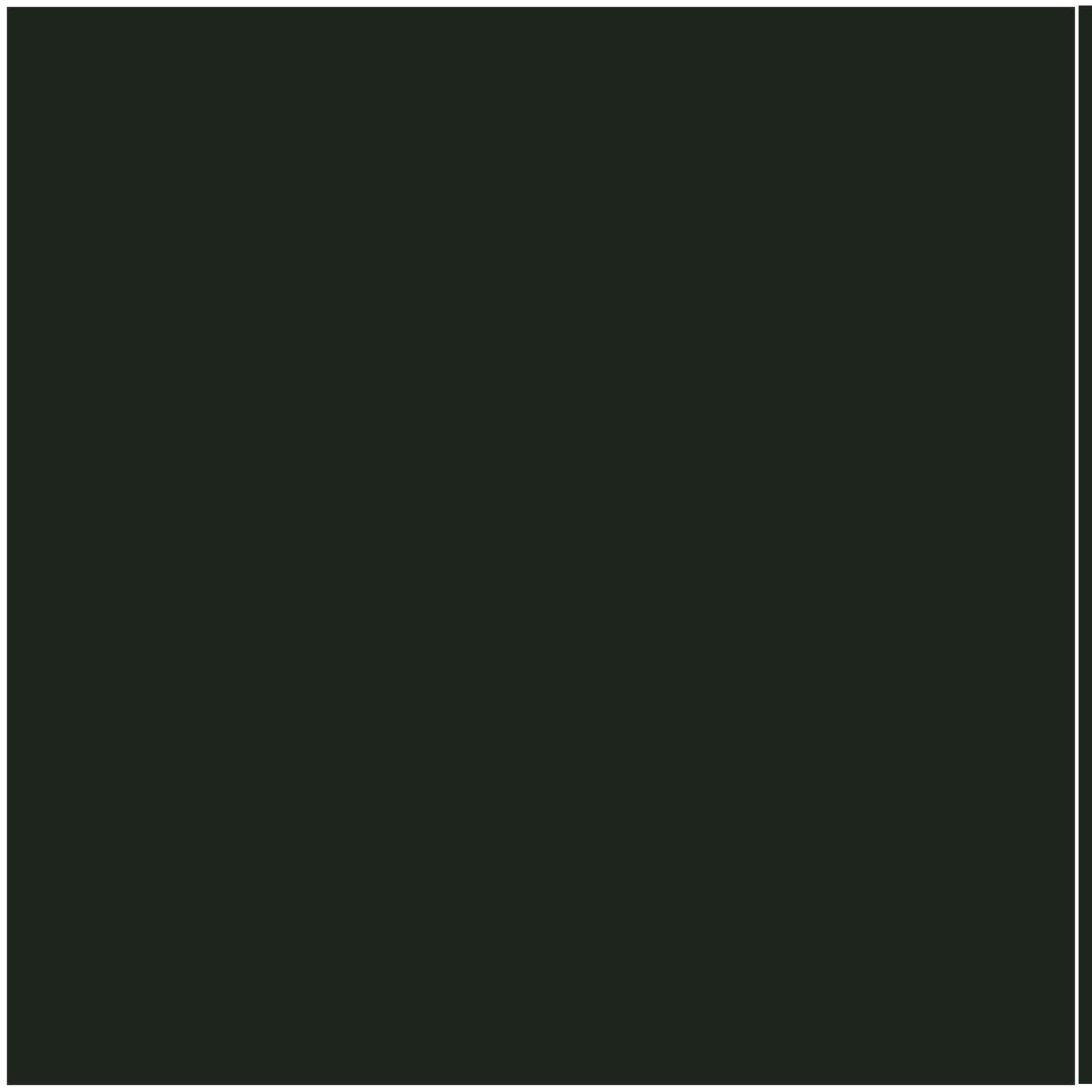
Yo sé de una mujer que ha reído y llorado al leerla, y que más de una chula guarda en el fondo de un cajón de su cómoda, allí, junto al pañuelo de crespón y los perifollos verbeneros, un ejemplar de *Del Rastro a Maravillas*

La mayor parte de la novela la escribió en la biblioteca del Ateneo de Madrid, si bien el último capítulo lo terminó en el Café de San Isidro, en la calle Toledo. Esta novela está repleta de guiños castizos en sus personajes y su ambientación: verbenas, organilleros y organillos, aspirantes a lucir la taleguilla en los cosos taurinos, chulos y chulapas:

Yo escribo siempre de una manera un poco bohemia. Comprendo que, a veces, puede ser útil trazar un plan sobre una cuartilla. Pero yo no lo hago, y me encanta dejarme vencer por lo que en las cuartillas va surgiendo. *Del Rastro a Maravillas*, por ejemplo, es una novela que empecé a escribir por un capítulo que luego aparece en la mitad, o quizá más adelante, de la narración. Era un momento que me gustaba y que tenía pensado, y por él comencé a escribir el libro. Gran parte de éste lo hice en la biblioteca del Ateneo. Y el último capítulo lo escribí en sitio bien distinto: en la vicaría del café de San Isidro, que tenía entonces una puerta, ya desaparecida, a la calle del Grafal

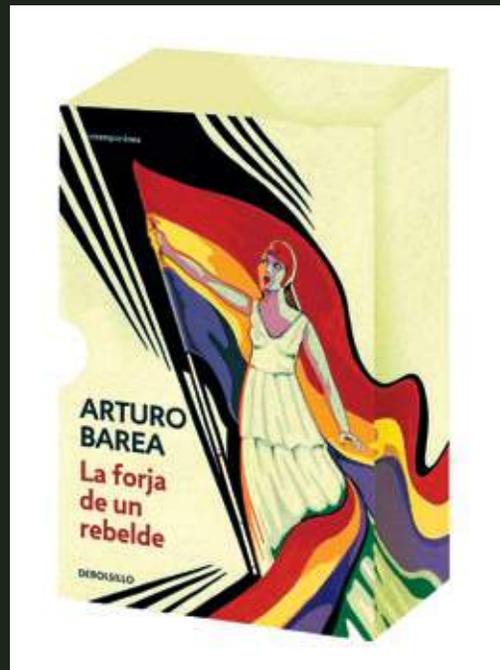


Pedro de Répide. Revista literaria "*Novelas y cuentos*"





# Arturo Barea





**A**rturo Barea nació en 1897 en Badajoz, en el seno de una familia humilde. La temprana muerte de su padre marcó profundamente su infancia. Tras esta pérdida, la familia se trasladó a Madrid con la esperanza de encontrar mejores oportunidades. Allí, su madre, junto a sus hermanos, se instaló en una modesta buhardilla de una corrala de la calle de Las Urosas (actualmente calle Luis Vélez de Guevara), en el barrio de Lavapiés. Para mantener a la familia, su madre trabajaba como lavandera en las orillas del río Manzanares.

Barea fue acogido por unos tíos con mayor estabilidad económica, quienes le brindaron la oportunidad de acceder a una educación formal. Estudió en las Escuelas Pías, que en esa época, ofrecía formación académica a niños de familias humildes. Sin embargo, su trayectoria escolar se vio interrumpida a los trece años, tras la muerte de su tío, que le obligó a dejar los estudios y enfrentarse a la realidad del trabajo.

Escribió *La forja de un rebelde*, una trilogía autobiográfica publicada en el exilio, compuesta por *La forja* (1941), *La ruta* (1943) y *La llama* (1946). Estas obras se enmarcan dentro del realismo social de la literatura española, un movimiento que pone el foco en la vida cotidiana, con especial atención a las injusticias sociales, la pobreza y las dificultades de las clases populares. Barea describe con minuciosidad la realidad de los sectores más humildes, como los vendedores del Rastro. Su capacidad para captar con detalle los ambientes y personajes refleja su intención de documentar la vida sin idealizaciones, utilizando un lenguaje directo y crudo para exponer las profundas diferencias de clase en la sociedad madrileña.

El Rastro, que describe minuciosamente en la novela, se asemeja mucho al original y que dió nombre al barrio: “Muy cerca está el matadero y las pieles de todas las reses que se comen en Madrid vienen a parar aquí a las fábricas de curtidos”. Barea relata con gran precisión cómo eran estas fábricas, edificaciones de cuatro o cinco plantas diáfanas, con vigas de madera, donde las pieles cuelgan para airearse y secarse al sol. La acumulación de pieles impregna el ambiente con un desagradable olor. Con esta descripción captura la atmósfera del barrio de manera notable, evocando tanto lo visual como lo olfativo:

El Rastro está en el barrio del colegio. Desde la plaza de Cascorro hasta el Mundo Nuevo, hay una cuesta muy empinada que se llama la Ribera de Curtidores. Muy cerca está el matadero y las pieles de todas las reses que se comen en Madrid vienen a parar aquí a las fábricas de curtidos. A ambos lados de la calle hay fábricas de éstas, que son unas construcciones de cuatro y cinco pisos de vigas de madera, abiertas por todos los lados. En las vigas cuelgan las pieles a secar por el aire y el sol que entra por todas partes. Hay en el barrio un olor acre de la carne podrida de las pieles, que se agarra a la garganta. En las aceras de la calle se ponen los vendedores de cosas viejas y allí se encuentra de todo, menos lo que se busca.

Aunque tanto la fisonomía urbanística como los oficios han cambiado con el tiempo, el mercadeo en las aceras sigue siendo una constante. Los vendedores continúan ofreciendo cosas viejas y, como siempre, “se encuentra de todo, menos lo que se busca.”

Todos aquellos objetos que las casas desechan encuentran un nuevo lugar en el Rastro, donde adquieren una segunda vida, como deja constancia de ello en su novela.

Los puestos más humildes, situados entre las desaparecidas Américas y el Mundo Nuevo, eran frecuentados por los más desfavorecidos. Este espacio, particularmente representado por “La Flor de Cuba”, revela una especie de pequeño universo donde el ingenio y la supervivencia se mezclan con el deterioro.



Arturo Barea por David Lavine

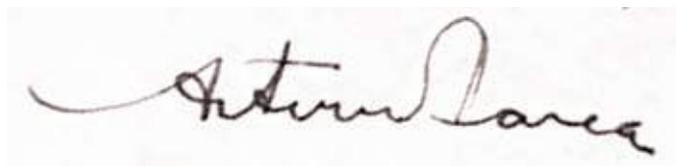


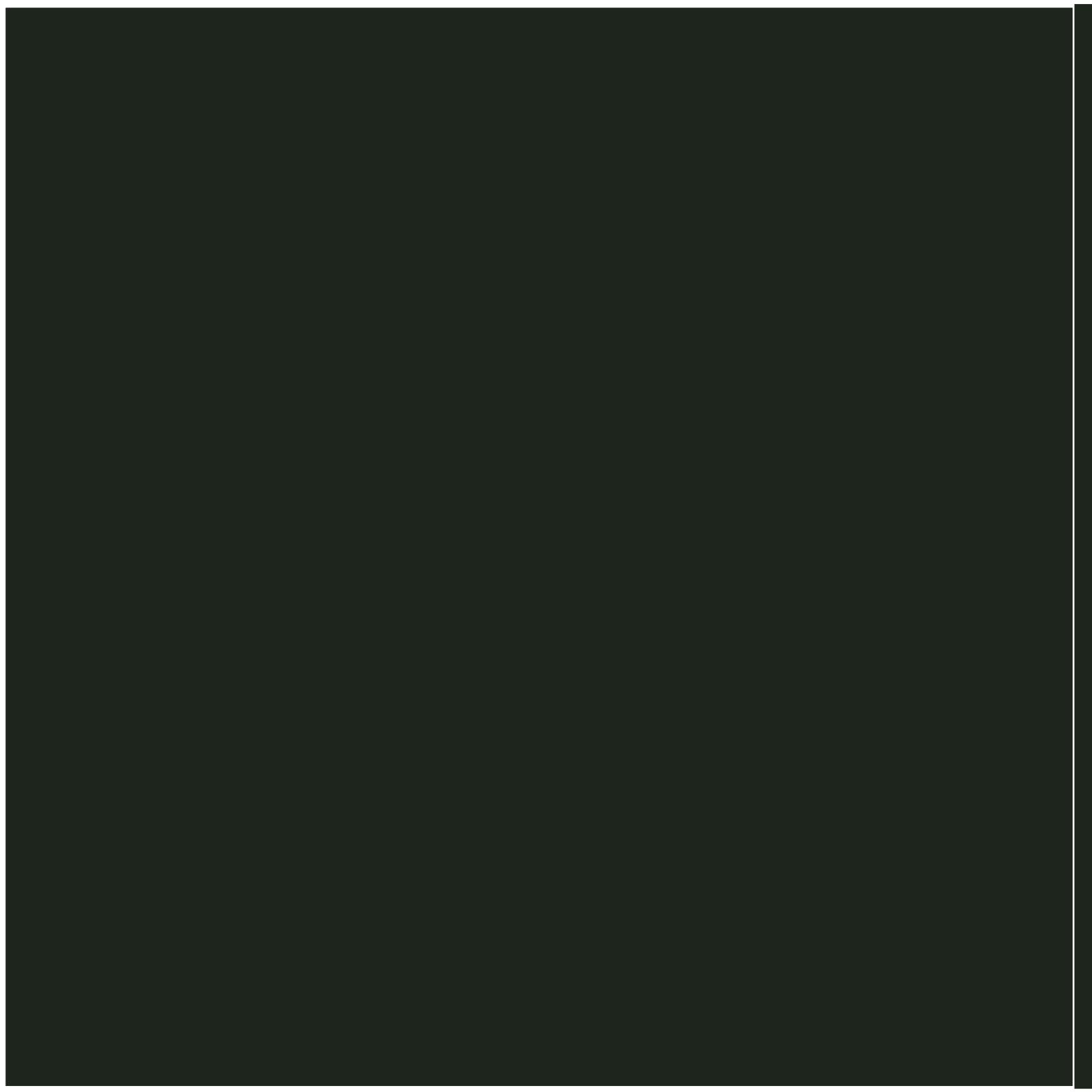
Arturo Barea en la "Flor de Cuba" (Imagen creada por Fernando Vela con inteligencia artificial)

El puesto de tabaco, descrito con un nivel de detalle casi tangible, ofrece tabaco de baja calidad, reciclado de colillas recogidas por Madrid, un producto negruzco y maloliente. Lo que en otro contexto sería desechado como basura, aquí adquiere un valor, un precio y se convierte en un medio de subsistencia. La escena se enriquece aún más con la imagen del viejo gitano, con sus patillas plateadas, y las tres mujeres que, con habilidad, lían cigarrillos de manera asombrosamente rápida. Este negocio de tabaco, alimentado por los golfillos de Madrid que recogen colillas ya limpias, refleja la circularidad de la pobreza: lo que para unos es basura, para otros es mercancía:

La Flor de Cuba se llama un puesto: es un tablero de dos metros de largo y uno de ancho. En medio hay un montón enorme de tabaco. Tabaco negruzco y maloliente obtenido de las colillas de Madrid. A los lados del montón hay, a la derecha, hileras de paquetes de cigarrillos liados en papel grueso, con una cintura verde chillón. A la izquierda, en hileras simétricas, docenas de colillas de puros, con su faja puesta, clasificados por tamaño y por calidades. Los precios son varios: una buena colilla de caruncho, con su faja acreditando su procedencia auténtica, puede valer hasta cincuenta céntimos. Detrás del puesto está un gitano, viejo, ochentón, con patillas de plata en la cara, y a su lado tres mujeres en cucullas que lían cigarrillos con una rapidez pasmosa. El tabaco del montón se vende al peso: dos reales el cuarterón. El establecimiento está siempre lleno por la parte de delante de compradores, por la de atrás de vendedores, golfillos de Madrid que llegan con su bote,

con su saco lleno de colillas, ya limpias de papel -requisito obligado para la compra-, a vendérselas al viejo. Con sus manos, que no se distinguen entre el tabaco por tener el mismo color, pesa cuarterones a unos y a otros. A unos les paga un real por cuarterón, a otros les cobra dos por la misma cantidad. Los botes se vacían en la cúspide del montón y le mantienen siempre pleno. Entre tanta porquería me siento feliz, porque el Rastro es un museo inmenso de cosas y de gentes absurdas.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Arturo Barba', written in a cursive style on a light-colored background.



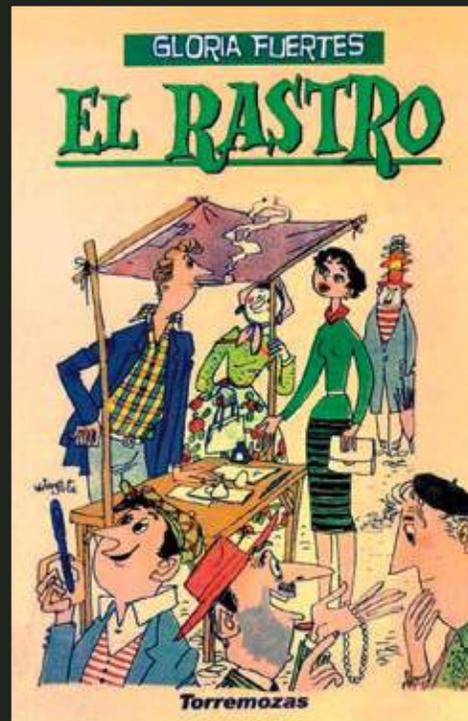
---

◆◆◆◆◆

# Gloria Fuertes

◆◆◆◆◆

---



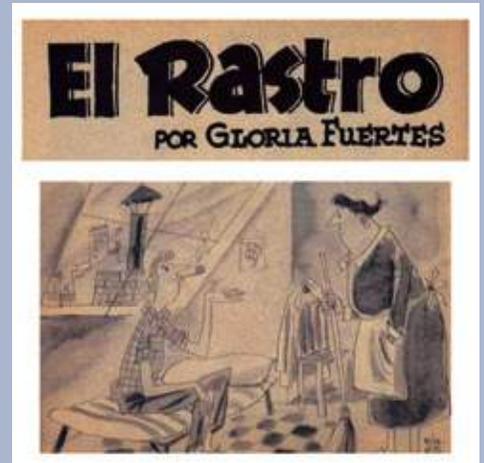


**G**loria Fuertes, una de las poetas más singulares y queridas de la poesía española del siglo XX, nació en pleno corazón del barrio de Lavapiés, en el número 3 de la calle Espada, tal y como lo recuerda una amarillenta placa metálica romboidal, colocada por el Ayuntamiento en la fachada del edificio. Desde niña, Gloria recorrió las calles de este barrio, donde su vida transcurrió por lugares tan emblemáticos como la Plaza de Tirso de Molina (antiguamente llamada Plaza del Progreso), la calle Mesón de Paredes, y las calles de las Dos Hermanas y Tres Peces. Su padre trabajaba como portero en la misma calle Espada; en el “Consultorio de niños de pecho y gota de leche”, una institución creada por el doctor Ulecia con la finalidad de atender a los niños de familias más humildes y situada a pocos metros del hogar familiar.



## Puesto del Rastro

Hornillos eléctricos brocados bombillas  
discos de Beethoven sifones de selt  
tengo lamparitas de todos los precios,  
ropa usada vendo en buen uso ropa  
trajes de torero objetos de nácar,  
miniaturas pieles libros y abanicos.  
Braseros, navajas, morteros, pinturas.  
Pienso para pájaros, huevos de avestruz.  
Incunables tengo gusanos de seda  
hay cunas de niño y gafas de sol.  
Esta bicicleta aunque está oxidada es de buena marca.  
Muchas tijeritas, cintas bastidor.  
Entren a la tienda vean los armarios,  
tresillos visillos mudas interiores,  
hay camas cameras casi sin usar.  
Artesas de pino forradas de estaño.  
Güitos en conserva,  
óleos de un discípulo que fue de Madrazo.  
Corbatas muletas botas de montar.  
Maniqués tazones cables y tachuelas.  
Zapatos en buen uso, santitos a elegir,  
tengo santas Teresas, San Cosmes y un San Bruno,  
palanganas alfombras relojes de pared.  
Pitilleras gramófonos azulejos y estufas.  
Monos amaestrados, puntillas y quinqués.  
Y vean la sección de libros y novelas,  
la revista francesa con tomos de Verlaine,  
con figuras posturas y paisajes humanos.  
Cervantes Calderón el Óscar y Papini  
son muy buenos autores a duro nada más.  
Estatuas de Cupido en todos los tamaños  
y este velazqueño tapiz de salón,  
vea qué espejito, mantas casi nuevas,  
sellos importantes, joyas....



Antonio Mingote

Gloria Fuertes y la centenaria taberna “*Antonio Sánchez*”, en el número 13 de la calle Mesón de Paredes, mantuvieron una estrecha relación a lo largo de los años. Este legendario establecimiento, el más antiguo de Madrid, ha sido testigo de la presencia de figuras ilustres de la cultura, las artes y la política, como Pío Baroja, Valle-Inclán, Joaquín Sorolla, Ignacio Zuloaga, Antonio Díaz Cañabate, Gregorio Marañón, Millán Astray o Juan Belmonte, entre otros. Gloria era una habitual y encontraba inspiración en su rincón favorito de la taberna, donde cada mañana, en el mismo velador que ocupó el pintor Zuloaga, desayunaba una botella de vino blanco, una barrita de pan seco y una copita de anís.

La influencia del Rastro en la vida de Gloria, queda reflejado en su poema “*Puesto del Rastro*”, en el que camina por el mercado ofreciendo una transcripción fiel de lo que se escucha al deambular entre los puestos: los vendedores anunciando sus mercancías, los objetos antiguos cargados de historias desconocidas y el bullicio característico de este mercado de segunda mano, antigüedades y curiosidades.

Convierte este espacio caótico en el escenario ideal para su poesía, que no se limita a describir objetos, sino que refleja el encuentro entre lo viejo y lo nuevo. Los objetos que menciona, aparentemente desconectados entre sí, forman parte de ese universo del mercadillo, donde todo tiene un precio, pero también una historia, una vida pasada. La mezcla de cosas triviales y valiosas adquiere una nueva dimensión: no se trata de un catálogo frío de objetos, sino de una representación poética de la vida misma, con su diversidad y sus contrastes. En *El Rastro*, lo antiguo cobra nuevos significados, algo que capta perfectamente en su enumeración aparentemente caótica, pero profundamente evocadora.

El humor y la ironía se hacen presentes en su descripción de ciertos artículos, como “una bicicleta oxidada” pero de buena marca o los santitos “a elegir”, como si lo espiritual también estuviera a la venta en el mercado. El Rastro se presenta así como un lugar donde la historia se toca, se compra y se vende.



Gloria Fuertes desayunando en la taberna Antonio Sánchez.  
(Imagen creada por Fernando Vela con inteligencia artificial)

La estructura acumulativa del poema, en la que enumera objetos sin un orden claro, refleja a la perfección el caos y el desorden característicos del Rastro. El lector se siente inmerso en un laberinto de cosas, donde lo valioso y lo trivial se mezclan sin distinción. Esta forma poética no solo imita la experiencia sensorial de recorrer el mercado, sino que también transmite una sensación de desbordamiento, de la imposibilidad de abarcar todo lo que ocurre allí. A través de sus palabras, nos invita a recorrer ese espacio, ofreciendo una mirada nostálgica, pero también crítica.

Ediciones Torremozas, publicó su relato breve *El Rastro*, en el que Gloria Fuertes nos traslada al Madrid más humilde, recreando un ambiente sombrío a través de la figura de un poeta sin recursos que intenta sobrevivir vendiendo versos en un pequeño puesto. Con su característico estilo sencillo y directo, combina la crudeza de la realidad social con la dignidad de quienes se enfrentan diariamente a la penuria económica, pero sin caer en el dramatismo, sin adoptar un tono trágico, sino casi humorístico, que genera un fuerte contraste:

Al joven que os presento ya le habían dado tres avisos, al parecer se iba a quedar solo en la plaza de la vida.

La verdad es que no comprendía el porqué le sucedía todo aquello.

Tenía los suficientes glóbulos rojos para no perecer. De pulmones estaba estupendo, tan solo el corazón que en vez de decir tic-tac, tic-tac, decía: «maripily-maripily»

A pesar de todo esto, no contaba más que 24 años y estaba desahuciado. La portera le dio la noticia.

- Por qué me echan «seña» Paula ¿Por qué? ¿Por qué?

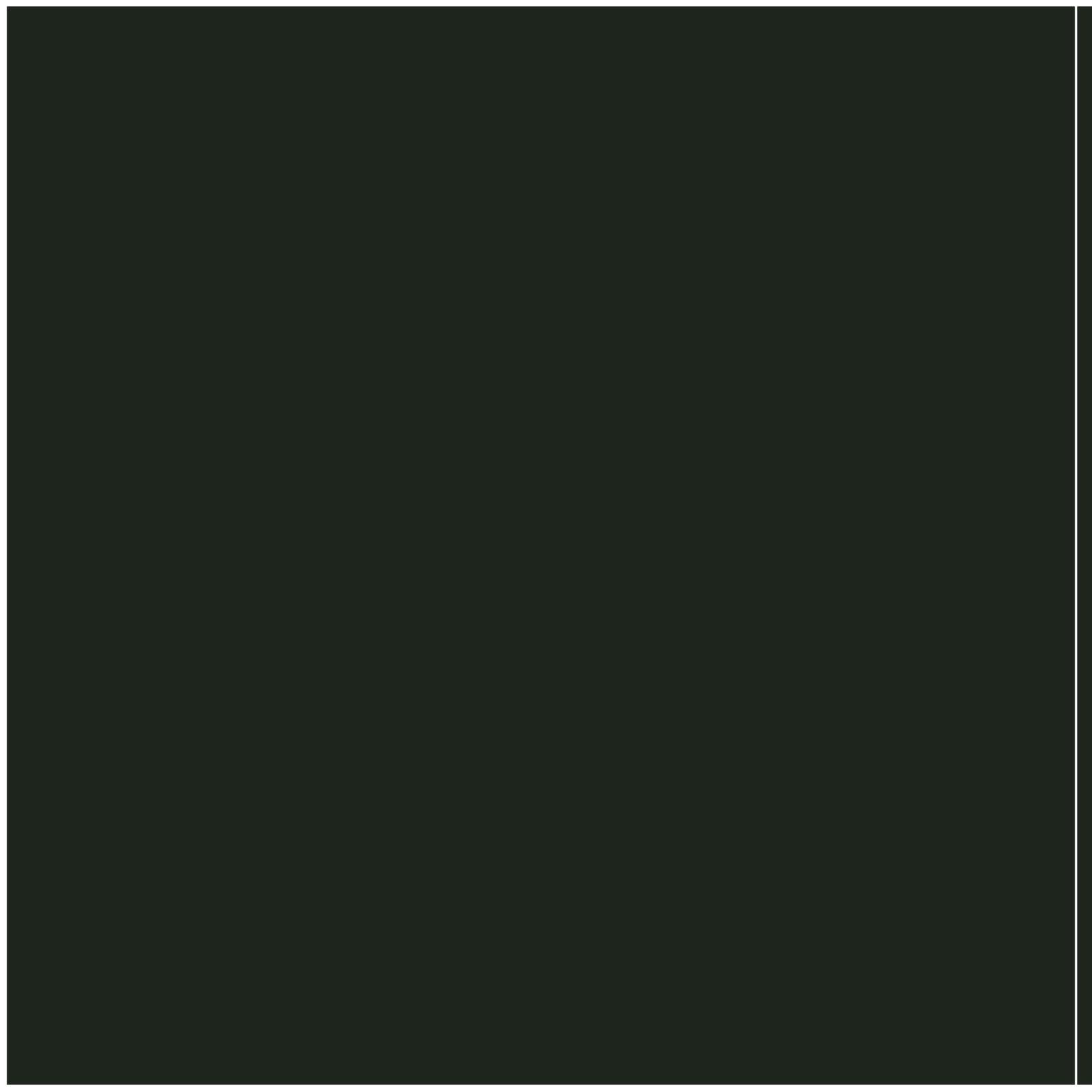
Porque no paga usted don Ceferino, porque no paga. Ya lleva usted así su medio año. Es el tercer aviso.....

El poeta, a pesar de estar desahuciado y sin apenas dinero para subsistir, afronta su situación con una mezcla de resignación y una esperanza absurda. Este personaje no solo encarna la precariedad, sino también la poesía que florece en medio de la adversidad, un tema recurrente en la obra de la autora, quien frecuentemente dio voz a los marginados y olvidados.

El Rastro, tal como lo describe Gloria Fuertes, es un espacio caótico y vibrante, donde se comercia con todo tipo de bienes, desde tesoros hasta simple chatarra. En medio de este desorden, el poeta destaca como una figura casi absurda, vendiendo versos en un entorno donde el arte parece tener poco valor. El diálogo entre el poeta Ceferino y la narradora está cargado de ingenio y sutileza, y en sus intercambios emerge una pregunta recurrente: ¿qué lugar tiene el arte en un mundo materialista y hostil? Ceferino, con su fragilidad física y su penuria económica, simboliza la vulnerabilidad del artista en una sociedad que no aprecia su trabajo. Sin embargo, él sigue aferrándose a la poesía como su única forma de supervivencia, pese a la indiferencia.

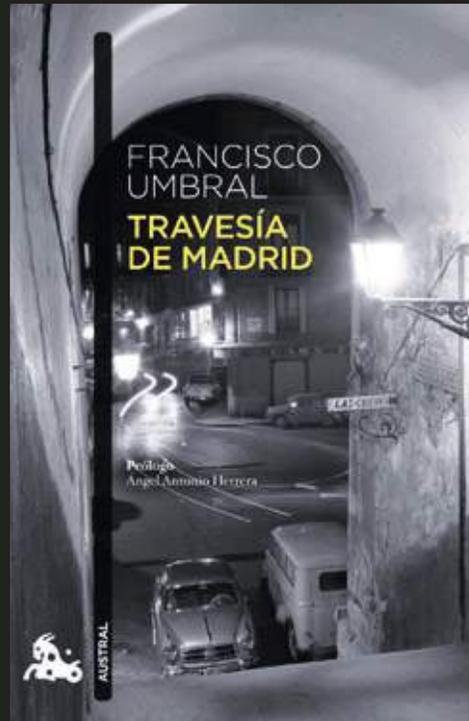
La soledad, un tema recurrente en su obra, también juega un papel crucial en este relato; Ceferino, al borde de la indigencia, encuentra en la poesía su única compañera fiel. A pesar de su situación desesperada, conserva la capacidad de conmover a los demás, como ocurre con la narradora, que se siente tan impresionada por él que le compra un poema y le ayuda a recoger su puesto.

El relato deja una sensación agrídulce, donde la compasión y la impotencia se entrelazan. El final del relato, en el que Ceferino contempla sus muebles en la acera tras ser desahuciado, es una imagen simbólica y poderosa que resume la crítica social que ofrece en su obra: una mirada mordaz a las condiciones de los más vulnerables, condenados a una existencia precaria en un mundo que apenas les deja espacio para subsistir.





# Francisco Umbral





**F**rancisco Umbral, uno de los escritores más notables de la literatura española del siglo XX, nos ofrece en su novela *Travesía de Madrid* (1966) un viaje por la ciudad, donde la capital española, más que un simple escenario geográfico, es el eje de la narración. El autor camina por las calles, barrios y plazas de Madrid y describe la ciudad como un lugar de encuentros y desencuentros. Nos pasea por sus rincones más oscuros, mostrando el contraste entre la belleza urbana y la dura realidad social que oculta. Uno de los elementos más destacados de la novela es su estilo inconfundible, con una prosa densa y poética que, al utilizar un rico léxico, exige una lectura pausada y reflexiva. Con su escritura detallada y un gran dominio del lenguaje coloquial, el autor demuestra un profundo conocimiento de la sociedad en la que vive. Umbral tenía una extraordinaria habilidad para captar los detalles de la vida cotidiana y convertirlos en literatura.

Uno de los capítulos del libro *Travesía de Madrid* está dedicado por completo al Rastro, un lugar que Umbral vinculaba estrechamente con sus orígenes. El escritor presumía de haber nacido en una de sus calles más emblemáticas, la Ribera de Curtidores, y de haber pasado su infancia en la zona de Las Américas: “cuando retorné a mi viejo barrio de Las Américas, a las calles de mi niñez”. Sin embargo, la realidad parece ser otra: Umbral nació en un hospital benéfico de la cercana calle Mesón de Paredes y, como es bien sabido, su infancia transcurrió en Valladolid. A lo largo de su vida, Umbral tendía a enmascarar sus orígenes, construyendo un personaje literario propio, quizá con la intención de desdibujar los aspectos más sombríos de su biografía:

El vigilante de las Américas del Rastro se llama Bienvenido y tiene un perro peliverde que es filósofo. Por allí andaban Bienvenido y su perro y el tranviario ventrílocuo y el pintor carnicero y Merceditas, la mujer barbero, cuando retorné a mi viejo barrio de Las Américas, a las calles de mi niñez, huyendo de lo del descapotable incendiado y de lo del mercado de Santa Isabel y lo del Alfonsito y de las llamadas de Elena y de tantas otras cosas.

El Rastro, en esta novela, representa el Madrid más antiguo, ese que está desapareciendo pero que se resiste a ser devorado por la expansión urbanística y el malentendido progreso cultural. Es un espacio cargado de historia, recuerdos y vivencias colectivas, un mundo antiguo donde las calles y las tascas albergan relaciones humanas cercanas y sinceras.

Los planes del Consistorio de Madrid para dismantelar las Américas, posiblemente la zona más emblemática del Rastro, ya son recogidos por Umbral en la novela:

aquí estamos chaval que parece que el ayuntamiento va a cerrar Las Américas y ahora vamos a quedarnos todos sin trabajo a la vejez ya ves qué cosas qué dices tú Toledano porque Toledano es filósofo y sabe de la vida y el día que cierren Las Américas yo me echo tras él y adonde él vaya allá voy yo.

Las Américas se ubicaban a ambos lados de la Ronda de Toledo y consistían en una serie de barracones y corralones dedicados a la venta de chatarra, puertas, ventanas,

mármoles, chimeneas y otros materiales recuperados del desmantelamiento de viejas industrias, y de remodelaciones de cementerios y viviendas. Las mercancías se organizaban en puestos, barracones y cobertizos. Comenzaron a derribarse a finales de los años sesenta, y su total eliminación finalizó en la década de los ochenta, construyéndose en su lugar bloques de viviendas que modelan la fisonomía actual de la zona.

Los personajes que intervienen en el capítulo del Rastro, se dedican a oficios en decadencia condenados a desaparecer. El “Teruel,” apodado así por el lugar de su origen, como era costumbre en los ambitos castrenses, regenta un tióvivo situado en un barrio acomodado del centro de la ciudad. Durante el otoño, el Teruel y su familia se encierran en su modesta casa de Mira el Río Alta y, en un taller improvisado en el comedor, se dedican a la fabricación artesanal de panderos y zambombas destinados al mercado navideño, utilizando tarros vacíos de conservas.

Paco, cuñado de Andrés, se dedica a hacer de “don Tancredo” en las plazas de toros. Una suerte taurina habitual en la primera mitad del siglo XX. Consistía en quedarse inmóvil a la salida del toro de los toriles, subido en una tarima de madera, vestido de blanco y con la cara enjalbegada, simulando ser una estatua. El toro llegaba hasta el pedestal, lo olfateaba y se alejaba correteando hacia otro lado de la plaza. El ambiente tenso contrastaba con el gran regocijo que provocaba en el público.

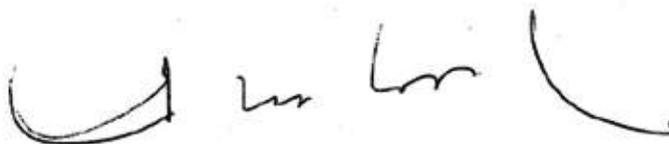
Herminio es uno de los pocos faroleros de gas que quedaban en Madrid. Enciende las farolas con una mecha que lleva en el extremo de una lanza. Los días de viento fuerte, la operación se complica y para completar el bajo salario, procesionan con él un rosario de turistas que observan la operación con curiosidad y asombro y suelen obsequiarle con alguna propina.

También se cita a un tranviario ventrílocuo, un personaje que entretiene a los pasajeros del tranvía durante el trayecto, con sus muñecos parlanchines. Tiene un trasfondo triste,

ya que sufre por la muerte de su hija pequeña, lo que añade un tono de melancolía a su oficio cómico.

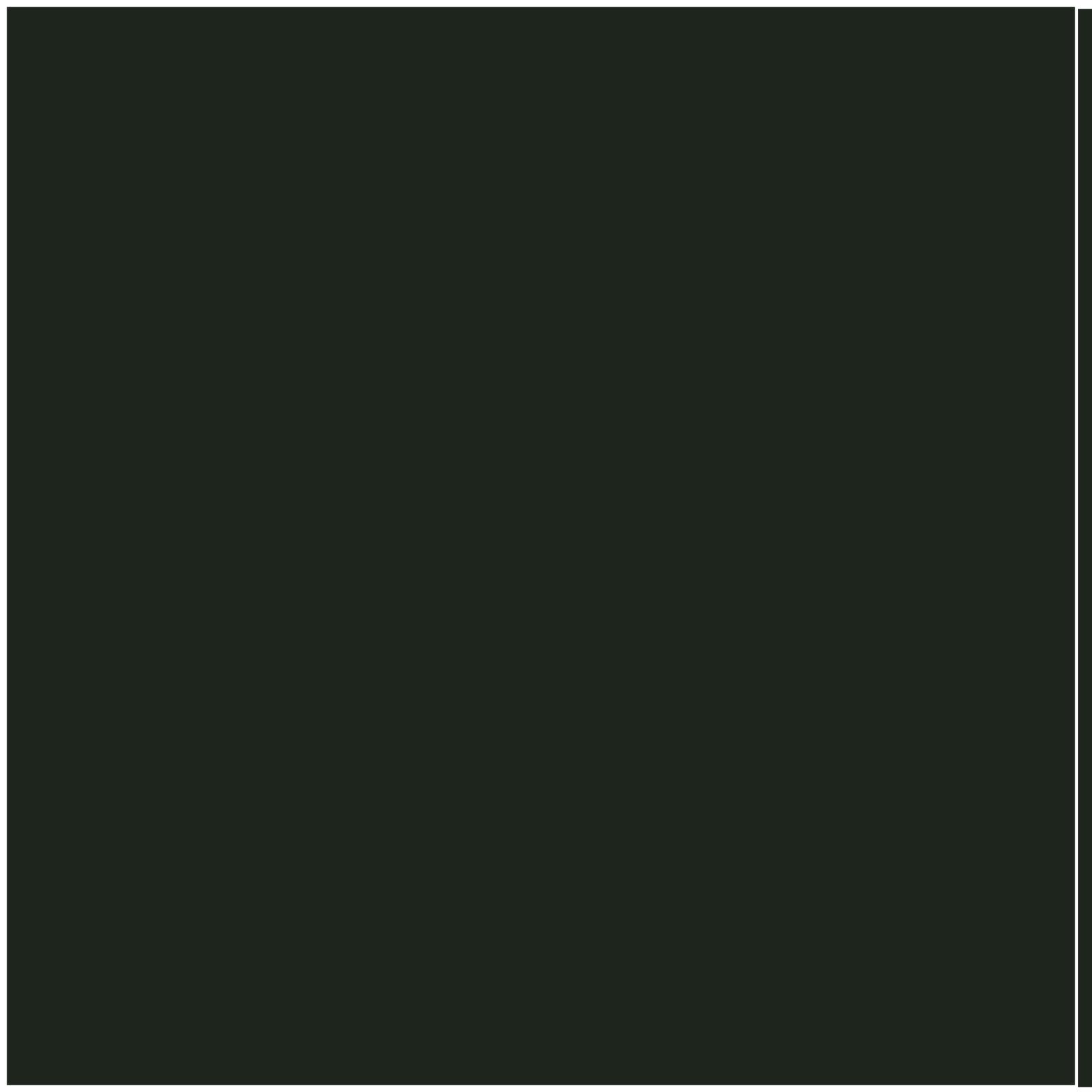
Gumersindo es un macero municipal, encargado de abanderar las comitivas municipales en eventos ceremoniales, como procesiones, funerales, y recibimientos de grandes autoridades. Su atuendo es solemne: un tabardo decorado con los símbolos de la ciudad y una autoritaria maza en su mano. Umbral lo bautiza en la novela con el apodo del “rey de oros” porque en una ocasión se presentó con este atuendo por el barrio cuando iba a visitar a su hijo que lo tenía encamado.

El capítulo finaliza con la frase: “yo tomé un taxi que me alejó otra vez, y quizá para siempre, de mi barrio”, que encierra una reflexión sobre el retorno a la infancia, a un barrio lleno de personajes pintorescos y oficios en decadencia, y el inevitable distanciamiento que genera la vida adulta. Deja la sensación de haber cruzado un punto de no retorno. Posiblemente, Umbral ya acariciaba el éxito y el reconocimiento, y aunque miraba con nostalgia sus orígenes, irremediablemente daba la bienvenida a su estatus de escritor de culto.

A handwritten signature in black ink, consisting of a large, stylized 'U' followed by the name 'Umbral' in a cursive script.

Farolero en una calle de Madrid (Imagen creada por Fernando Vela con inteligencia artificial)





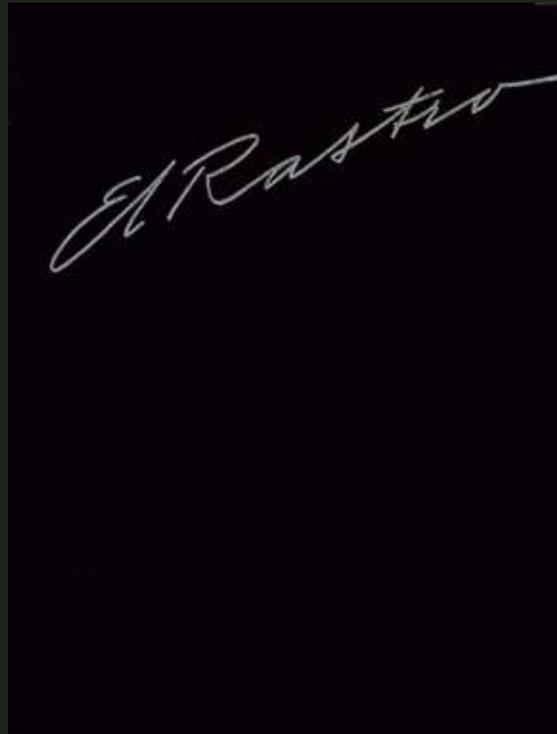
---

◆◆◆◆

# Luis Carandell

◆◆◆◆

---





**L**uis Carandell, periodista barcelonés y cronista destacado de la política española durante la transición, colaboró con el fotógrafo Antonio Corral en la publicación del libro *El Rastro* (1984), donde escribió uno de los relatos más notables sobre el famoso mercado madrileño. En 1980, fue nombrado por el Ayuntamiento, hijo adoptivo de la ciudad de Madrid.

En esta obra, Carandell nos describe al Rastro como un mercado popular y populoso, convertido en una tradición dominical para muchos madrileños:

El Rastro de Madrid, como sugiere el pareado, ha pasado de ser un zoco a ser una costumbre. O, mejor dicho, es ya ambas cosas a la vez. Son ya muchos los que no conciben una mañana de domingo sin un paseo por el Rastro, y esto se traduce en apreturas dominicales en las calles del viejo barrio madrileño

[...]

Mi intención es hablar de un Rastro atestado de gente, de un abigarrado espacio urbano en el que parece resucitar el poblado morisco que fue Madrid antes de que Felipe II lo eligiera, un poco al azar, como corte y capital de las Españas, a fin de vigilar de cerca las obras de El Escorial que por entonces se iniciaban

Este espíritu de medina morisca sobrevive en el Rastro a través del regateo, tan común en las tierras de oriente: «Le doy la mitad».- «No, la mitad, no».-«Le puedo rebajar cuarenta durillos, no más».- «Que sean quinientas».- «Venga»”.

Evoca tiempos pasados, cuando el barrio albergaba los mataderos y atraía como un imán a los golfos más oscuros de la ciudad: “En ese barrio del matadero se juntaría el hampa suburbana con la barahúnda de traficantes y tratantes, entre los cuales se mezclarían los tramposos de la picaresca de la época”. No obstante, afirma que hoy en día el barrio ha evolucionado mucho; en la actualidad, está habitado por comerciantes y operarios, gente del Madrid de toda la vida, conocidos popularmente como “gatos” o “los del foro”. Esto contrasta con otros barrios que, en su momento, acogieron a quienes llegaban de fuera de la ciudad en busca de nuevas oportunidades.

Carandell afirma que en el Rastro de Madrid, muchos de sus vendedores acuden más por costumbre que por el afán de ganar dinero, como el caso de una señora que vende objetos modestos y solo busca ganar lo indispensable para sobrevivir y su máxima aspiración es poder terminar a las doce de la mañana, para irse con la familia a disfrutar de una tranquila mañana en la Casa de Campo.

En los años ochenta, el Rastro experimentó una gran transformación debido a la crisis económica, atrayendo a muchos nuevos comerciantes que expandieron los límites tradicionales del mercado. Dejó de ser solo un lugar de segundas oportunidades para objetos viejos y se convirtió en un mercadillo más diversificado, donde los vendedores comenzaron a agruparse por sectores: alimentos, artesanía, plantas, ropa, entre otros.

El Rastro conserva muchas leyendas que hoy ya nadie cree:

la del mortero de metal que resultó ser de platino puro; la del muñeco que tenía, mezcladas con el serrín de su relleno, monedas de oro que alguien ocultó en tiempos turbulentos; la del mueble viejo que guardaba un tesoro en un escondrijo secreto; la del lienzo que, detrás de una mala pintura, ocultaba un Murillo. Y, a pesar de todo, a pesar de que nadie espera ya hallarse de pronto dueño de un objeto de valor incalculable por poco dinero, la idea de encontrar una ganga sigue presente en la imaginación de los visitantes del Rastro

En esa época nos cuenta Carandell, que a la Ribera de Curtidores se incorporaron gran cantidad de jóvenes que le dieron un aire de modernidad:

en la Ribera ha surgido un comercio de lo «pop» atendido por «modernos» y «modernas». Hay allí gentes de todas las razas y países, negros guineanos vendiendo ébanos y marfiles fabricados en serie, marroquíes que ofrecen perfumes u objetos de cuero, latinoamericanos con productos de artesanía inca, chinos que venden dijes y collares en los que se puede estampar el nombre del comprador en un minuto. Hoy se encuentra uno, por ejemplo, con un puesto que anuncia «bragas japonesas», historiado invento sicalíptico orlado de volantes que no es probable que exista en el Japón

En el libro se añora a los viejos vendedores que solían situarse al inicio de la Ribera de Curtidores, como el que ofrecía “los nicanores”, un ingenioso juguete atribuido al segoviano Acacio Talega. Este muñeco llevaba un pito adosado en la parte trasera, y sus pequeños brazos tocaban un tambor que se accionaba mediante un fino cordel. Muy célebre era el señor Juan, que fabricaba el «Currito de moda» un original invento artesanal. También eran habituales por la zona unos jóvenes que vendían unos curiosos pañuelos para el bolsillo superior de la chaqueta. Los confeccionaban con un rectángulo de cartón que forraban con unos triangulitos de tela. Los había de todos los colores, y se metía el cartón forrado en el bolsillo dando la impresión de llevar el pañuelo cuidadosamente planchado y doblado. También echa en falta a la mujer que se apostaba en la esquina de la Ribera de Curtidores con la calle Mira el Sol, y que vendía un producto callicida cuyas virtudes anunciaba en un cartel que colgaba a su espalda.

No se olvida del ciego de los romances, un invidente que acompañado de una pequeña guitarra recitaba antiguos romances. Una joven que hacía de lazarillo, se encargaba de pasar el platillo para recoger las monedas que el público, reunido en un corro alrededor de ellos depositaba al final de cada actuación.



El Rastro de Madrid. Fotografía de Miguel Ángel Sintés Puertas

En los puestos de la Ribera prolifera una variedad de mercancías nuevas: tenderetes que exhiben bisutería moderna, la icónica bola de cristal con agua y un Niño Jesús en su interior que, al voltear, nos obsequia con una generosa nevada; también la pulsera de cobre con dos bolitas en sus extremos, de la que dicen que cura la artrosis, la ciática, el reuma y, en general, “los nervios”. Entre estos artículos, no falta el práctico enhebrador de agujas y la lengüeta imitapájaros que el vendedor, siempre atento, se ofrece a enseñar a usar.

Carandell nos recuerda la existencia de dos calles que, hasta hace no muchos años, gozaban de gran popularidad entre los visitantes del Rastro:

la calle llamada de los Pintores, cuyo nombre propio es San Cayetano”, donde se acumula un arte barato de paisajes de vivos colores, brillantes copias de cuadros antiguos, retratos, escenas populares, escenas históricas y marinas. En la calle paralela, Fray Ceferino González, se encuentra la “calle de los animales”, con puestos de pajareros que venden cachorros, aves y toda clase de animales vivos.

El Rastro, territorio de almonedas, alberga en la calle de Rodrigo de Guevara una de las tiendas de más solera, que perteneció a Serafín Villén, conocido como “el Anticuario”, uno de los personajes más queridos y recordados del mercado. Villén era el alma de la cofradía encargada de mantener viva la antigua tradición madrileña del Entierro de la Sardina, que se conserva hasta nuestros días. Muchos de sus cofrades residen en el Rastro.

En el Campillo del Mundo Nuevo, se instalaban bingos callejeros, puestos de herramientas y artículos de ferretería, discos usados, sellos, prensa antigua, montones de libros en el suelo, así como los de accesorios de automóviles, que siempre fueron habituales en esta parte del Rastro:

Dos o tres bingos callejeros vocean sus partidas en potentes altavoces. Hay tómbolas que rifan aparatos de radio y electrodomésticos llamando la atención de la gente con frases y eslógans del disparatado humor madrileño como «¡la freidora que metes un pollo y te salen tres!». «¡A ver, secretario, dame cambio de quinientas mil pesetas para esta señora!»

No podía dejar de mencionar los abundantes bares y tascas que pueblan la zona y que son la última estación de una jornada dominical:

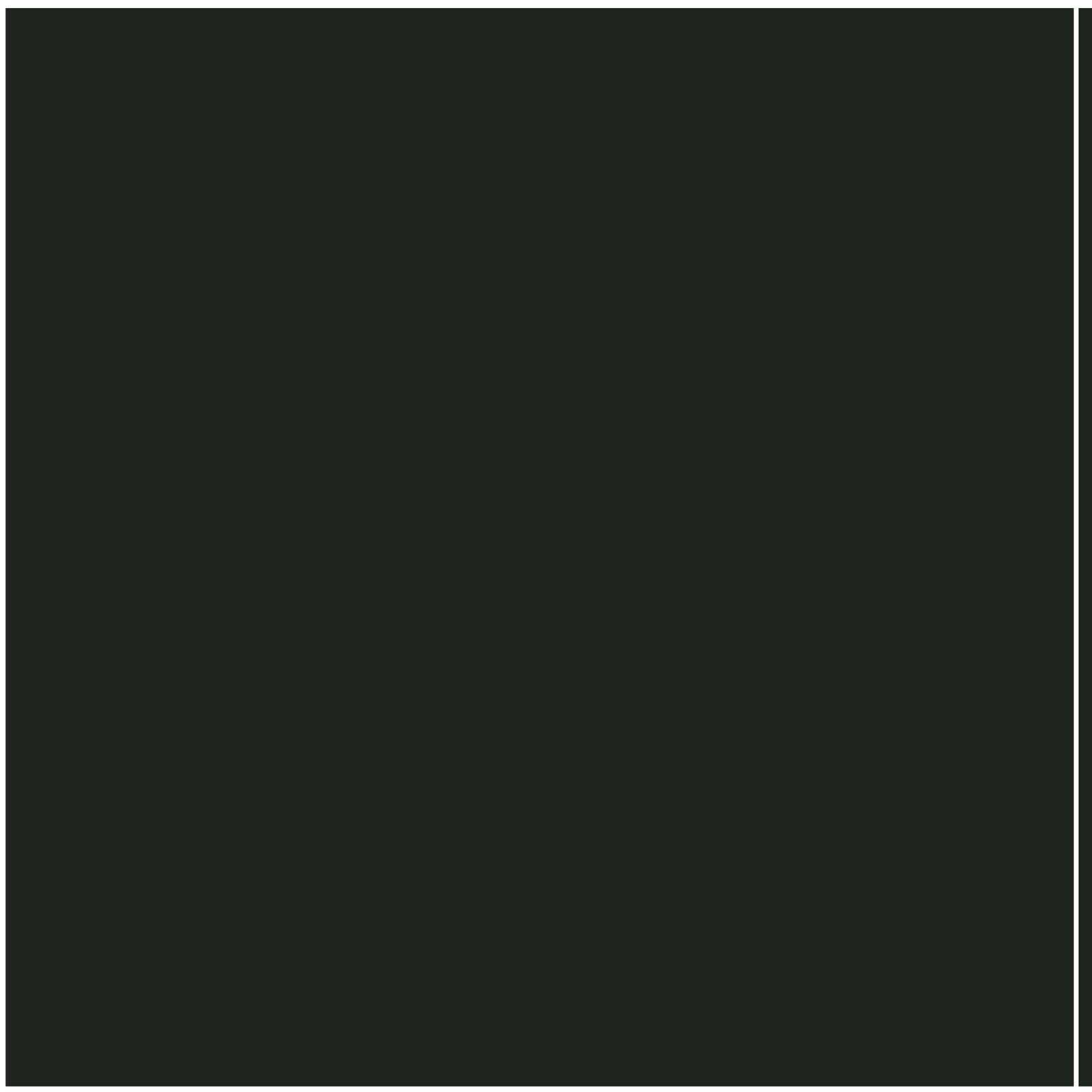
En el ambiente popular de Madrid no se suele preguntar a la gente dónde vive, sino «donde para», porque no hay nadie que no tenga un bar, una confitería o una tasca a la que habitualmente acude y donde, si es necesario, recibe los recados. Mostrador de cinc, veladores de mármol, bancos corridos a lo largo del zócalo, las tascas madrileñas ofrecen el ambiente auténtico de un pasado que no se deja influir por los caprichos de la moda.

Como reflexión final de lo que es el Rastro una mañana de domingo, concluye el texto del libro con esta evocadora descripción:

el Rastro es un gran teatro del mundo en que conviven anticuarios, comerciantes, chatarreros, ropavejeros, hortelanos con ristras de ajos, vendedores de naranjas, músicos ambulantes, chamarileros, truhanes, camellos, jugadores de ventaja, «¡A durito el sobre!», «¡A cinco duros la tirada!», libreros de viejo, vendedores de bocadillos, aguadores, curanderos que recetan hierbas, revendedores de ropa nueva, «¡Vaya cazadoras, las estoy liquidando», «¡Hoy los regalo los jerseys, a cuatrocientas, a cuatro, a cuatro!» y de gente que se prueba prendas de vestir o zapatos o que se agacha a revolver, quizá sin buscar nada concreto, ante los montones de extraños residuos y cachivaches, restos mortales de generaciones de cosas, maremágnun de viejos trastos o de sus modernas imitaciones, resaca de la ciudad, Campo de Agramante de los despojos y las oportunidades, entre la barahúnda de las infinitas músicas, extraños sonidos y gritos.



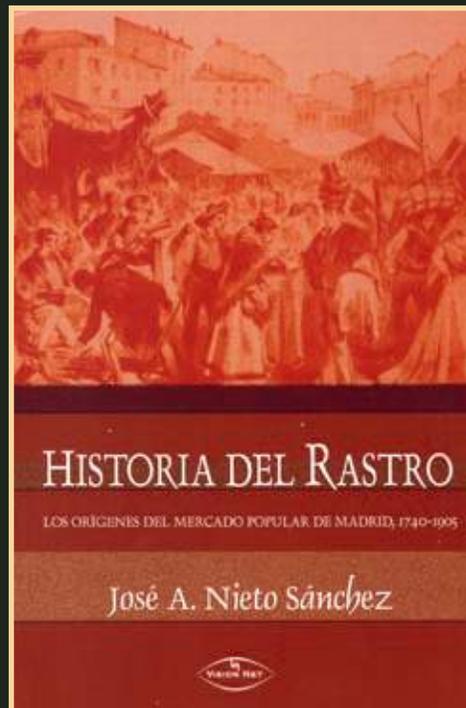
Taberna del Rastro de Madrid. Fotografía de Miguel Ángel Sintés Puertas



---

◆◆◆◆ **José A. Nieto Sánchez** ◆◆◆◆

---





**J**osé A. Nieto, Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad Autónoma de Madrid y profesor de Historia Moderna, es posiblemente el mayor estudioso del Rastro, al que ha dedicado tres monografías. La complejidad del mercado la ha podido estudiar desde dentro, debido a la circunstancia de pertenecer a una familia de vendedores, con tradición en el castizo entorno de la plaza del Campillo del Mundo Nuevo. Sus profundos estudios se vieron recompensados en el año 2007 por el Ayuntamiento de Madrid, que le concedió el Premio Villa de Madrid de Investigación Municipal.

El primer volumen de la trilogía *Historia del Rastro- Los orígenes del mercado popular de Madrid, 1740-1905* (2004), ofrece una valiosa ventana al pasado de este emblemático lugar, y también a la historia social y económica de Madrid. Este volumen cubre más de un siglo de transformación, abarcando desde 1740 hasta 1905. Está dividido en dos partes, enfocadas en diferentes etapas de la evolución del Rastro, su comercio y su gente.

En la primera parte, desde 1740 hasta 1834, profundiza en los antecedentes, situándolo en el contexto de los barrios más populares de la Villa de Madrid. A través de su investigación, explora cómo las condiciones sociales y laborales de estos barrios configuraron el surgimiento del mercado, que empezó a florecer como un lugar de encuentro de las clases trabajadoras. La obra también analiza la consolidación del mercado en domingos y festivos, una práctica que comenzó a establecerse en este período, así como los intentos de regulación municipal y la creación de normas específicas que lo gobernaban. Esta parte es especialmente rica en detalles sobre la evolución de las relaciones laborales y la organización del trabajo en los barrios donde se desarrollaba el mercado.

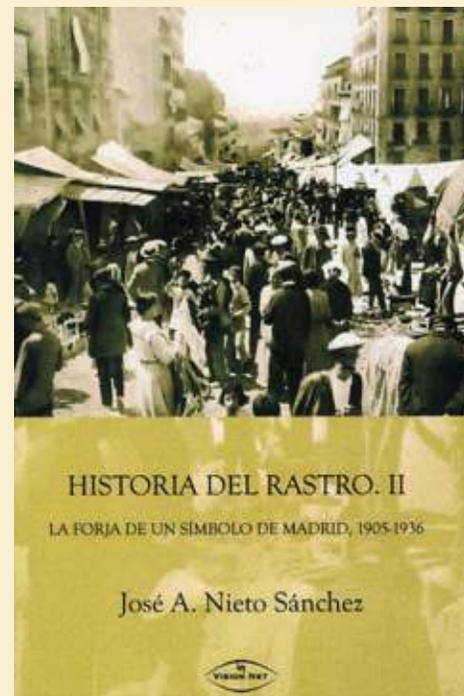
La segunda parte del volumen, lleva al lector hasta el año 1905 y nos ofrece una detallada crónica del comercio madrileño en su conjunto y más específicamente, de los mercados que se asentaban en la Ribera de Curtidores y las calles aledañas al Rastro. Esta sección se centra en los aspectos más dinámicos del mercado, explorando los tipos de mercancías que se vendían, los estilos de venta y las regulaciones que intentaban mantener un cierto orden en este caótico pero vibrante espacio comercial. En estas páginas, los protagonistas principales son los vendedores y compradores. A través de biografías y anécdotas, da voz a los vendedores fijos y ambulantes, así como a los diversos compradores que acudían en busca de gangas o productos únicos, ofreciendo un retrato vivo de los madrileños de la época.

El trabajo de Nieto, no se limita solo a una crónica de hechos históricos, su investigación pone énfasis en cómo el Rastro reflejaba las tensiones y cambios sociales de Madrid, y cómo las normativas y las dinámicas laborales evolucionaron en respuesta a las necesidades del mercado. Con este enfoque centrado en la gente —vendedores, compradores y vecinos— este primer volumen va más allá de un relato sobre el comercio y revela una parte esencial de la historia de las clases populares madrileñas, siendo una contribución significativa para quienes desean comprender la historia del Rastro, pero también para aquellos interesados en la evolución social y económica de Madrid.

EL segundo volumen de la trilogía “Historia del Rastro. II, La forja de un símbolo de Madrid, 1905-1936”, continúa con el exhaustivo análisis de este lugar, encuadrado en su papel dentro de la dinámica comercial de la ciudad y, sobre todo, en sus protagonistas y sus transacciones. Nos ofrece un recorrido detallado por las vidas de los personajes más notorios de estas primeras décadas del siglo XX. Estas historias humanas, entrelazadas con el contexto social y económico nos ayudan a comprender, cómo fue más que un simple lugar de intercambio comercial; fue también un espacio de resistencia y supervivencia.

Uno de los aspectos más interesantes de este volumen es la descripción de los bazares de Las Américas, una forma de venta que desapareció con el tiempo, pero que en aquellos años ocupaba un lugar importante en el paisaje del Rastro. Recupera para nuestra memoria esta modalidad de comercio con un minucioso análisis, no solo describiendo cómo funcionaban estos bazares, sino también quiénes los gestionaban y qué tipos de mercancías se ofrecían. Permite al lector, conocer de cerca cómo era la experiencia de comprar en Las Américas en esa época.

Además de ofrecer una visión de los mercados y bazares, el libro profundiza en el barrio donde vivían los vendedores, describiendo las difíciles condiciones laborales y vitales que marcaron la vida de los habitantes de esta zona de Madrid. El autor explora la estigmatización que tanto el barrio como la venta ambulante sufrieron a manos de las élites dirigentes. Esta visión revela las tensiones sociales de la época, donde los más desfavorecidos debían enfrentar prejuicios, pobreza y marginación, luchando por obtener un espacio de dignidad en la ciudad.



De manera significativa, también destaca cómo, pese a los desafíos, el Rastro y su gente se convirtieron en un símbolo de lucha por los derechos y la dignidad de los sectores más desfavorecidos de Madrid. El barrio llegó a representar la resistencia de los trabajadores y las clases populares ante las adversidades y las injusticias sociales, abanderando así una causa más amplia que trascendía el mero comercio ambulante.

La tercera monografía, *Historia del Rastro III. De la guerra civil al siglo XXI* (2016), es un período extenso y complejo que el autor divide en tres grandes bloques, cada uno vinculado a momentos clave de la historia. Continúa con su minucioso análisis, abordando no solo los cambios en el comercio y el entorno urbano, sino también las transformaciones sociales, políticas y culturales.

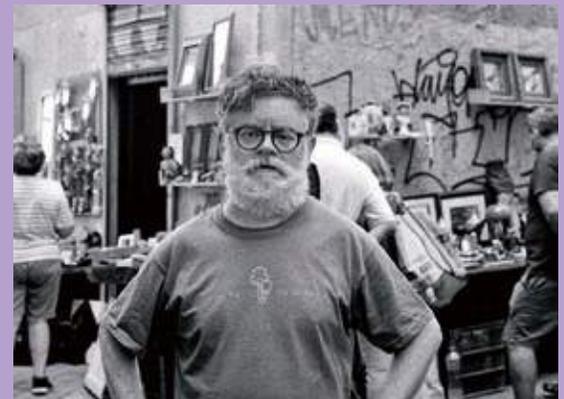
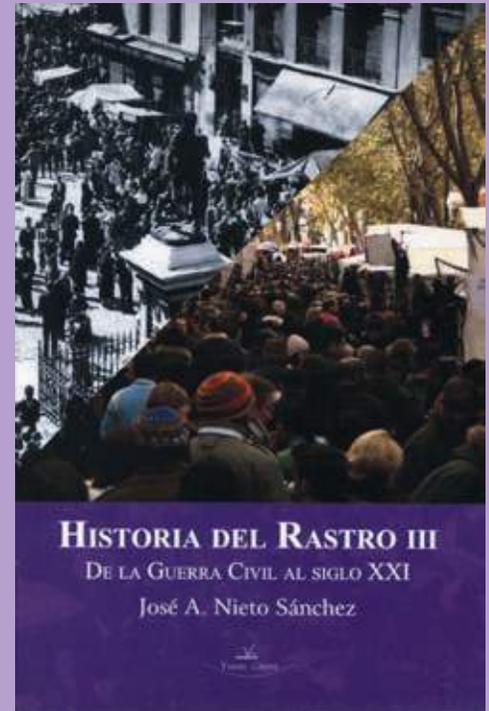
El primer bloque cubre los años de la Guerra Civil, la posguerra y la década de 1950. En esta etapa, el Rastro fue testigo del estraperlo —el mercado negro que floreció en la escasez—, así como de la proliferación de galerías de venta. Un Rastro marcado por la miseria, un barrio gris habitado principalmente por proletarios que, resignados, vivían en condiciones precarias, con escasos servicios públicos. Esta imagen sombría refleja tanto las consecuencias de la guerra como las dificultades de la reconstrucción en la posguerra. No solo funcionaba como un mercado, sino también como un lugar de supervivencia para los habitantes de los barrios más humildes.

La segunda parte se enfoca en el período que abarca desde el desarrollismo franquista hasta el final de la dictadura. En estos años, experimentó importantes cambios, con una eclosión de las galerías comerciales y una creciente venta de antigüedades, lo que atrajo a un público más diverso. Es también en esta etapa cuando comienza a convertirse en un espacio cultural alternativo: el mercado de los hippies y la contracultura, con la aparición de la famosa “calle de los pintores” y el “mercado de los pájaros”, símbolos del ambiente bohemio y artístico que floreció en las décadas de 1960 y 1970, en este momento el mercado

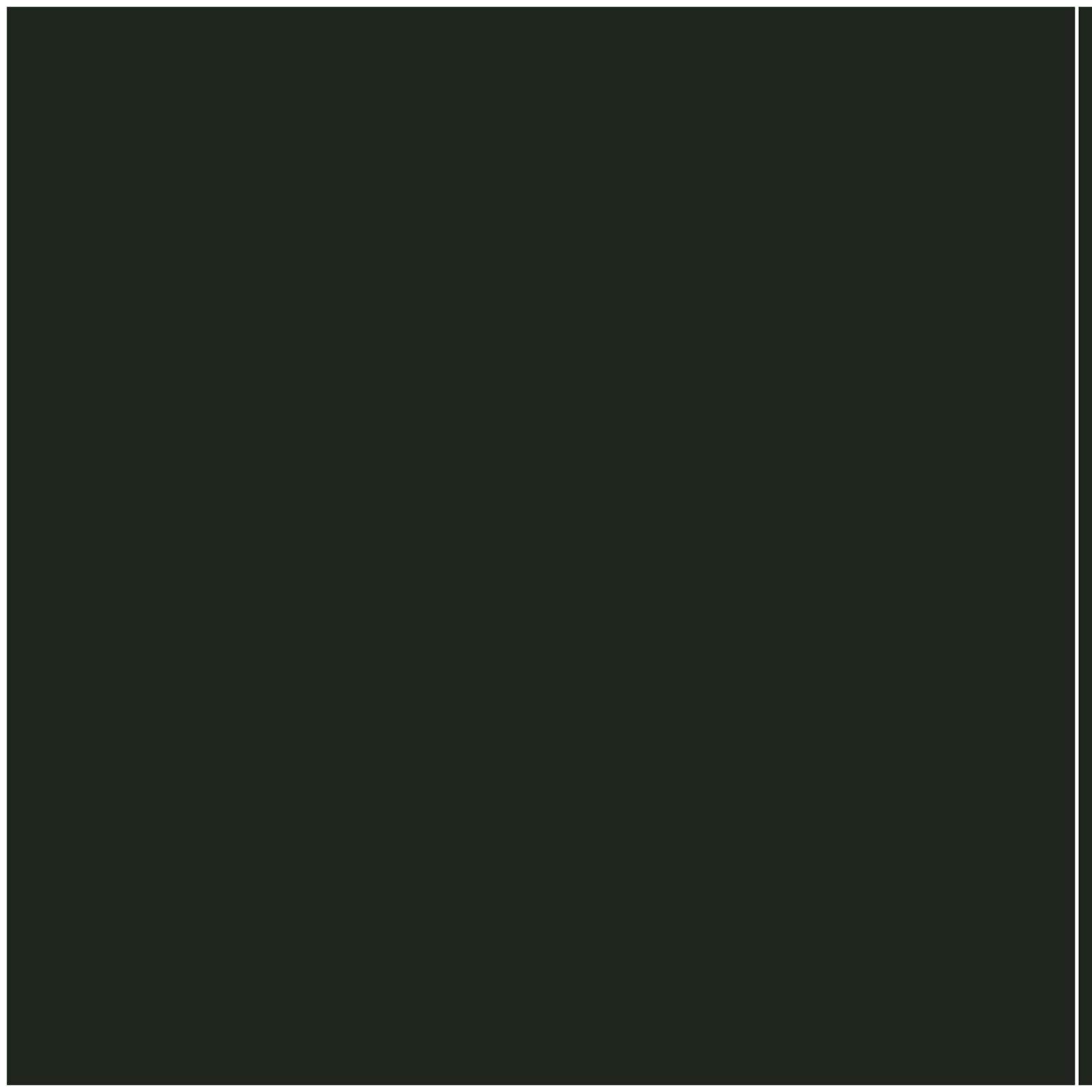
se convierte no solo en un lugar de intercambio de bienes, sino en un espacio de experimentación cultural y social.

Finalmente, el tercer bloque abarca desde 1975 hasta la actualidad, cubriendo los profundos cambios vividos por el Rastro tras la transición democrática. En esta fase, analiza las nuevas regulaciones municipales que afectaron al mercado, como la demolición de los bazares y la desaparición de la venta diaria, lo que transformó significativamente su fisonomía. Durante estos años, fue también un espacio de efervescencia política, donde los partidos emergentes buscaban difundir sus ideas entre la clase trabajadora que frecuentaba el mercado. Con el paso de los años, el Rastro se convirtió en un campo de batalla para los vendedores, que lucharon por defender sus puestos de trabajo ante la creciente presión de las regulaciones y las transformaciones urbanísticas.

La obra de José A. Nieto se ha convertido en una referencia imprescindible no solo para historiadores, sino también para el público general que desea descubrir cómo este mercado, con su riqueza y diversidad, ha sido durante siglos una pieza clave en la vida de la capital.



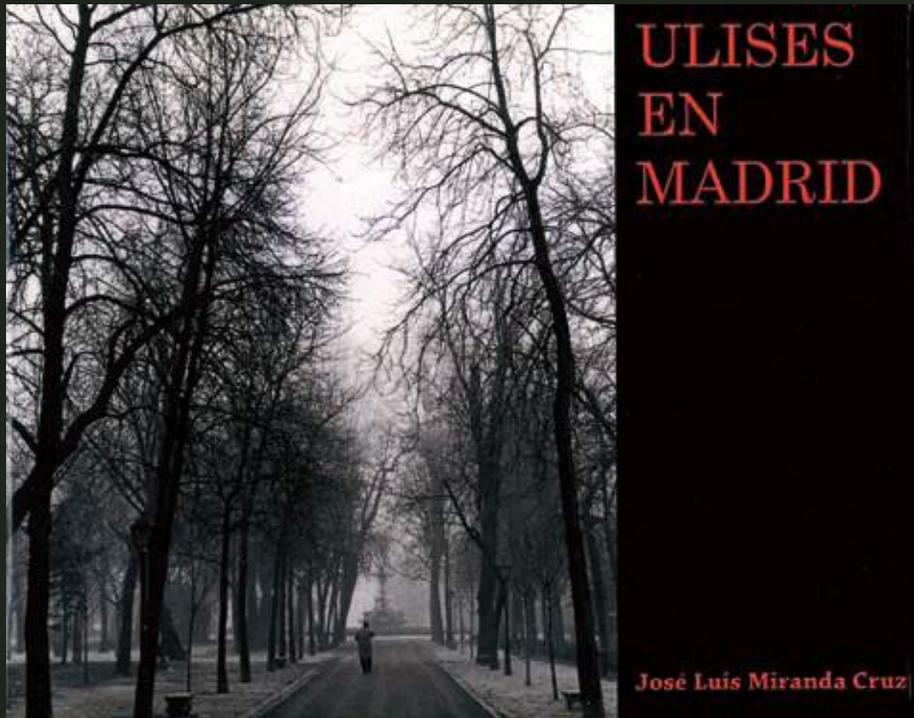
José A. Nieto en el Rastro.  
Fotografía de Miguel Ángel Sintés Puertas



---

◆◆◆◆ **José Luis Miranda Cruz** ◆◆◆◆

---





**J**osé Luis Miranda Cruz, es un poeta melillense afincado en Madrid, que conoció el Rastro desde joven pues estudió en el Instituto San Isidro, situado en la calle Toledo esquina a la calle Estudios en pleno Rastro. Catedrático de Lengua y Literatura, escribió el libro *Ulises en Madrid* en el año 2011, una compleja novela histórica de carácter poético, en el que Ulises en su viaje a Ítaca, desembarca en la ciudad de Madrid, recorriendo sus espacios más emblemáticos como El Retiro, las Ventas, Puerta del Sol o el Rastro.

Para el poeta Miranda el Rastro es:

polícromo y poliedro de la suerte; es polifónico e inspira al polígrafo; es polifacético y polimorfo; derrama la polinización del engendro y reclama la póliza; sin verse sombrea el polizonte y suda el politiqueo; los andares por sus polígonos dan polifagia. De aquí para allá carcome la polilla; se vende a moros, cristianos y politeístas, se ofertan polípticos y cestos de polipiel. Se entrelazan las voces polisémicas y manda la poliarquía. Lo mismo besa el suelo un polichinela que un políglota; lo mismo galantea un polígamo que una poliandra.

Al comienzo de su recorrido por el Rastro, Ulises se detiene en la antigua plazuela, para relatarnos los eventos históricos ocurridos en la isla de Cuba, que llevaron al pueblo de Madrid a cambiar el nombre de la Plaza de Nicolás Salmerón por el de Cascorro, en homenaje a la localidad cubana y al combatiente Eloy Gonzalo, conocido como el héroe de Cascorro:

Cascorro era la pedanía donde el inclusero, nacido en Chapinería, realizó su hazaña de prender fuego, con una lata de petróleo, a los barracones donde se ocultaban los insurrectos. Iba atado con cuerdas a la cintura para ser arrastrado al campo español en caso de ser herido o perecer. Su heroicidad le llevó a la muerte algunos meses después, como consecuencia de las heridas recibidas.

En la plaza se colocó una estatua de bronce diseñada por Aniceto Marinas, que representa a Eloy Gonzalo de cuerpo entero, con una altura de 2,30 metros. Aparece vestido con el uniforme de rayadillo, característico de los soldados españoles durante el conflicto cubano, atado a la altura del pecho con una cuerda. En su mano derecha empuña una antorcha encendida, mientras sostiene una aceitera con el brazo izquierdo. También porta un rifle y un machete. La estatua se alza sobre un zócalo de mármol y piedra blanca, diseñado por el arquitecto José López Sallaberry. Los lados opuestos del pedestal llevan dos inscripciones: «El Ayuntamiento de Madrid a Eloy Gonzalo, 1901» y «Cascorro, 1897». Se inauguró el 5 de junio de 1902, desde entonces nos dice Ulises que:

Cascorro vigila mecha en mano, examina la empinada Ribera de Curtidores, el tropel que rota. El oriundo de Chapinería vence el tedio de la muerte en esta parte castiza de Madrid. Quizá piense en las fogaratas de las noches cubanas o en mulatonas de carnes apretujadas. Mira el vendaval humano que pleita con el tórrido sol y sonríe en sus adentros con la compra-venta y las piezas musicales que se elevan hasta los desguaces sujetos con clavillos.

La plaza se amplió, como ya hemos comentado en el capítulo dedicado a Gutiérrez-Solana, con la demolición del conocido Tapón del Rastro.

Eloy Gonzalo (Imagen creada por Fernando Vela con inteligencia artificial)





El tapón del Rastro (anónimo)

Miranda a través de su alter ego “Ulises” nos cuenta la curiosa historia del origen del nombre de una de las calles derribadas, la del Cuervo:

La añosa calleja del Cuervo visible en el plano de Texeira desapareció del mapa, al igual que el corral allí ubicado donde se criaban aves para donarlas como manutención a los enfermos de los hospitales de la Villa. Este corral pertenecía al regidor D. Juan González de Almunia y en cierto tiempo se vio asolado por un maligno cuervo que despedazaba a las aves y restaba manduca a los necesitados, hasta que un día fue abatido por los criados del regidor y quedó expuesto a la puerta de la corraliza para irrisión o escarmiento.

Desciende un bullicioso domingo por la Ribera de Curtidores, encaminando sus pasos hacia la Ronda de Toledo, y nos advierte que encuentra el Rastro muy cambiado, repleto de turistas que se detienen a curiosear, pero no compran nada.

En su lento recorrido, no pierde la esperanza de tropezarse con el objeto que le encandile y le anime la mañana:

Vamos, vamos, que todavía puede uno lograr alguna bicoca que haga afirmar que no se ha perdido la mañana, aunque venir al Rastro no supone una pérdida de tiempo, porque es como aposentarse en un butacón comodísimo y aspirar el teatro del mundo, las mentiras, las medias verdades, las lindezas, los asuntos de gallofa y la huida de la cosmología real para adquirir el viaje virtual y quimérico. Aquí, se abrazan la irreverencia y la cortesía; la locura y la responsabilidad; el catequista y el corruptor; la abundancia y la limitación.

Se detiene delante de un comercio, del que nos advierte que siempre ha llamado su atención, El Valenciano:

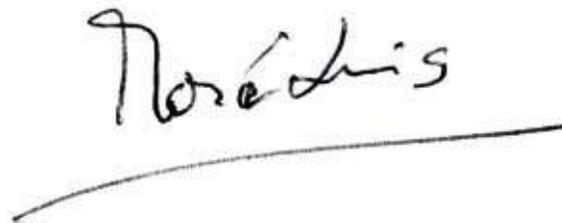
Hay en la calle de la Ribera de Curtidores una antigua tienda que siempre ha llamado mi atención. Perdura casi igual desde finales del siglo XIX, me refiero a la guarnicionería El Valenciano, con un marmágnum colgando de sus paredes que, incluso, tapa el acceso de

entrada y casi imposibilita su acercamiento: bolsos de todo tipo, monturas, sombreros, botas de vino, cananas, zahones para proteger los pantalones, cinchas para asegurar las sillas de montar, bridas completas con correa, freno y riendas; cencerros y otras baratijas que nunca se alejan de esta senda de los curtidores.

Acalorado y fatigado por el paseo matinal, busca refugio en Mesón de Paredes, una calle de tabernas y cafetines que debe su nombre a un tal Miguel Simón de Paredes, quien servía vinos y viandas en su mesón. Ulises recuerda con nostalgia el ambiente de estos locales a lo largo de la historia:

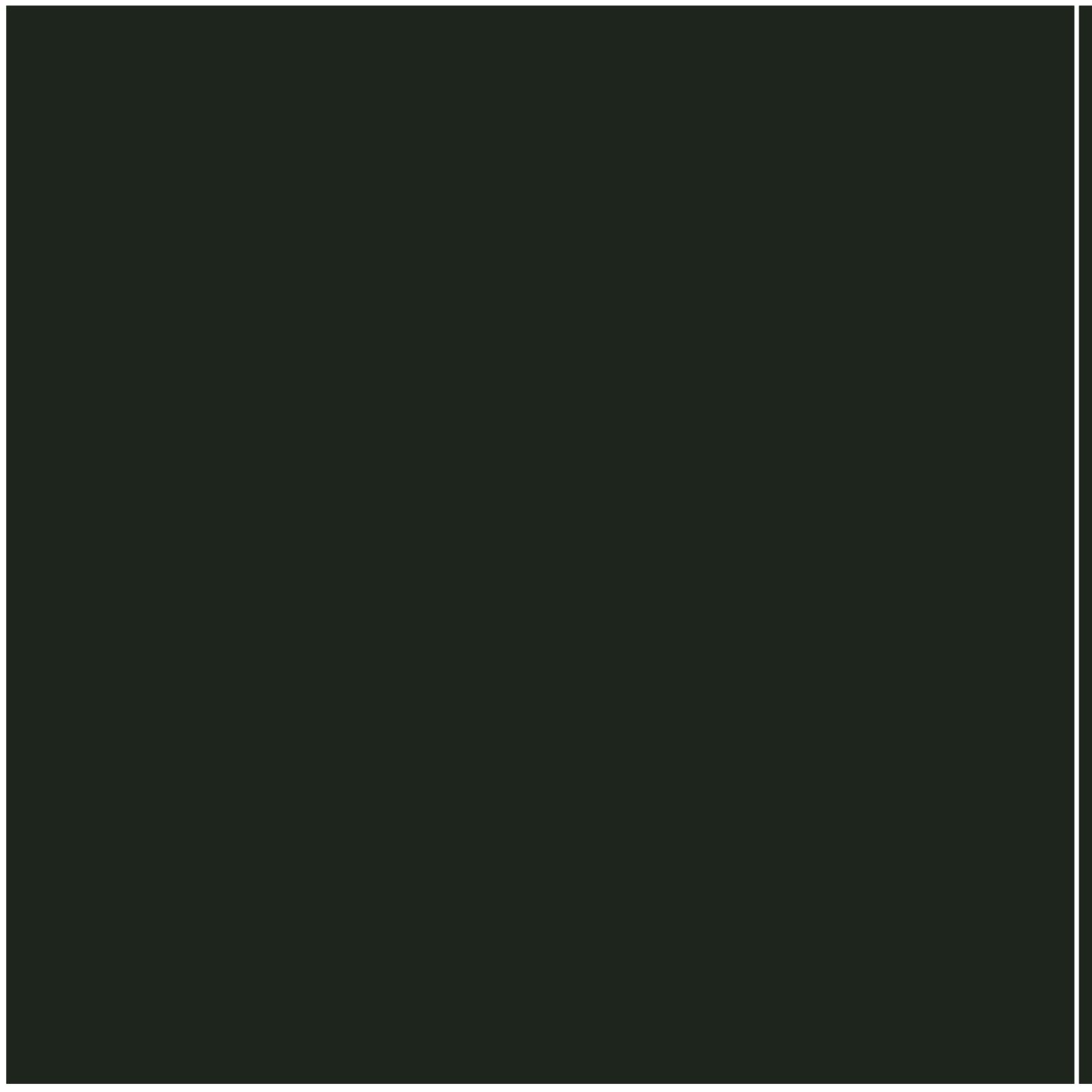
“Los ha habido en todos los siglos y que los haya por los siglos de los siglos. Yo me adentraba en ellos, oscuros, destartalados, olorosos a sebo, a fritanga, a macho cabrío. Observaba cómo pimplaban en un santiamén el recuelo o el petróleo, mientras engullían para almorzar unas gallinejas con pan, entendí que eso era lo que expandía el olor a grasa por toda la tabernilla.”

Ulises culmina su travesía con un sentido recuerdo de Pedro de Répide, nombrado Cronista Oficial de la Villa en 1929: “Solía tropezarme con Répide antes de la Guerra Civil por la calle de la Encomienda, donde tuvo casa, o frecuentando el Café de Embajadores o el Fornos.”

A handwritten signature in black ink, reading "Ulises", with a long horizontal line underneath it.

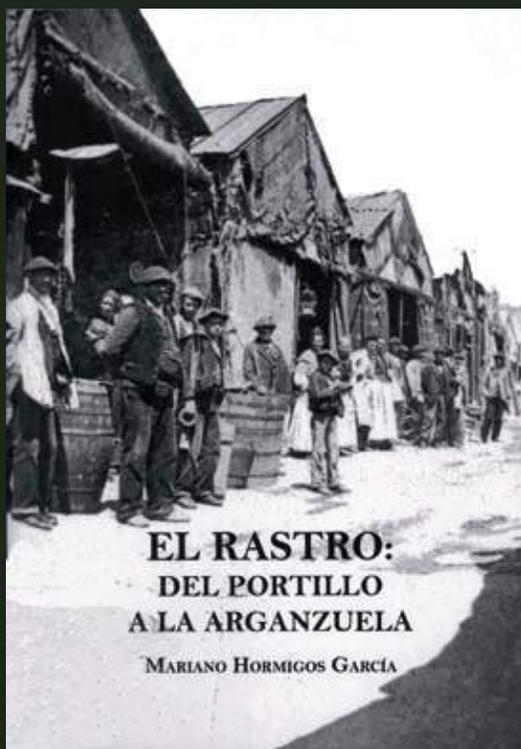


Fotografía de Miguel Ángel Sintes Puertas





# Mariano Hormigos





**M**ariano Hormigos García, nació en Getafe (Madrid) en 1927. A los pocos meses se trasladó a vivir al barrio de Cuatro Caminos y posteriormente a los cinco años, al número 12 de la Ronda de Toledo, donde vivió hasta 1963. Era macero del Ayuntamiento de Madrid y tan solo con estudios primarios se convirtió en un entusiasta investigador madrileñista, publicando *Las Casas Consistoriales, guía para la visita al Ayuntamiento; La historia de la Asociación del Santo Ángel de la Guarda de los Maceros; Frases, timos y decires que se dijeron y se dicen en los Madriles* y *El Rastro: del Portillo a la Arganzuela*. En 1992 el Ayuntamiento le otorgó la Medalla de Madrid.

Publicó *El Rastro: del Portillo a la Arganzuela* (2011) en la editorial Ediciones La Librería. Los primeros capítulos, nos introducen en un minucioso estudio geográfico del Rastro y sus contornos, utilizando los distintos planos históricos que se conservan.

Nos describe con detalle la instalación de la fábrica de gas en un terreno cedido por el Ayuntamiento de Madrid:

El Ayuntamiento cede a la sociedad, para la instalación de la fábrica, el 12 de mayo de 1846, un terreno extramuros de la ciudad, llamado de la Arganzuela, de cuatro fanegas, ocho celemines y tres estadales, propio de Madrid, situado fuera de la Puerta de Toledo y lindando con el Paseo de la Ronda al Portillo de Embajadores.

En 1849, la fábrica ya producía gas. La memoria del autor, por haber vivido en la Ronda de Toledo, le permite contradecir lo publicado por Gas Natural en el libro, *La producción de gas en Madrid, 150 años de historia*, en el que se afirma que durante la Guerra Civil el coque producido se amontonaba en el Campillo del Mundo Nuevo, y los madrileños acudían allí a recogerlo para usarlo en sus braseros y cocinas. Según relata Hormigos, en dicho lugar no se produjeron tales acumulaciones de residuos ni antes, ni durante ni después de la guerra: “La fábrica de gas tenía su vertedero de escorias al otro lado del Paseo de las Acacias, entre la fábrica y el Puente de Toledo, y allí se seguía vertiendo en la época de la guerra”. En la actualidad solo nos queda como testimonio de la fábrica de gas, una hermosa chimenea de ladrillo que ocupa una parte del parque situado en la calle del Gasómetro.

A las numerosas descripciones que se han dado del Rastro, Mariano Hormigos nos aporta en esta obra la suya:

el Rastro es el almacén donde va a parar el producto de lo que deshaucia la moda asesina sin miramiento a todo lo anterior. Todo aquello de lo más insólito que la necesidad obliga y que el Monte no cotiza, siendo el Rastro la última piedad de la despiedad que el Monte tiene para muchas cosas. Menguado paño de lágrimas de la necesidad. El sedimento de la bancarrota de los negocios, de los saldos de los saldos.

En el libro, reflexiona que El Rastro es un reflejo de la época en la que le toca existir, por lo que cada periodo político y social tiene su propio Rastro. A comienzos del siglo XX, se llevaron a cabo numerosas reformas urbanísticas en la ciudad de Madrid, y llegaron tal cantidad de materiales de derribo que el Rastro se vio desbordado. También recibió una gran cantidad de maquinaria obsoleta como consecuencia de la modernización industrial de la época.

En la posguerra, durante los años cuarenta, la plaza de Cascorro se convirtió en un punto habitual para los estraperlistas, y en los años cincuenta florecieron los comercios de prendas militares usadas. Al licenciarse, los soldados debían devolver las prendas recibidas al incorporarse a filas, sin importar su deterioro. Las extraviadas, sustraídas o que estaban en

buen estado y el soldado deseaba conservar, se compraban en el Rastro para el intercambio y generalmente estaban en condiciones lamentables.

Hormigos, realiza una descripción detalladas de como eran los antiguos bazares que albergó el mercado; el bazar del Médico o las Primitivas Américas, el bazar de la Casiana y el bazar del Federal:

Pasado el zaguán se entraba a una especie de calle no muy ancha y a derecha e izquierda había pequeñas naves que constituían los puestos. Las había con y sin puertas. Estaban construidas todas iguales en anchura y altura con tejado de teja plana alicantina. Estaban remetidas unos metros del borde de la calle o callejón, y esa zona del suelo estaba llena de mercancías que no cabían en las naves, y como muestra estaban expuestas a la vista y a la intemperie. Esta especie de calle de unos cincuenta metros de longitud desembocaba en una gran plaza en cuyo centro no había puestos cubiertos sino pequeñas parcelas de terreno con la mercancía depositada permanentemente. Algunos de estos puestos, casi todos de chatarras y cachivaches, eran cerrados al final del día con lonas o arpilleras sujetándola con pedruscos.

A partir de los años setenta, estos bazares entraron en decadencia, reflejo fiel de una sociedad que comenzaba a vivir de forma más desahogada y ya no necesitaba adquirir materiales usados.

Los domingos y festivos por la mañana, la Ronda de Toledo se convertía en el escenario favorito de charlatanes y vendedores de humo, expertos en persuadir a la multitud con los objetos y ungüentos más insólitos. La gente, atraída por la curiosidad, se arremolinaba a su alrededor, ansiosa por conocer la última novedad o el supuesto remedio milagroso que prometía curar cualquier dolencia.

Conocedor de la vida en las casas de patio y corredores, pues vivió en una durante muchos años, nos describe cómo transcurrían las mañanas de domingo en estas viviendas, tan abundantes en el Rastro:

El que más madrugaba era el perfumista. Con grandes voces decía: ¡Chicas, ya está aquí el que os pone guapas, el que bien huele! ¡Tengo el perfume de enamorar, el carmín para besar y todo lo que hace falta para que estéis más guapas!

Luego venían los vendedores de caramelos, el señor que vendía vinagre de vino blanco de Yepes, el lejiero, y la vendedora de rosas que pregonaba: “¡Rositas, son de olor y qué bonitas!”. También estaban las cacharrerías, los traperos y las rifadoras, cuyas rifas consistían en un par de conejos, pollos tomateros o cosas por el estilo. No faltaban los gitanos pañeros y los teleros, que vendían telas utilizando una vara de medir y anotaban las ventas en una libreta. Vendían las telas por metros y fiaban al personal. ‘Quien compraba sabía que los teleros cargaban altos intereses en su beneficio, pero era la única manera de adquirir cosas que no podrían haber comprado al contado’.

*El Rastro: del Portillo a la Arganzuela*, de Mariano Hormigos, va más allá de su famoso mercadillo. Nos ofrece otras historias y se centra en la parte sur, alrededor de la Ronda de Toledo, la gran avenida que conecta el Rastro con Arganzuela, el Campillo del Mundo Nuevo, la fábrica del gas o las Américas del Rastro.

El barrio es evocado tal como era desde principios del siglo XX hasta los años recientes, antes de que las reformas urbanísticas de las últimas décadas transformaran su fisonomía. En los campos de la Fábrica del Gas, se organizaban peleas de boxeo. El fotógrafo Ramón Masats retrató el ambiente de estos combates para su libro *Neutral corner*, cuyas imágenes están acompañadas de textos de Ignacio Aldecoa. El fútbol también ocupaba un lugar destacado en el Campo del Gas: a finales de los años setenta, se podía ver jugar a un joven prometedor del Rayo Vallecano, llamado José Zamarro.

Curiosamente, en el libro *Travesía de Madrid* de Francisco Umbral, al describir a los habitantes del Rastro y sus ocupaciones, menciona a un macero municipal al que llamaban “el Rey de Oros” por su indumentaria. No me sorprendería que ese macero fuera Mariano Hormigos, quien vivió durante muchos años en la zona.

Hormigos colaboró con el fotógrafo Eduardo Dea González, en el magnífico libro de fotografías *Personajes y escenas del Rastro madrileño* (2003), editado por Ediciones La Librería, escribiendo un texto para cada instantánea.

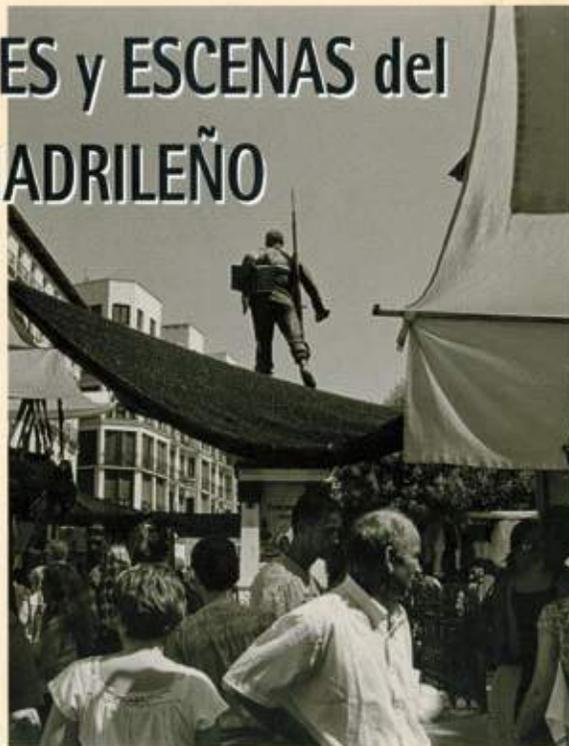


Macero en el Rastro de Madrid  
(Imagen creada por Miguel Ángel Sintés con inteligencia artificial)

# PERSONAJES y ESCENAS del RASTRO MADRILEÑO

Fotografías:  
**EDUARDO DEA**

Comentadas por  
**Mariano Hormigos**

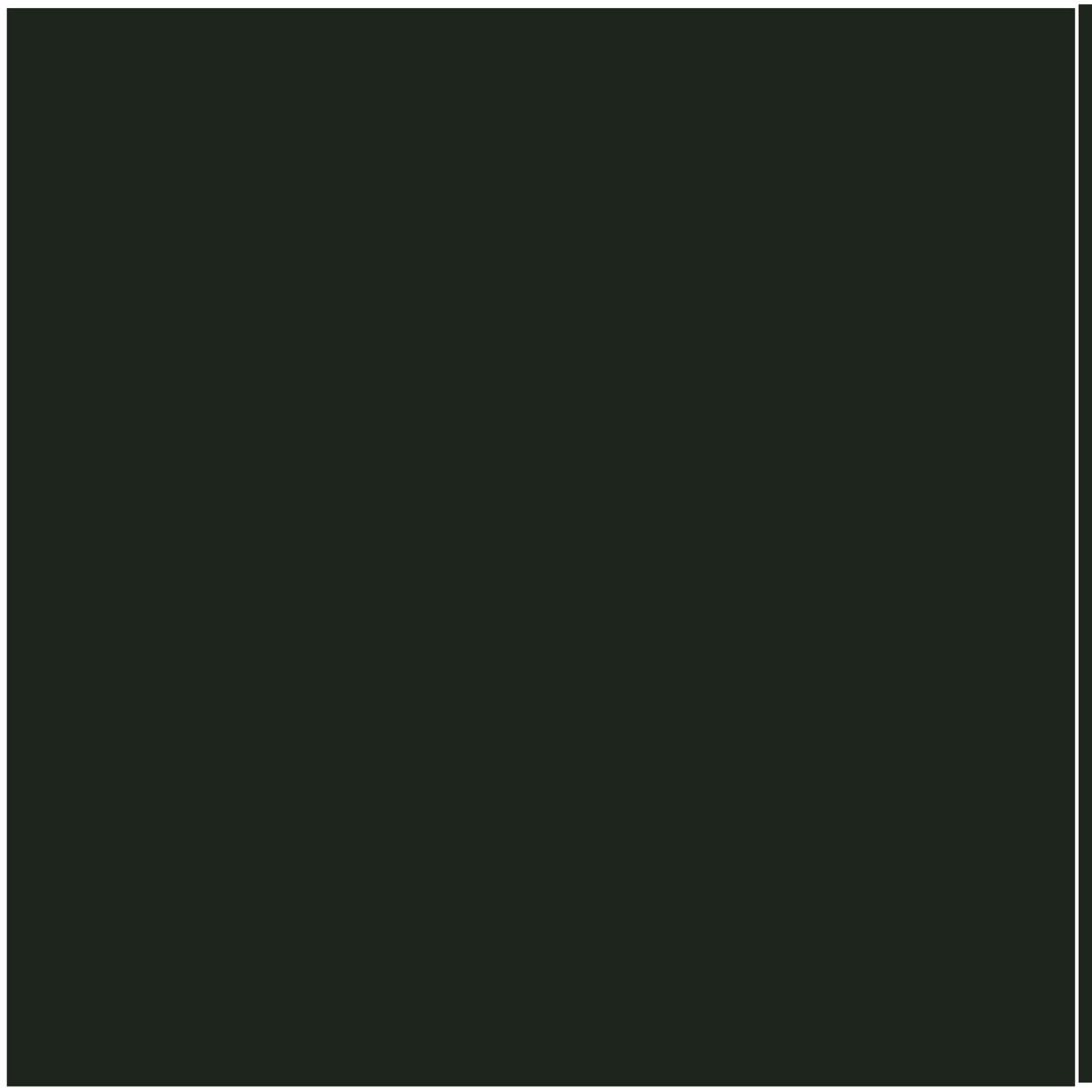


Sobre silla frailer o silla escalera  
se sienta un gitano de los de solera.



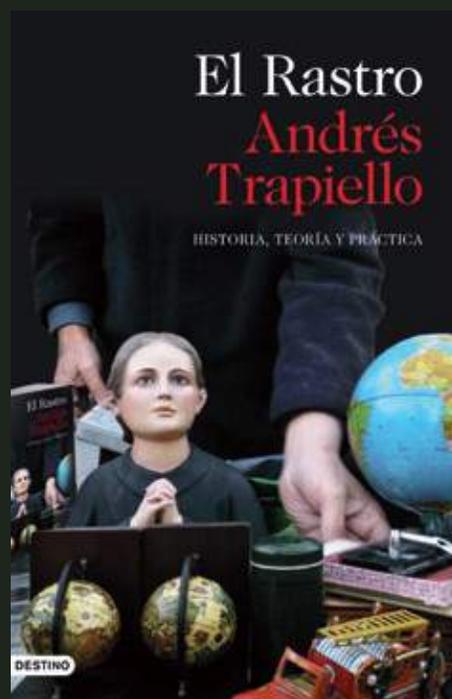
*Fotografía: Eduardo Dea González*

Sin título  
octubre de 1989





# Andrés Trapiello





**A**ndrés Trapiello, escritor leonés afincado en Madrid desde 1975, mantiene un idilio con el Rastro, que frecuenta casi cada domingo junto a su inseparable amigo Juan Manuel Bonet. Trapiello es madrugador y desembarca en sus aceras a primera hora de la mañana. Al recorrer sus calles, busca tesoros escondidos: primeras ediciones, manuscritos, y libros raros que alimentan su bibliofilia. Su mayor ilusión es tropezar algún día con el manuscrito original de *Las semanas del jardín*, una obra perdida de Miguel de Cervantes mencionada por el autor en abril de 1616, en la dedicatoria al Conde de Lemos en *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, la novela bizantina que escribió poco antes de su muerte.

Lo que sí encontró y guarda como un tesoro, fue la primera edición de “*La Fontana de Oro*” la primera novela que publicó Benito Pérez Galdós y que presenta una dedicatoria original al novelista José María Pereda.

Al caminar por sus calles, siente que no todo es como décadas atrás, y aunque quizás hoy no tenga el mismo encanto o autenticidad que en tiempos pasados, para él, sigue siendo un espacio válido. Los objetos antiguos que se encuentran allí no solo son meros productos en venta, sino fragmentos del pasado que tienen algo que contarnos. Basta con detenerse y escuchar lo que estos objetos, aparentemente olvidados, pueden revelar sobre otras épocas, otras formas de vida, y sobre las transformaciones que ha sufrido. Para Trapiello, la vida envejece sola, como los objetos y los lugares.

Más que ir a buscar algo específico, uno va a encontrarse con sorpresas. Para hallar lo que deseas, debes llevar una idea clara en la cabeza, de lo contrario, no lo encontrarás.

Se considera más un pescador que un cazador. Al ir al Rastro, adopta una actitud más paciente y reflexiva, en contraste con la del cazador. Lanza la caña hacia los objetos, y los peces mordisquean el cebo; pocas veces pican el anzuelo, y muchos terminan soltándose. En el Rastro, no siempre se busca, se encuentra.

Andrés Trapiello, en 2018, publicó un libro sobre el Rastro de Madrid titulado *El Rastro. Historia, teoría y práctica*. En esta obra, refleja la profunda relación que ha mantenido durante más de cuarenta años con este mercado. El libro navega entre el ensayo, la crónica y la reflexión personal y nos ofrece una mirada íntima y emotiva sobre un espacio que considera un espejo de la vida misma. “El Rastro es generoso con todos”, afirma; “y por ello sentía que le debía este libro”.

La primera parte está dedicada a la historia del Rastro, lo que considera necesario, ya que, en términos generales, existe un gran desconocimiento sobre los orígenes de este mercado. Dada la relevancia del Rastro, un lugar que ha conseguido exportar su nombre a otros mercados en distintas ciudades, resulta fundamental estudiar y comprender su evolución.

En la segunda parte, titulada ‘Meditaciones y conjeturas (para una teoría del Rastro)’, Trapiello nos sitúa en el espacio temporal en el que comenzó a frecuentar el mercado:

Nosotros conocimos el Rastro cuando ya declinaba. La reforma de Tierno redujo a la mitad las calles y lo limitó a los domingos. Al Rastro acuden cada domingo entre cincuenta y cien mil visitantes, he llegado a leer, y había en los años setenta unos ocho mil vendedores, muchos de los cuales no tenían ninguna clase de licencia para la venta ambulante, llegaban, ponían en el suelo sus porquerías, las vendían (si las vendían) y se iban, a menudo dejándolas allí, como estiércol. Unos pagaban al guardia municipal una



Andrés Trapiello y Juan Manuel Bonet examinan un libro en El Rastro.  
Imagen creada por Fernando Vela mediante Inteligencia Artificial.

cantidad insignificante, a modo de canon, y otros ni siquiera. Hoy parece que haya la mitad de vendedores y el doble de visitantes.

Describe los paseos del autor y sus amigos, Bonet y Vázquez Cereijo por el Rastro, comparando su actitud con la de Baroja, aunque con significativas diferencias: mientras Baroja iba solo, ellos iban acompañados. Durante sus recorridos, conversaban largamente sobre temas diversos, desde objetos y libros viejos hasta cuestiones personales, literarias, artísticas, políticas o existenciales:

Nosotros vamos por el Rastro con un porte parecido al de Baroja, y tampoco levantamos la cabeza, en invierno encogidos y con las manos en los bolsillos del abrigo y el cuello de este levantado, y el resto del año con las manos enlazadas detrás. Pero, a diferencia de Baroja, que iba solo, nosotros hemos ido juntos, y durante muchos años con nuestro amigo el pintor Vázquez Cereijo, hasta que este se fue de Madrid para morir en Lugo. Él, como gallego, era el encargado de poner en nuestros paseos un humor galaico bastante neblinoso y reumático. Era un tipo barojiano, que acabó tuerto de un ojo, como Ricardo Baroja, con un cristal negro en la gafa. Hemos hablado allí sin interrupción horas y horas, sobre todo lo humano y lo divino, mientras veíamos trastos y libros viejos, unas veces a propósito de esos trastos y libros viejos, y otras muchas, las más, sobre nuestros negocios y asuntos literarios, artísticos, políticos, vitales.

Como reflexión, nos dice que el gran Rastro de nuestros días está en internet, con una gran diferencia, en internet se buscan activamente los objetos, mientras que en el Rastro los encuentras accidentalmente:

Hoy día algunos jóvenes con mayor conciencia social y política procuran bajar el pistón del consumo y se lanzan al trueque, al reciclaje y a la segunda mano. Internet lo facilita, y el mayor Rastro que se haya conocido jamás está ahora en internet, en portales especializados en el trueque, las oportunidades, el bric-à-brac y el coleccionismo. Basta comprobar la actividad frenética de algunos portales (eBay, Todocoleccion, Etsy, Wallapop,

Telodoy, Milanuncios...). Es un Rastro global, pero vale solo para los que buscan y compran cosas y tienen de la vida una visión utilitaria y práctica.

El Rastro, tan acostumbrado a la muerte, pues muchas de las piezas que lo inundan provienen del desmantelamiento de viviendas de fallecidos, se sobrecoge profundamente cuando algún miembro de la comunidad traspasa el umbral de la existencia. Trapiello, recuerda especialmente la muerte repentina de la hija de un almonedista hace más de treinta años, una pérdida que generó gran consternación. El autor destaca la profundidad emocional y moral del Rastro, algo que contrasta con la frialdad de la Red:

Basta que oigas decir un domingo que tal o cual viejo chamarilero acaba de morir, para que sientas que uno de los fragmentos de la gran vasija rota de la vida se ha roto en un trozo más pequeño.

Hace más de treintaicinco años se murió de repente la hija de Rafael, un viejo almonedista que tenía la tienda en Arniches frente a Vara del Rey, una mujer joven, sana, simpática, bien avenida en los tratos. Llevaba el negocio con su padre. Yo hablé con ella un sábado. Al día siguiente me encontré la almoneda cerrada y pegada en la trapa la esquela, aquella hoja con lutos anchos. Todavía se estilaba esa costumbre. Ninguna muerte, creo, impresionó tanto. La gente del Rastro, acostumbrada como pocos a la muerte y a todo lo que ella trae consigo, pues en cierto modo en el Rastro se vive de la muerte, vivió también aquella con consternación, y ni vender querían. Sí, el Rastro tendrá siempre una temperatura moral y sentimental que la Red no conoce.

En el libro se plantea una reflexión sobre el valor de nuestras elecciones y los arrepentimientos que a menudo las acompañan. En el contexto del Rastro, ese lugar donde los objetos tienen una segunda oportunidad, surge un paralelismo con la vida misma: solemos recordar con nostalgia aquello que dejamos pasar, aquello que estaba a nuestro alcance pero que, por indecisión o falta de convicción, no hicimos nuestro.

Sin embargo, este ejercicio de decidir también es un acto de libertad. Elegir implica

renunciar, y esas renunciadas nos moldean tanto como las elecciones. Mientras los objetos que adquirimos, pronto se desvanecen en nuestra memoria, de aquellos que dejamos ir nos acordaremos siempre.

El Campillo del Mundo Nuevo, animado y bullicioso los domingos por la mañana, se convierte en un lugar solitario entre semana. Allí, unos pocos transportistas esperan pacientemente el trabajo, con sus furgonetas aparcadas. Son los nuevos mozos de cuerda y carreteros de hace un siglo. Su labor consiste en transportar muebles, ya sea para comerciantes del Rastro o para particulares que compran en las almonedas de la zona:

El Campillo del Mundo Nuevo que el domingo por la mañana está animado y repleto de puestos y tenderetes, entre semana es un lugar espectral. Cuatro o cinco hombres, de pie, hablan sin prisa, con las manos en los bolsillos del pantalón, fumando, con las rodillas dobladas y el trasero caído. Han aparcado allí sus furgonetas. Son los transportistas, los que hace cien años eran mozos de cuerda, soguillas, cosarios y carreteros. Entonces vivían en la miseria, llenos de remiendos. Hoy, aseguran ellos mismos, viven decorosamente. Esperan el trabajo como el pescador de caña. No se impacientan. Han traído a algún comerciante del Rastro, del lugar donde este los ha comprado, algunos muebles; esperan cargar y llevar a alguna parte los que unos particulares han comprado en alguna de las almonedas que abren en las galerías.

Trapiello nos presenta las normas que rigen el Rastro, organizándolas en siete leyes, acompañadas de un preámbulo y un anexo:

**Preámbulo a las Leyes del Rastro:** solo buscamos aquello que ya hemos encontrado de una u otra forma, y solo merecemos aquello que un día buscamos. Dicho de otra manera: «Solo vemos lo que nos mira»

**Primera Ley del Rastro:** en el Rastro hay leyes, pero es muy difícil aplicarlas, porque hay tantas como objetos y excepciones. El Rastro es la ciudad sin ley, y en él nadie se toma en serio, literalmente, las leyes.

**Segunda Ley del Rastro:** siempre se acuerda uno de aquello que dejó irse, habiéndolo deseado y podido comprar, y se arrepentirá toda la vida de no haberse quedado con ello; de la mayor parte de lo que compramos, nos olvidamos pronto.

**Tercera Ley del Rastro:** tan exacta como todas las de la termodinámica: «Las cosas valen lo que te den por ellas». ¿Pero cómo saber qué vale eso cuyo valor es incierto? El regateo es la herramienta adecuada, si no para dilucidarlo, sí para fijarlo.

**Cuarta Ley del Rastro:** conviene no pedir el precio de un objeto con él en la mano. Examínese, si se quiere, pero antes de pedir su precio, deposítase de nuevo en el suelo, e iníciase inmediatamente el trato, incluso mientras se está depositando. No tema, nadie podrá arrebatárselo.

**Quinta Ley del Rastro:** si el objeto es lo bastante grande como para no poder tenerlo en la mano, sepárese cuanto sea posible de él, y empiece su regateo. El regateo ha de ser hermético y glacial, como una partida de póker, respetuoso y circunspecto, como una de ajedrez.

El regateo es el ritual en el que las cosas pierden su inocencia. Un modo de descubrir su verdad (no confundir con la verdad, fluctuante en la ley de la oferta y la demanda.

[...]

nada molesta tanto a un rastrero como un regateo sin consecuencias, ocioso («¿Usted quiere comprar o chau-chau?»), oímos en cierta ocasión que le decía un irritado rastrero a un turista prolijo.

**Sexta ley del Rastro:** el regateo en el Rastro es casi siempre rapidísimo (y no solo porque en muchos casos, principalmente en tiempos remotos, se trataba de dar salida a tratos ilegales sobre objetos robados que requerían acuerdos de una gran celeridad)

**Séptima ley del Rastro:** nadie puede meterse por medio en el regateo que otro ha puesto en marcha y que no ha llegado a su fin. Esto último es sagrado. El Rastro no admite pujadores simultáneos, como en las subastas habituales, sino solo sucesivos, primero uno y cuando este acaba, el siguiente.

**Anexo Primero a la Enésima Ley del Rastro:** Nadie, ni comprador ni vendedor, se puede echar atrás en una puja; la palabra es sagrada. De modo que lo mejor, cuando se nos invita a ofrecer («dígame, no me voy a molestar; esto es el Rastro»), es decir exactamente la cantidad máxima que se esté dispuesto a dar, aunque esa cifra se quede «muy lejos» aún de la inicial, o mejor aún, no ofrecer nada, aunque eso despierte el enojo del vendedor, quien a veces se cree con derecho a que le ofrezcan. Ruano reproduce «el diálogo del novel con el comerciante habituado: —¿Cuánto vale esto? —Mil pesetas. —¡Hombre, yo hubiera dado quinientas! — Para usted, ¡porque hoy me he vuelto loco!».

La única manera de conocer el valor real de un objeto es regateando, y nunca debe preguntarse ‘¿cuánto vale?’, ya que posiblemente ni el vendedor ni el comprador tengan plena conciencia de su valor. Si el vendedor propone un precio y el comprador lo acepta sin regatear, siempre quedará la duda de si el valor real era mayor. Trapiello afirma que “El Rastro es como una partida de poker jugado con las reglas del mus. Todo el mundo está con cara de palo para no traslucir emociones pero se permiten ciertas señas”. En el regateo todo es muy sutil, no tienes que preguntar el precio con el objeto en la mano porque demuestras mucho interés.



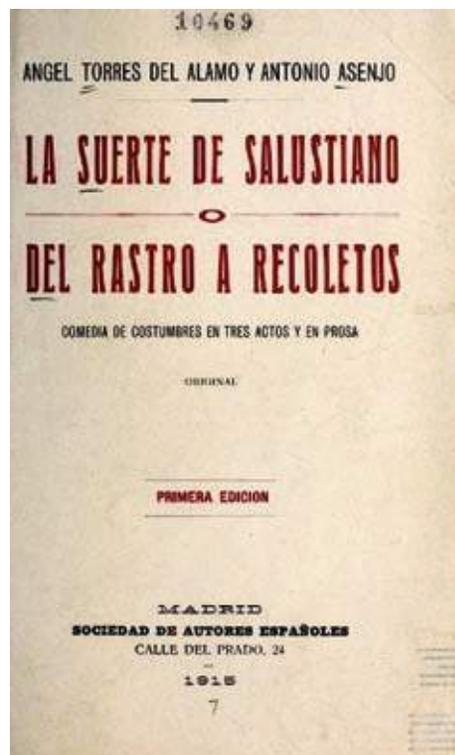
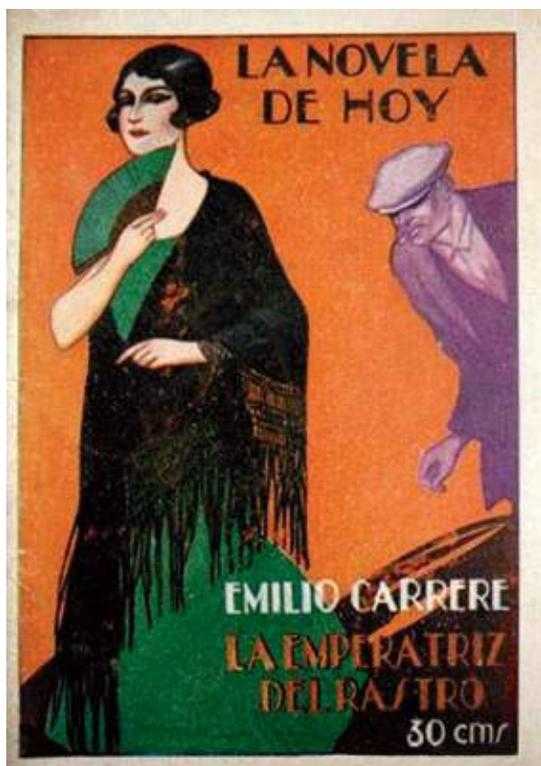
Andrés Trapiello en el Rastro (1997). Fotografía: Juan Ballester .

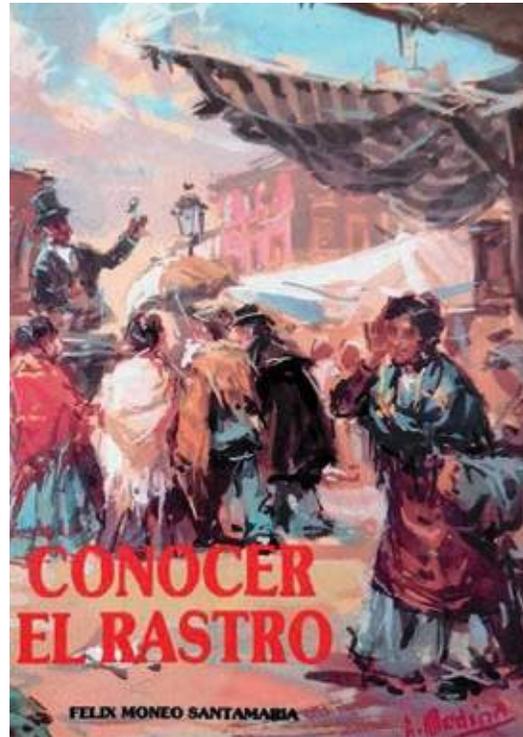
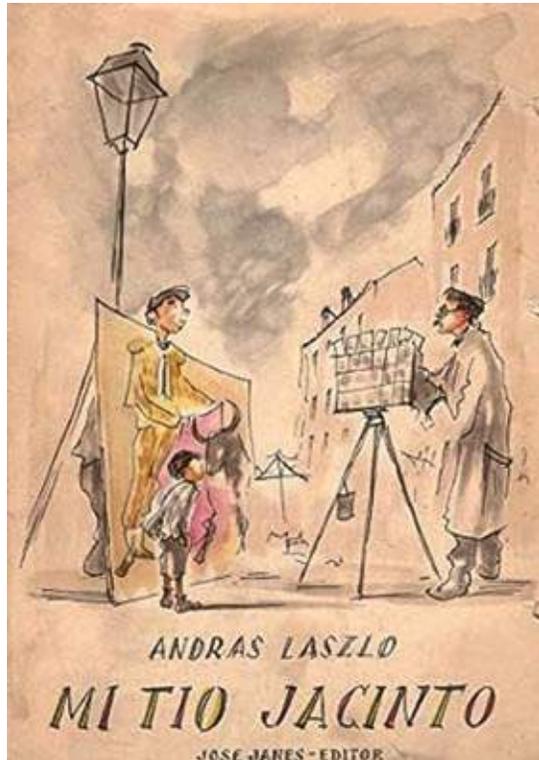
Fotografía de Miguel Ángel Simtes Puertas

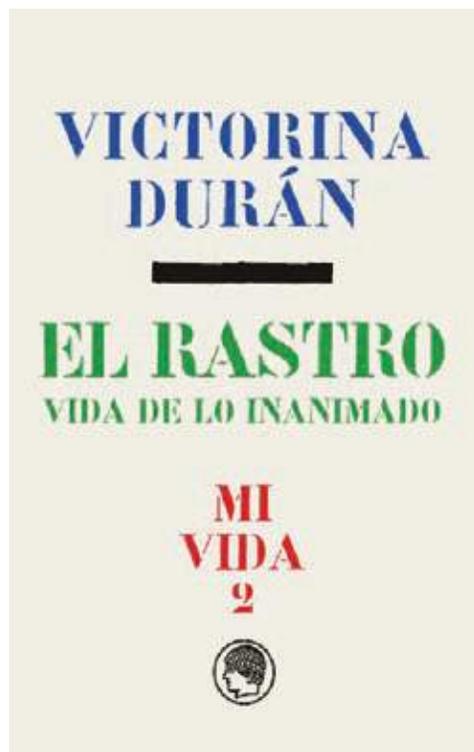


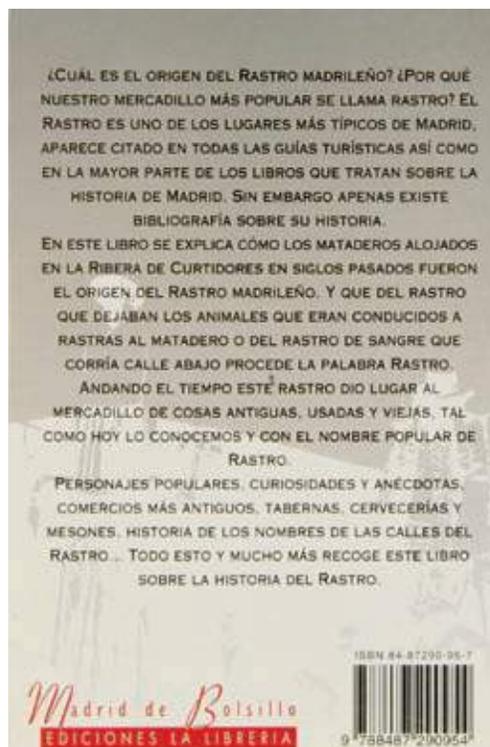
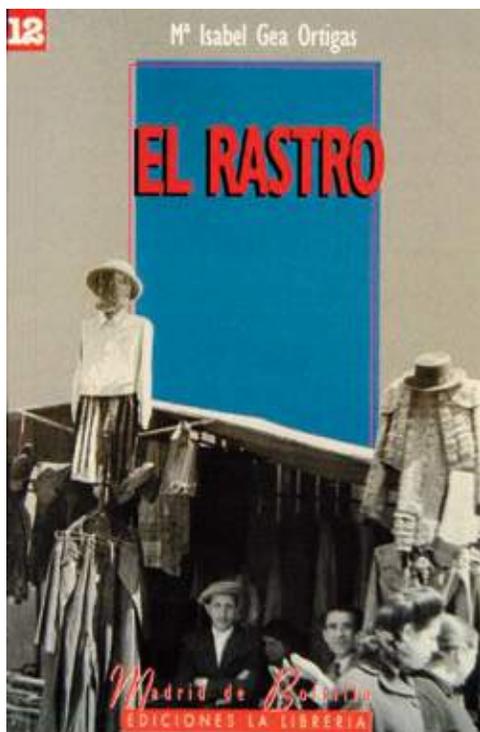


# Otros libros del Rastro









Germán Cano López



## El Rastro

Las fuentes de su origen,  
historia y desarrollo urbano

Turpin Editores

Este libro comienza a gestarse y partir de la colaboración en un proyecto de investigación –cofinanciada por Miguel Muñoz Campuzano– sobre la reconstrucción de la cerca de Madrid de 1637, concluida en 1629 bajo el reinado de Felipe IV.

A partir de una exhaustiva búsqueda de documentación en distintos archivos y bibliotecas, el autor realiza una selección de documentos directamente relacionados con el barrio del Rastro y con los mandados activos en esa zona, que tiene por resultado el descubrimiento de noticias esclarecedoras acerca del origen de la palabra *Rastro* como jurisdicción surgida en 1616 a propósito de un censo realizado entre Justino de la Quintana, rector del Hospital de La Latina, y el Concejo de la Villa de Madrid. En la documentación de ese pleito se encuentran un plano de los lindes que pertenecen a cada institución donde aparece un punto que llaman Rastro. El diccionario de la Real Academia de la Lengua Española de 1737 amplía la acepción de dicho término y lo define como jurisdicción; otro término localizado en documentos del Archivo de Villa refiere a las intervenciones de importantes arquitectos como Diego Silveira, Torres Ardemans, Manuel Torija y Pablo de Ribera en reformas y ampliaciones del Mandado del Castillo del Rastro y del Mandado de la Puerta de Toledo.

También se encuentra información relevante que aclara el origen del Rastro como mercado de artículos usados. En el Archivo de Villa de Madrid se halla un significativo documento de 16 de noviembre de 1791 en el que se regula la normativa para constituir una nueva actividad: el premio de tapero. El mismo archivo recoge la existencia de un documento de 7 noviembre de 1811, donde el vecino del Rastro Juan Antonio García trata de quevalle tiene autorización para vender en la Ribera de cardadores todos los días del año aunque sean feriados y otra particular para los días de fiesta; este vecino será uno de las primeras personas a las que el Ayuntamiento autoriza a instalar un puesto en días festivos.

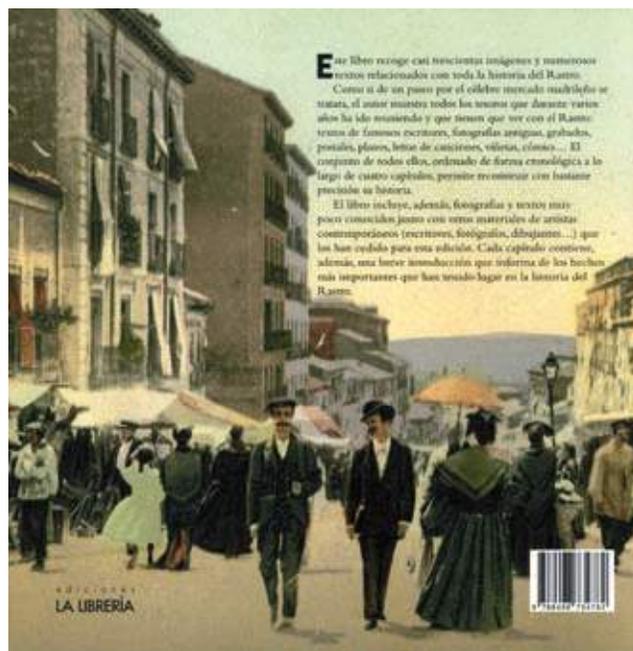
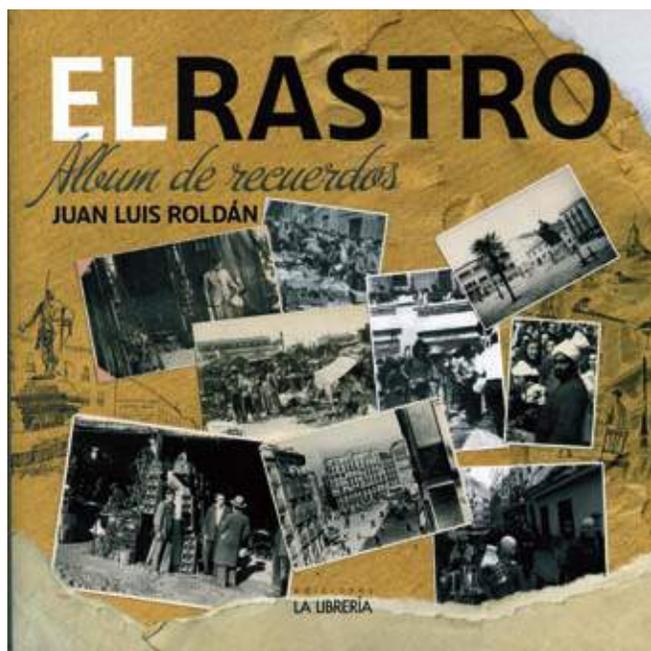
Entre casos documentados con a influir de una manera definitiva en el desarrollo del mercado ambulante que empezaba a hacer su aparición en el barrio del Rastro.

  
Asociación Nueva  
Rastro Madrid

Asociación de vecinos  
El Rastro de Madrid

 MADRID







# Algunos personajes

(reales o de ficción)

del Rastro



## MALACATÍN

Un mendigo ciego en busca de alguna limosna o una copita de vino comenzó a frecuentar la calle de la Ruda. Cargado con su guitarra, tocaba una melodía que acompañaba con un canturreo que decía «Tin, tin, tin, Malacatín tin,tin,tin». Así conseguía los favores del tabernero conguense Julián Díaz y de sus hijas y la simpatía de todos los que por allí pasaban. Gracias a él empezaron a conocer la taberna de Julián como «Julián el de Malacatín». Actualmente la taberna-restaurant se llama “Malacatín” y se sirve uno de los cocidos más famosos de la ciudad.

Malacatín (Imagen creada por Fernando Vela con inteligencia artificial)



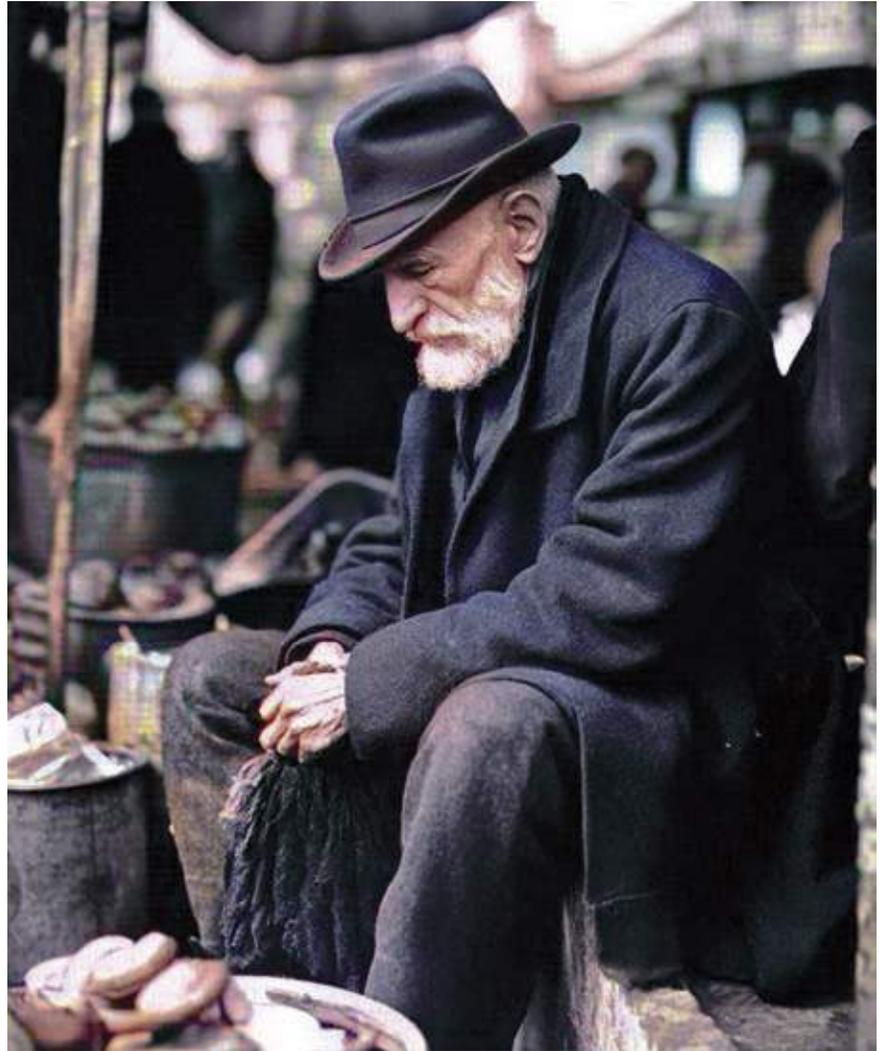


## La bruja Isabel García

La bruja Isabel García con sus hechizos lograba que las mujeres se quedasen embarazadas y que los hombres encontraran trabajo.

## El Tío Carcoma

El Tío Carcoma fue un hombre que llegó a reunir un capital fabuloso comprando y vendiendo efectos viejos. Propietario de más de veinte casas en el barrio, sólo se alimentaba de pan y cebolla para almorzar, y para comer, un plato de legumbres cocidas.



El Tío Carcoma (Imagen creada por Fernando Vela con inteligencia artificial)

## La Cariátide Blanca

En los años sesenta, Luis Siul escribió *Una figura blanca en las Galerías*, una enigmática novela ambientada en las Galerías Piquer. En ella, una cariátide, maldita por un oscuro hechizo, cobraba vida humana durante las noches de luna nueva.

En el imaginario popular se comenta que la actriz Grace Kelly, cuando visitó el Rastro, tenía la intención de conocer las Galerías Piquer porque quería protagonizar una película basada en la novela y que sería dirigida por Alfred Hitchcock.



Grace Kelly en las Galerías Piquer (Imagen creada por Fernando Vela con inteligencia artificial)

## El fantasma de la calle de Santa Ana

El fantasma de la calle Santa Ana, más conocido como el fantasma del Rastro, fue un viejo curtidor que murió al volcar su carreta cuando volvía de orear sus pieles en la ribera. Del fantasma se sabe que se le aparecía a las gentes del barrio en los tejados y asomándose por las ventanas, pero era un fantasma tan inofensivo y afable que pronto todo el vecindario de Embajadores se acostumbró y convivió con él sin problema alguno. Tan famoso se hizo que incluso las beatas de la zona iban a la calle Santa Ana a rezarle y a pedirle su intercesión en los momentos en los que las plagas se apoderaban de la Villa de Madrid.



## **El Perfumista**

Karam Ilahi Zafar, después de tres meses en barco llegó a España a transmitir un mensaje de paz; el Islam de la comunidad Ahmadiá. Su apariencia, siempre con su turbante y su barba, era muy llamativa. Los madrileños enseguida lo bautizaron con diferentes nombres, “el moro de las colonias”, “el vendedor de perfumes” o, como el “señor del turbante”.



Karam Ilahi Zafar en el Rastro (anónimo)

## **Victoriano Arias**

**“Don Nicanor tocando el tambor”**

“El nicanor”, era un ingenioso juguete atribuido al segoviano Acacio Talega. Este muñeco llevaba un pito adosado en la parte trasera, y sus pequeños brazos tocaban un tambor que se accionaba mediante un fino cordel. Uno de los más famosos vendedores de “don Nicanor tocando el tambor” fue Victoriano Arias, quien obtuvo por primera vez licencia municipal para vender el juguete en la Puerta del Sol y en el Rastro madrileño, en el año 1981 siendo alcalde Enrique Tierno Galván.



## Concha Piquer

Las Galerías Piquer, es una agrupación de tiendas de antigüedades ubicada en la calle de la Ribera de Curtidores. El centro fue diseñado por el arquitecto español José de Azpiroz y Azpiroz en 1950 en unos solares propiedad de la popular tonadillera Concha Piquer.

Se trata de un solar a dos niveles, de planta rectangular con un par de patios centrales. Ambos patios proporcionan acceso a las tiendas. Destaca en altura una torre cuadrada con cinco pisos dedicados a viviendas y al negocio. El músico Patxi Andión vivió en una de las viviendas ubicadas en el torreón. La inauguración a cargo del del alcalde José Moreno Torres en compañía de la actriz y tonadillera levantaron gran expectación.



Concha Piquer (Imagen creada por Fernando Vela con inteligencia artificial)

## Serafín Villén

Serafín Villén, conocido como “el Anticuario”, fue el propietario de la almoneda “Villén”, ubicada en la calle Rodrigo de Guevara nº 4, y mantuvo una estrecha amistad con el escritor Ramón Gómez de la Serna. Durante la dictadura franquista, cuando el carnaval fue prohibido, la tradición del Entierro de la Sardina, celebrada los Miércoles de Ceniza desde 1768 bajo el reinado de Carlos III, cayó en el olvido. Sin embargo, Villén, junto con cuatro amigos –anticuarios y guitarreros del Rastro–, se propuso rescatar esta emblemática festividad.

Hoy en día, la Alegre Cofradía del Entierro de la Sardina mantiene vivo este legado. Esta hermandad laica, con sede en el antiguo edificio de la almoneda de Villén, organiza anualmente la ceremonia. Las celebraciones comienzan en la emblemática plaza de Cascorro y culminan al anochecer junto a la Fuente de los Pajaritos en la Casa de Campo, recreando el espíritu festivo que marcó su origen.



Serafín Villén saliendo de su anticuario con su capa.

Fotograma del documental de tve “El Rastro de Ramón”



Serafín Villén escribiendo una carta a la viuda de Gómez de la Serna.

Fotograma del documental de tve “El Rastro de Ramón”



Alegre Cofradía del Entierro de la Sardina

## Paco Clavel

Francisco Miñarro López, conocido artísticamente como Paco Clavel, es un artista y cantante pop español, creador durante la Movida madrileña del guarry-pop y el CutreLux, géneros que ironizaban y celebraban lo kitsch. Además de su faceta musical, ha trabajado en radio y realiza sesiones como pinchadiscos, principalmente en Madrid.

El Rastro no se concibe sin la figura de Paco Clavel, un eterno explorador de sus calles desde su llegada a Madrid, siempre fiel a este mercado emblemático. En los años 80, Paco tuvo un puesto donde vendía libros, en un Rastro que también frecuentaban figuras como Carlos Berlanga, Alaska, Bernardo Bonezzi y Pérez Villalta. Muchos de ellos, además de ser visitantes habituales, tenían puestos propios y solían terminar sus jornadas en La Bobia, uno de los puntos de encuentro de la Movida.



Fotografía: Miguel Ángel Sintés Puertas

## El Vaquero del Rastro

Jesús Jiménez Martínez tiene su puesto en la plaza del Campillo del Mundo Nuevo, donde compra, vende e intercambia novelas, tebeos y películas. Conocido como “el Vaquero del Rastro” por su inconfundible estilo western, llegó desde La Mancha al Rastro en un ya lejano 1975. Es un personaje que se ha ganado la simpatía de los visitantes no solo por su singular apariencia, sino también por el trato afable y cercano que brinda a quienes se acercan a su puesto en busca de algún trato de compraventa.



Fotografía: Miguel Ángel Sintés Puertas



Imagen creada por Fernando Vela con inteligencia artificial

# El Rastro

y su influencia en el cine español

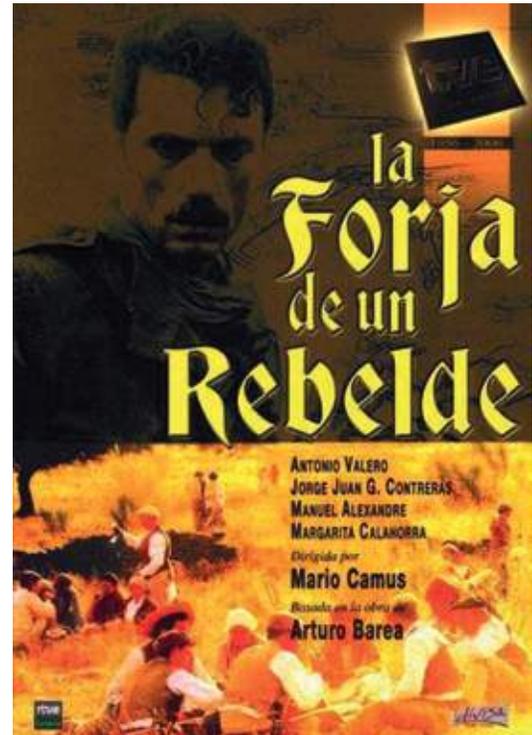


**“Buenos días, condesita”** es una película española dirigida por Luis César Amadori y estrenada en 20 de febrero de 1967. Algunas de las canciones de la película fueron compuestas por Los Brincos. Esta película fue la tercera participación de Rocío Dúrcal con Gracita Morales. De hecho, en esta película Rocío vuelve a aparecer en pantalla con Gracita y otro par de actores que anteriormente habían trabajado con ella en Más bonita que ninguna.

### Argumento

María (Rocío Dúrcal) se gana la vida atendiendo el negocio de su abuelo vendiendo discos en un puesto en el Rastro. Sus compañeros de venta le llaman “Condesita”, por sus buenos modales. Su sobrenombre le da la ocasión de iniciar un trato con un joven que, para obtener el dinero de su tío, necesita demostrar que tiene una relación formal con una joven adinerada. Al finalizar el trato, la afición al canto y las buenas interpretaciones de “Condesita” le permiten empezar a tener contratos musicales y mejorar su condición económica. Cuando el amor entra en su corazón, la suerte le sonrío pudiendo sostener la farsa que empezó como un juego.





**“La forja de un rebelde”** es una serie española dirigida por Mario Camus

Reparto: Antonio Valero, Carmen Rossi, Lydia Bosch, Paco Catalá, Alejandra Grepí, Emilio Gutiérrez Caba, Mercedes Lezcano, Jorge Juan García Contreras

Serie basada en la trilogía autobiográfica de Arturo Barea, desde su infancia en Madrid hasta el exilio. Fue la última gran superproducción de TVE. Costó 2.300 millones de pesetas del año 1990, cuando se estrenó.

## “La Busca”

película española dirigida por Angelino Pons

La busca es una película española dirigida por Angelino Pons en 1966. Está basada en la novela homónima de Pío Baroja.

### Argumento

La acción se sitúa a finales del siglo xix. Manuel (Jacques Perrin) es un joven que llega a Madrid procedente del pueblo. En un principio, se instala en una pensión donde trabaja su madre (Lola Gaos). Allí desempeñará pequeños trabajos. También conoce a Justa (Sara Lezana), una joven de la que se enamora. Por una circunstancia, deja la pensión y pasa a trabajar con su tío y sus primos arreglando zapatos. También trabajará en una tahona. Con su primo Vidal (Daniel Martín) frecuentará las amistades de este, conociendo el mundo de la delincuencia y de la prostitución.

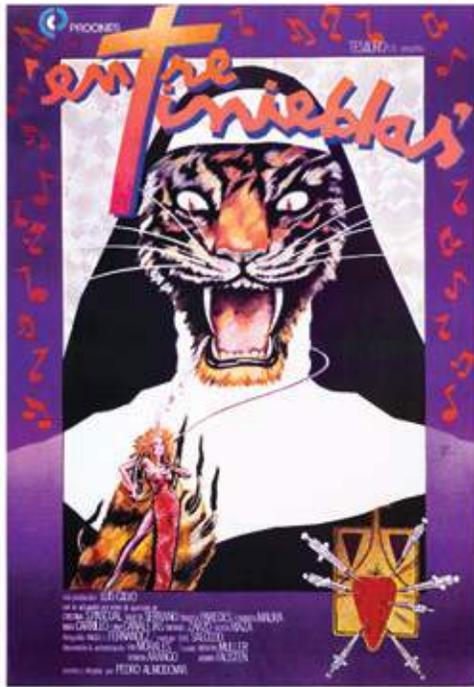




Director: Ladislao Vajda  
Historia de: Andrés Laszlo  
Productor: Raoul Ploquin  
Cinematografía: Heinrich Gärtner  
Guion: Ladislao Vajda, Andrés Laszlo, José Santugini,  
Gian Luigi Rondi, Max Korner

### Argumento

El primer Pepote (Pablito Calvo) es un niño huérfano que vive en una chabola a las afueras de Madrid con su tío Jacinto (Antonio Vico). Jacinto fue torero durante un tiempo cuando era joven, pero su falta de talento provocó su fracaso en los ruedos. Ahora tiene que hacer frente a una vida sin dinero y al cuidado de un niño que le adora pero que le supone grandes problemas a la hora de educarle y cuidarle. Para hacer frente al hambre, ambos se ven obligados a usar el ingenio; recolectando colillas para vender el tabaco, haciendo recados y con cualquier pequeño negocio que se les ocurra. Una mañana, Jacinto recibe una carta que le invita a torear esa misma noche en una charlotada por una recompensa de 1500 pesetas, una fortuna para dos personas que sobreviven sin apenas dinero. Para torear en la plaza necesitan un traje de luces que cuesta 300 pesetas; si quieren participar deberán conseguir antes de que llegue la hora de la corrida el dinero necesario para alquilar el traje reglamentario.



### **Entre tinieblas (1983)**

Director: Pedro Almodóvar

Música: Cheo Feliciano

Música compuesta por: Cheo Feliciano, Cam España

Guión: Pedro Almodóvar

Productor: Luis Calvo

### **Argumento**

Cuando su novio muere a causa de una sobredosis, una cantante se refugia en un convento habitado por excéntricas monjas.



### **El Rastro de Ramón**

Programa de Jesús Fernández Santos

TVE

Sobre textos de Ramón Gómez de la Serna

Guión: Lola Aguado y Pedro Olea

Dirección Pedro Olea





## Travesía de Madrid

tve

Dirección: Juan M. Martín de Blas

Asesora literaria Fanny Rubio





## **Andrés Trapiello**

tve

Algunas travesías: Manzaneda, Las Viñas, Madrid

Director Juan Martín de Blas



# El Rastro

y su influencia en el arte

Imagen creada por Fernando Vela con inteligencia artificial







***Mercado del Rastro de Madrid***, dibujo de Domingo Muñoz y xilografía de Andrés Ovejero, "La Ilustración Española y Americana" (1898). Fundación Museo de las Ferias.



Dibujo de Doré, para L'Espagne, libro de viajes del Baron Davillier (1874).



*En el Rastro.* Méndez Bringas

Prensa Ilustrada - La Ilustración Española y Americana (1869 - 1921)

Grabado xilográfico



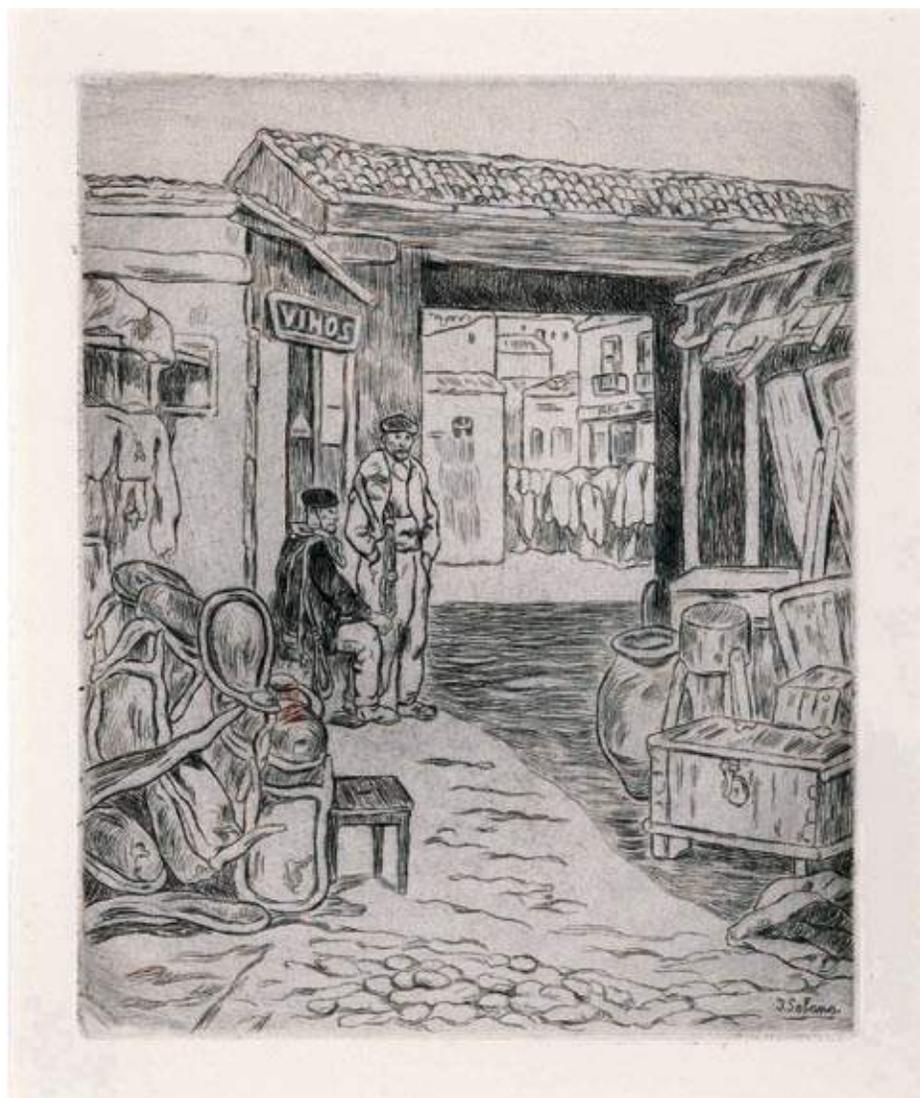
***Mercado de las Américas.*** Méndez Bringas  
Prensa Ilustrada - La Ilustración Española y Americana (1869 - 1921)  
Grabado xilográfico



***Buying arms in the Rastro.***  
The Illustrated London News  
Grabado xilográfico



***Buying arms in the Rastro.***  
The Illustrated London News  
Grabado xilográfico acquarelado a mano



***El Rastro*** (José Gutiérrez Solana)

Fecha: 1932-1933

Técnica: Aguafuerte y punta seca sobre papel Guarro

Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía



**Traperos** (José Gutiérrez Solana)

Fecha: 1932-1933

Técnica: Aguafuerte y punta seca sobre papel Guarro

Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía

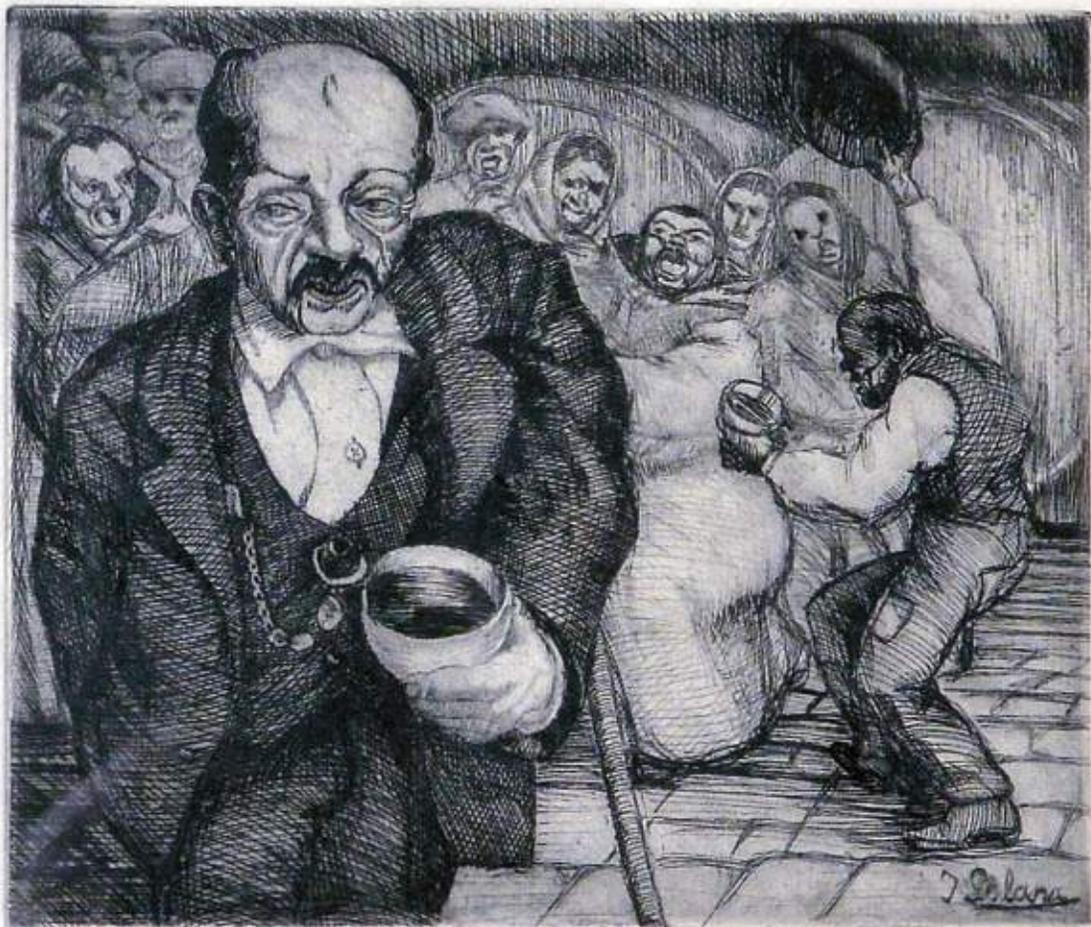


**La Trapera** (José Gutiérrez Solana)

Fecha: 1932-1933

Técnica: Aguafuerte y punta seca sobre papel Guarro

Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía



***El Cojo del Rastro*** (José Gutiérrez Solana)

Fecha: 1932-1933

Técnica: Aguafuerte y punta seca sobre papel Guarro

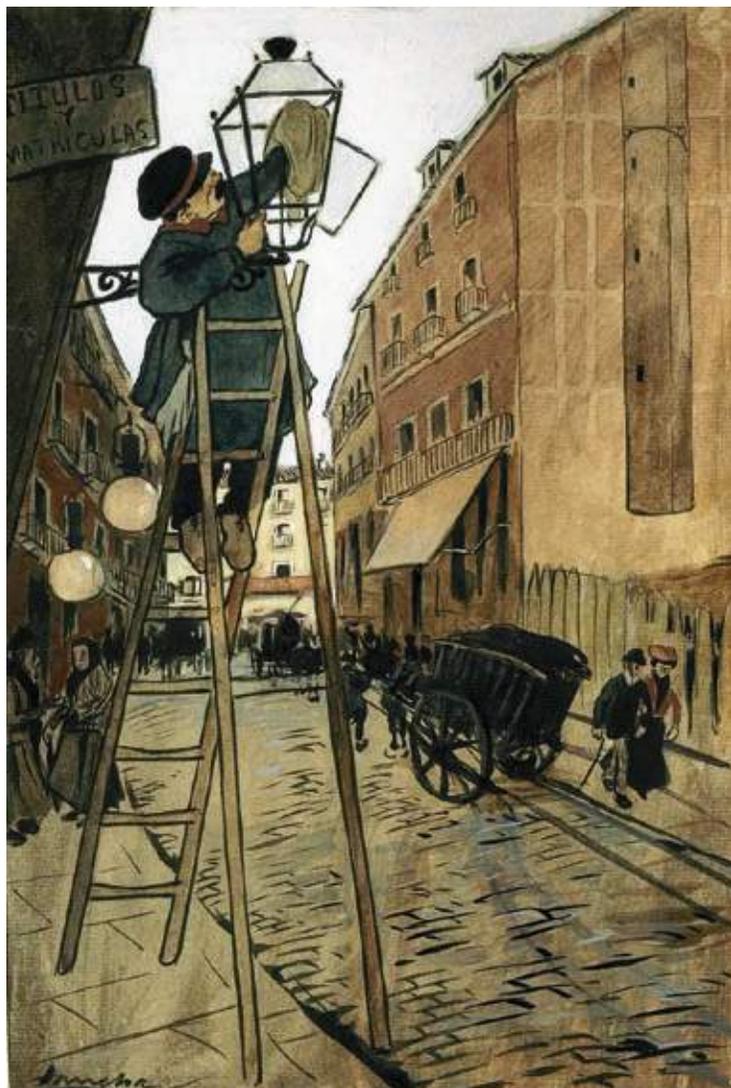
Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía



***El Rastro de las Américas*** (1922) José Gutiérrez Solana

Técnica: Óleo sobre lienzo

Museo Nacional de Bellas Artes de Bilbao



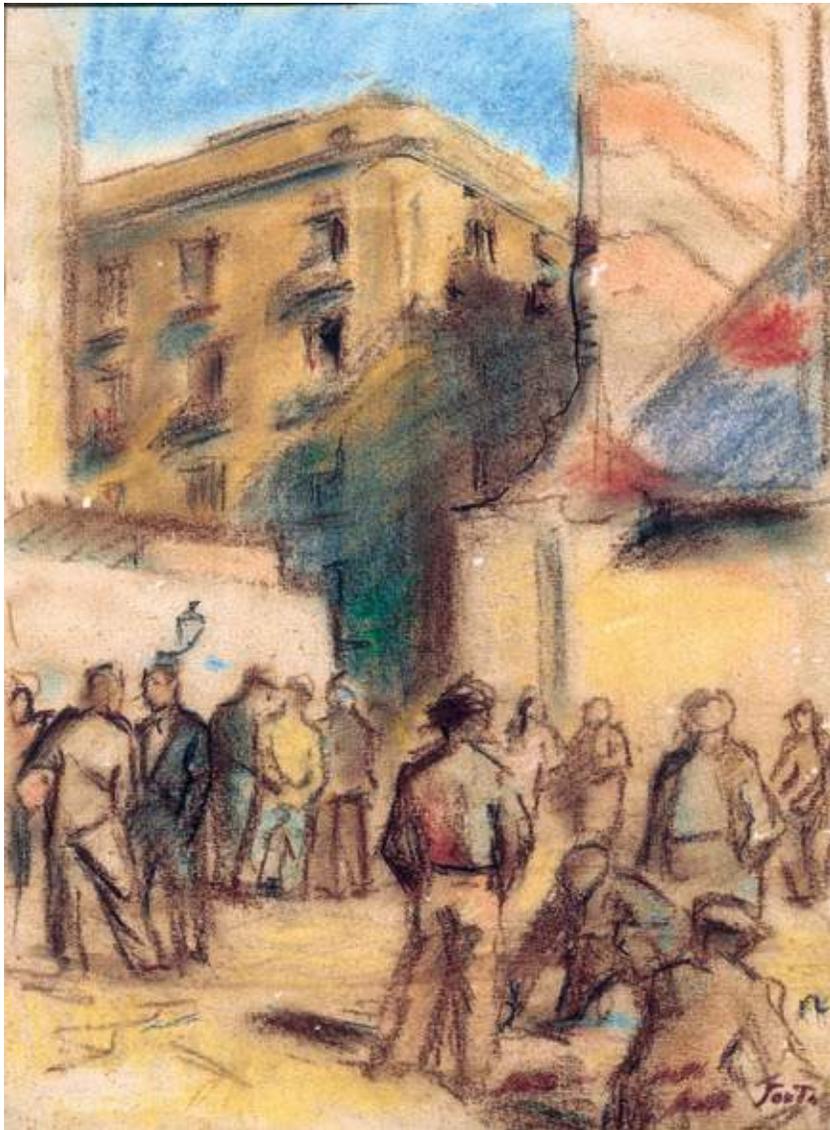
*El farolero.* Francisco Sancha.



*Ribera de Curtidores.* Francisco Sancha.



***El trapero.*** Francisco Sanja.



*Un domingo en el Rastro* (1922). Arturo Souto.  
Carboncillo y lápices de colores/papel. Fundación ABANCA

El Viejo Madrid, EL RASTRO,  
ANTONIO ARNAU

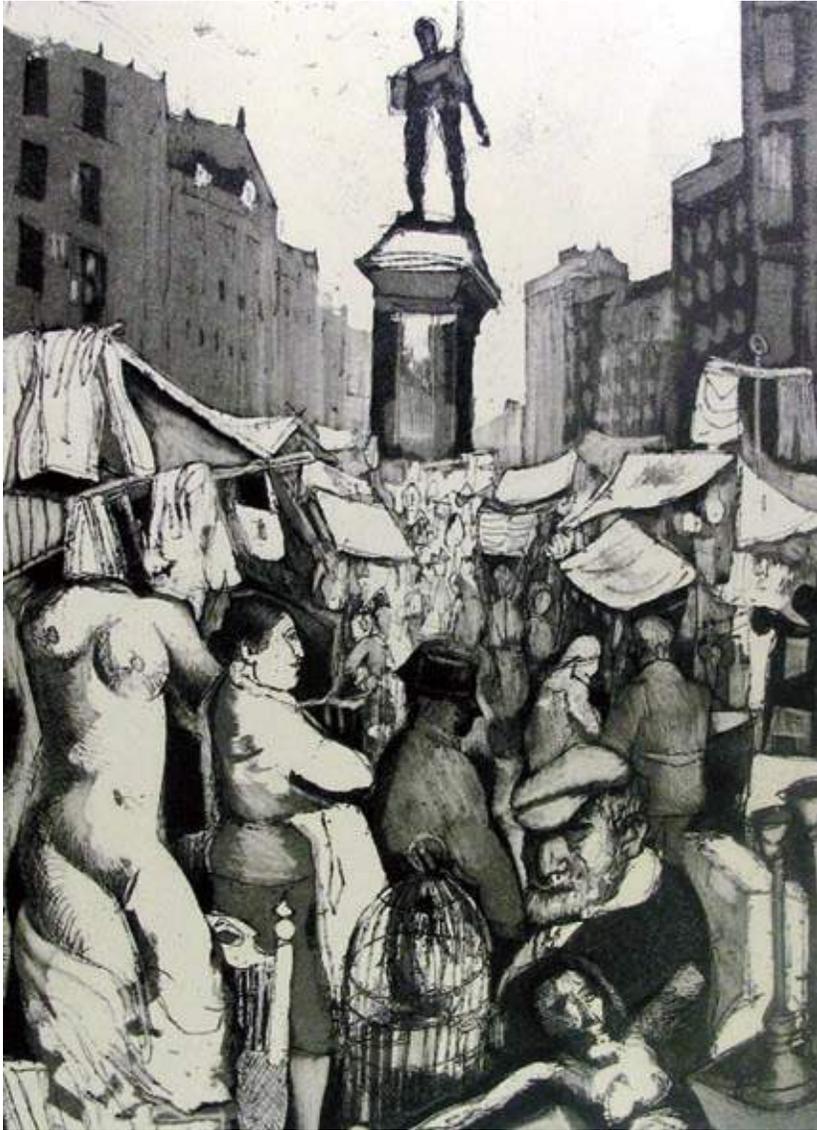




***El Rastro* (1972).** Jesús Meneses del Barco  
Acuarela



*El Rastro*. Francisco Fernández-Zarza Pérez "Jano"



*Rastro y Cascorro* (1980). Javier Clavo  
Grabado



*El Rastro* (1977). Antonio Zarco Fortes



*El Rastro*. Antonio Zarco Fortes



*El Rastro.* Ernest Descals



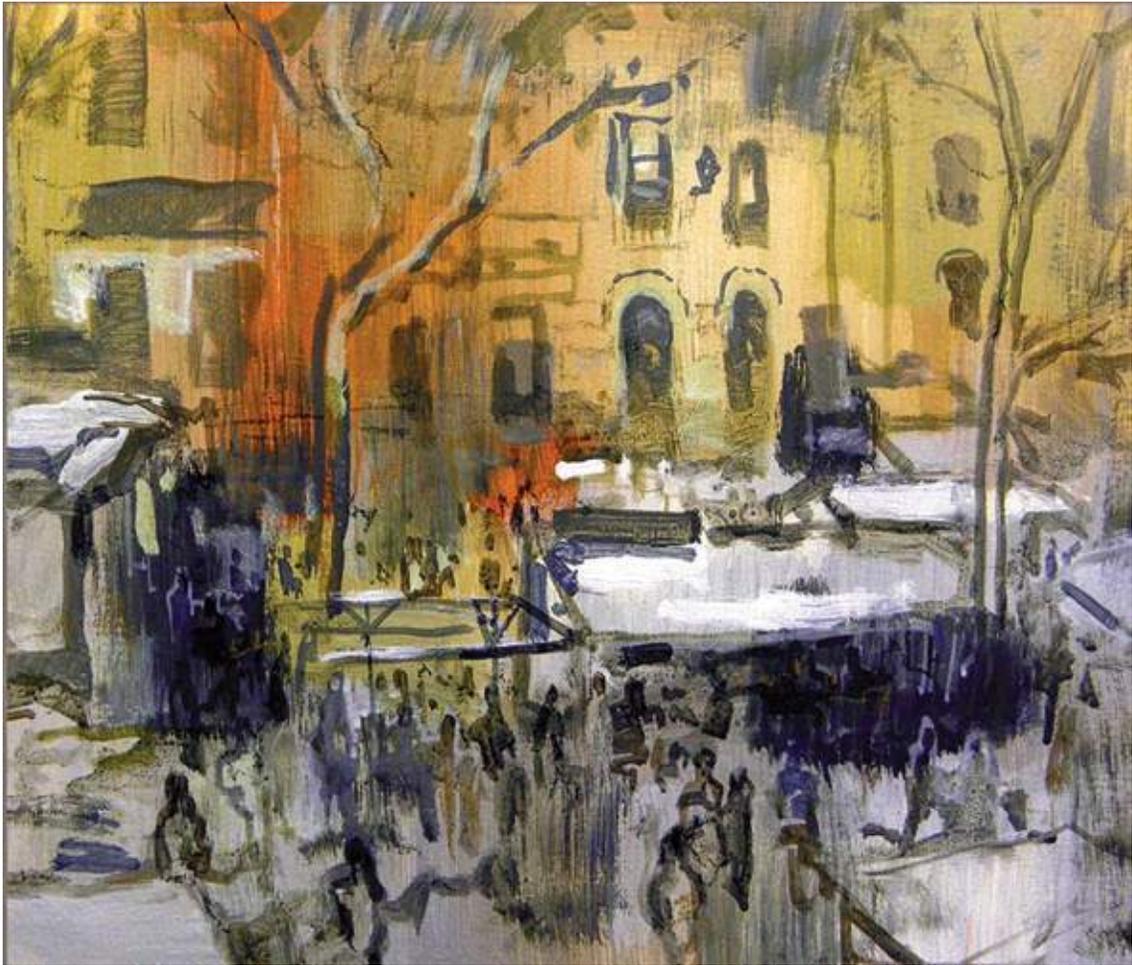
*El Rastro.*, Ernest Descals



*El Rastro.*, Ernest Descals



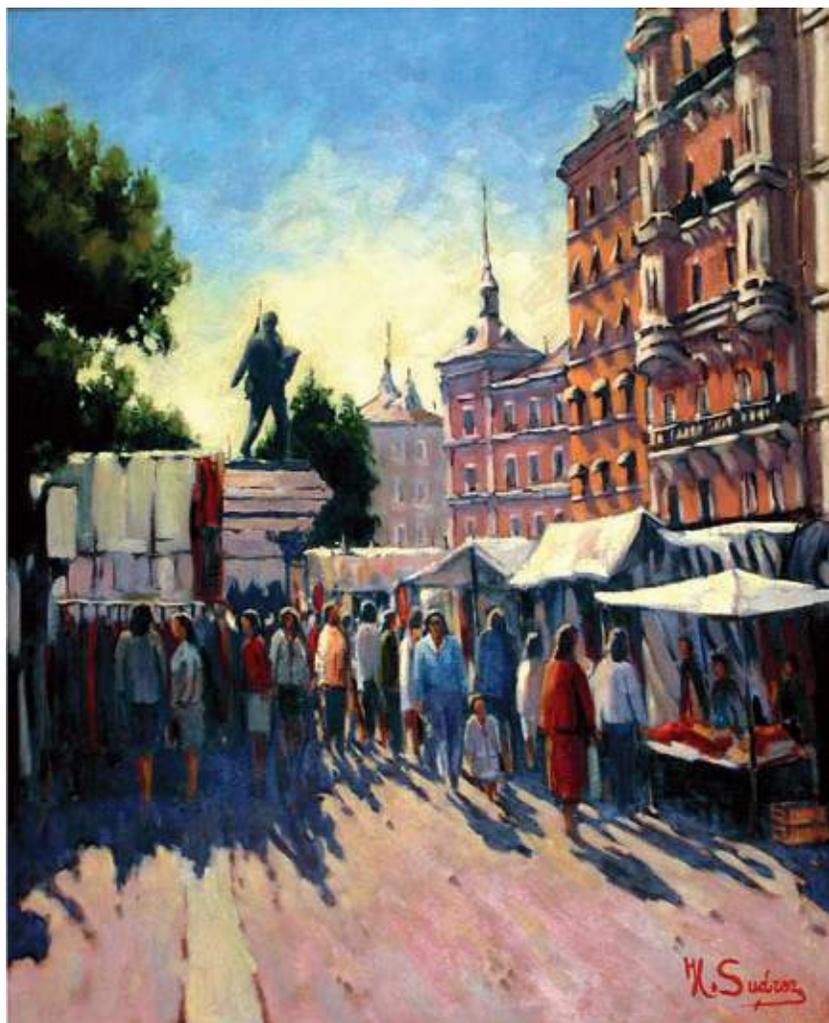
*El Rastro*, Ernest Descals



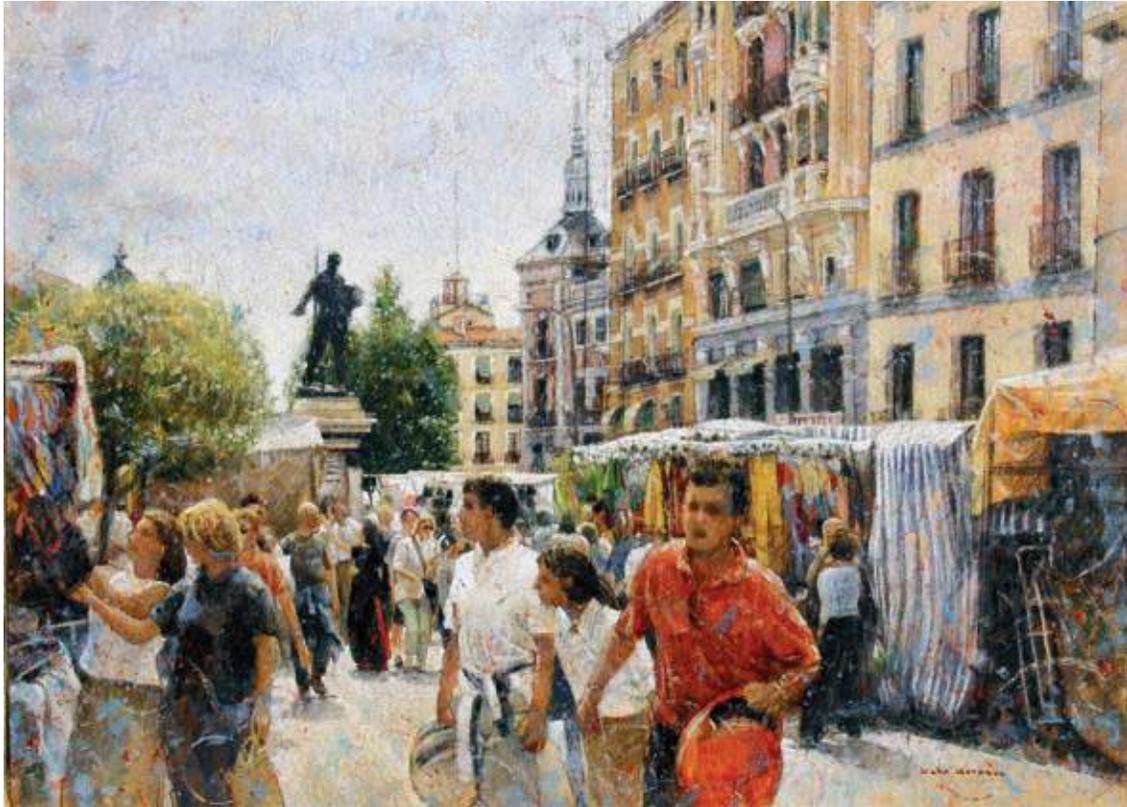
*El Rastro*, Ernest Descals



*El Rastro*, Ernest Descals.



***El Rastro.*** José Luis Suárez  
Óleo sobre lienzo



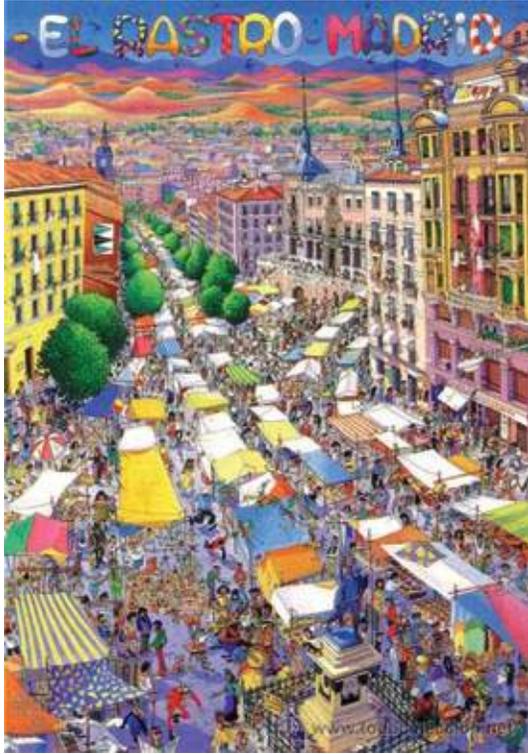
***El Rastro madrileño.*** Félix González.  
Óleo sobre tablero sintético



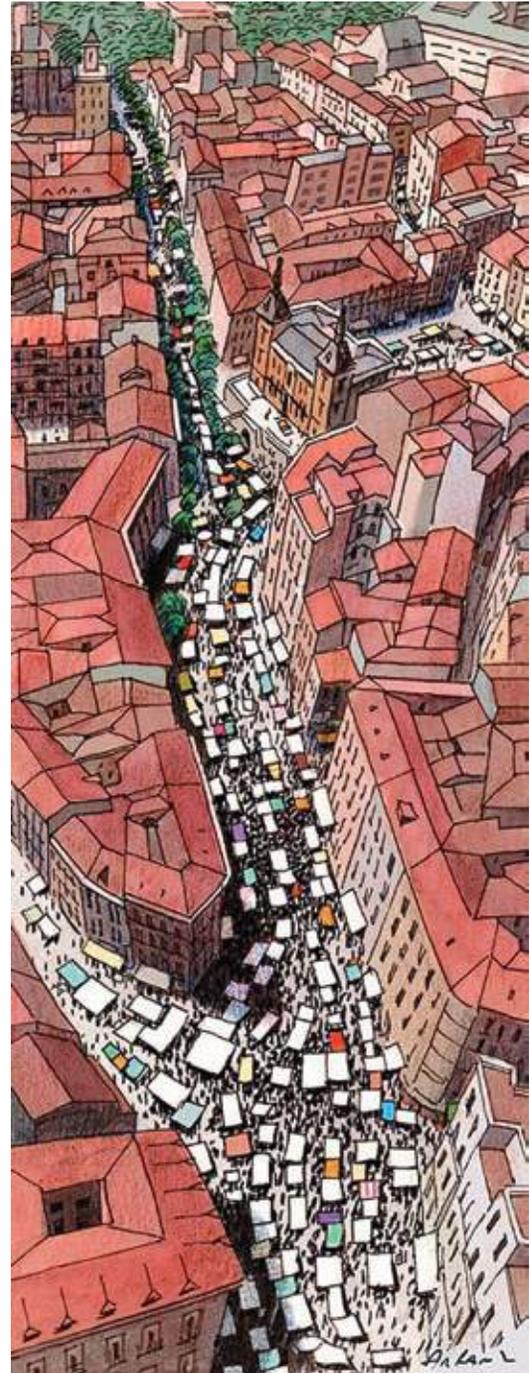
*El Rastro.* Javier Zabala



*El Rastro* (1982). Jorge Arranz



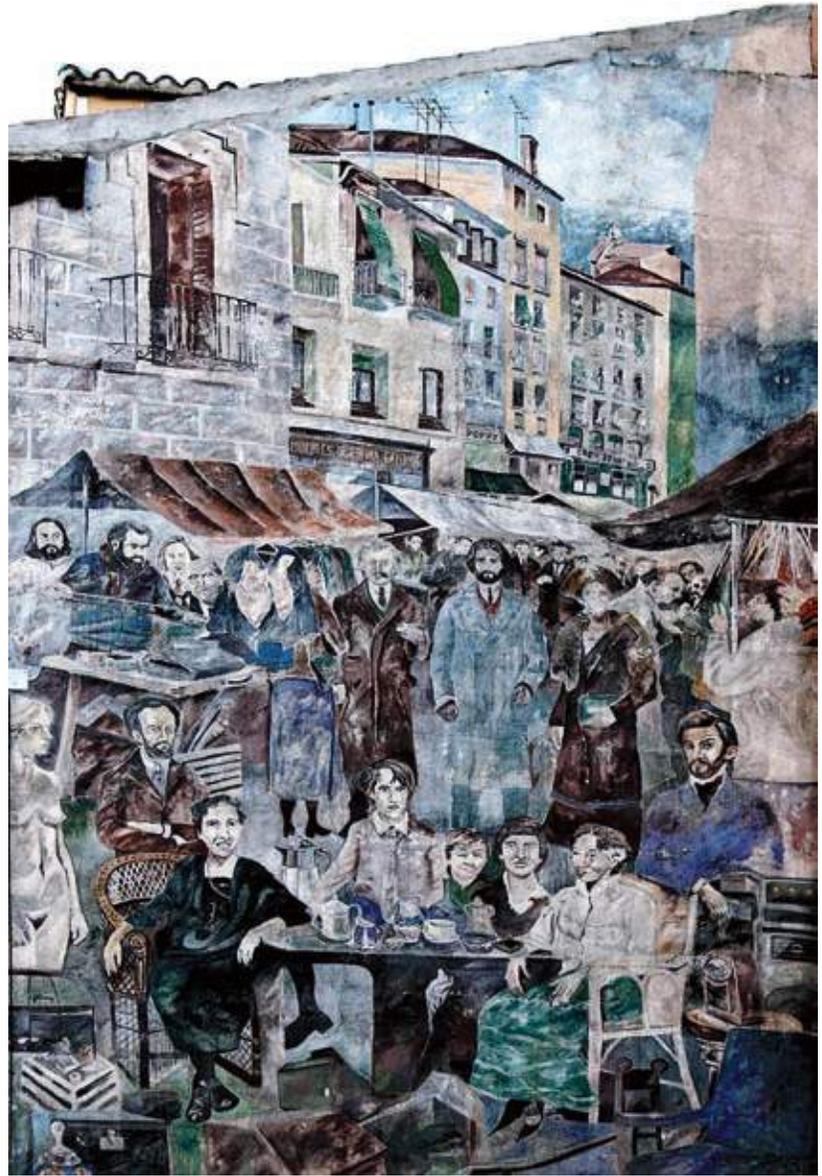
*El Rastro*. John Lodi



*El Rastro* (1982). Jorge Arranz



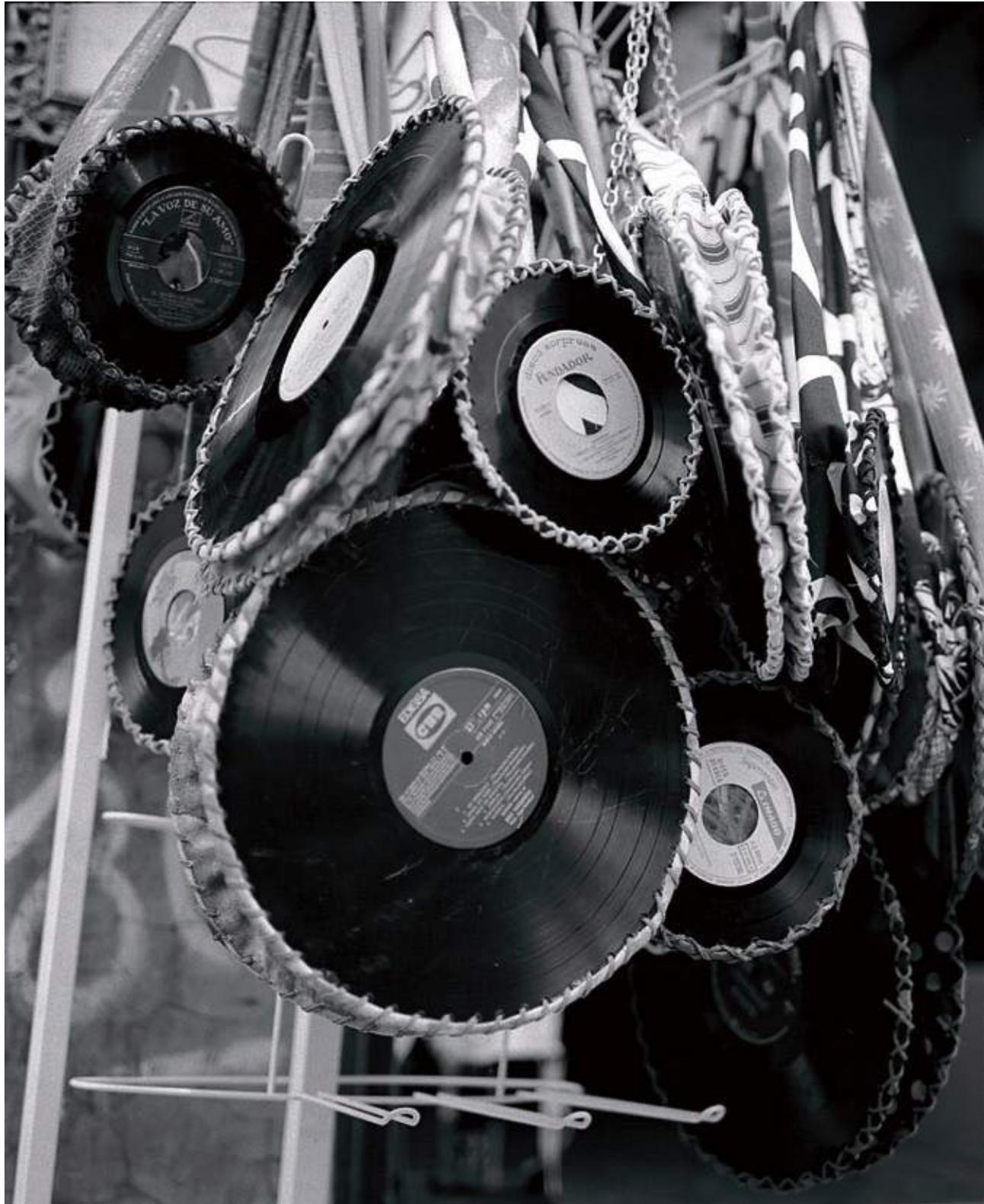
*El Rastro de Madrid.* Mariscal



*Cocktail Grand Luxe*.(1983). Enrique Cavestany



**Plaza de Cascorro-El Rastro (2021).** Fernando Vicente



Fotografía: Miguel Ángel Sintés Puertas

Una, dos y tres. Una, dos y tres.  
Lo que usted no quiera, para El Rastro es.

Esto es el Rastro señores, vengan y anímense,  
que aquí estamos nosotros, somos Papá Noel.  
Le vendemos barato, con el precio en inglés.  
Somos todo lo honrados, que usted quiera creer.  
Se revenden conciencias, recompramos la piel,  
nos vendemos de cara, le compramos a usted.  
Y si quiere dinero, se lo damos también.  
Usted, lo da primero, y nosotros después.

Una, dos y tres. Una, dos y tres.  
Lo que usted no quiera, para El Rastro es.

Si usted quiere ser macho, le dejamos vencer.  
Y si usted regatea, nos dejamos la piel.  
Usted salva su facha delante de su mujer,  
y al final, si podemos, la engañamos también.  
Si usted busca pilcheo, le mercamos la já.  
Si diquela y es mangui, le dejamos junar.  
Si no pucha en caliente, le jamamos al bies,  
los gayumbos, los calcos y envidamos... tres.

Una, dos y tres. Una, dos y tres.  
Lo que usted no quiera, para El Rastro es.

Si usted quiere engañarnos, nos dejamos de nen,  
Usted, salva su ego y nosotros la piel.  
Usted, se va contento, y nosotros,  
¡Ya ve! Nos pagamos la cena, con el ego de Usted.  
Si es usted de los que cree que el tiempo siempre pasa  
y las cosas se renuevan o mueren por la misma causa,  
si cree en la democracia, en los bancos y en la Nasa,  
¡vengan al rastro señores, vengan y pasen por caja!

Una, dos y tres. Una, dos y tres.  
Lo que usted no quiera, para El Rastro es.



**Patxi Andión**

# Bibliografía

y referencias

**Barea, Arturo.** (1951). *La forja de un rebelde*. Buenos Aires (Argentina). Editorial Losada.

**Baroja y Nessi, Pío.** (1973), *La busca*. Madrid (España). Editorial Caro Raggio.

**Blas Ibáñez, Vicente.** (1905). *La Horda*. Ediciones Barataria.

**Corral Fernández, Antonio; Carandell, Luis.** (1984). Barcelona (España). *El Rastro*. Ediciones 505.

Cotarelo y Mori, Emilio. (1899), *D. Ramón de la Cruz y sus obras. Ensayo biográfico y bibliográfico*. Imprenta de José Perales y Martínez.

**de Répide Cornaro, Pedro.** (1964). Madrid (España). *Del Rastro a Maravillas*. Editorial Afrodiseo Aguado.

**Fuertes, Gloria.** Madrid (España). *El Rastro*. Ediciones Torrezoza.

<https://www.publico.es/sociedad/curro-cies-tabernero-torero.html>.

**Gea Ortigas, M<sup>a</sup> Isabel.** (1996). Madrid (España). *El Rastro*. Ediciones La Librería.

**Gómez de la Serna, Ramón.** (2002). Madrid (España). *El Rastro*. Asociación de Libreros de Lance de Madrid.

**Gutiérrez Solana, José.** (1913). *Madrid: escenas y costumbres*. Imprenta Artística Espanola - Imprenta Mesón de Panos.

**Hormigos, Mariano.** (2011). Madrid (España). *El Rastro: del Portillo a la Arganzuela*. Ediciones La Librería.

**Martínez Ruiz, José.** (1902). *La voluntad*. Barcelona (España). Imprenta de Henrich y Cia.

**Miranda Cruz, José Luis.** (2011). *Ulises en Madrid*.

**Mesonero Romanos, Ramón.** (1881). *El antiguo Madrid, paseos histórico-aneecdóticos por las calles y casas de esta villa*.

Madrid (España). Oficinas de la Ilustración Española y Americana.

**Nieto Sánchez, José A.** (2004). *Historia del Rastro. Los orígenes del mercado popular de Madrid, 1740-1905*. Editorial Vision Net.

**Nieto Sánchez, José A.** (2004). *Historia del Rastro II. La forja de un símbolo de Madrid, 1905-1936*. Editorial Vision Net.

**Nieto Sánchez, José A.** (2016). *Historia del Rastro III. De la Guerra Civil al Siglo XXI*. Editorial Vision Net.

**Pérez Galdós, Benito.** (1903). *Los duendes de la camarilla*. Madrid (España). Librería y Casa Editorial Hernando S.A.

**Trapiello, Andrés.** (2018). *El Rastro, Historia, teoría y práctica*. Barcelona (España). Ediciones Destino.

<https://www.elmundo.es/cultura/2018/10/17/5bc6323d468aebad488b45c2.html>

**Umbral, Francisco.** (2022). *Travesía de Madrid*. Barcelona (España). Editorial Austral.

**Wikipedia**



## **Miguel Ángel Sintes Puertas**

Proveniente de una familia de origen menorquín, Miguel Ángel Sintes Puertas se trasladó a Madrid en 1966, cuando tenía seis años. Estudió magisterio en la Universidad Complutense de Madrid, etapa en la que comenzó a cultivar su interés por la fotografía. Ha recibido docencia de los fotógrafos Alberto Schommer, Alberto García-Alix y Juan Manuel Castro Prieto (todos ellos galardonados con el Premio Nacional de Fotografía).

---

## **Fernando Vela**

Fernando Vela (Madrid, 1999), es Ingeniero de Organización Industrial por la Universidad Politécnica de Madrid. Interesado en las nuevas tecnologías generativas de Inteligencia Artificial, ha llevado a cabo un proyecto de homenaje al arte clásico a través de @classic\_artia, cuenta de Instagram donde comparte algunas de sus creaciones.